

Las abejas neutras son hembras de órgano femenino atrofiado, y por tanto infecundas; son las abejas por excelencia no sólo por su número, sino también por sus funciones, pues saben por instinto cuanto hay que saber para la conservación de la república que gobiernan de común acuerdo a la vista más bien que bajo la dirección de la reina madre. El tamaño del cuerpo es el menor de los tres, y muy velludo; las mandíbulas a manera de cuchara y sin dentadura; los ocelos en el vértice del cráneo, el del medio más adelantado, las antenas de doce artejos, el abdomen



corto, compuesto de cinco segmentos, debajo de cuyas láminas hay membranas propias a la trasudación de la materia cerosa y la extremidad armada de un aguijón recto, la tibia de las patas posteriores convertida por medio de un hundimiento y de los pelos circunstantes, en un cesto propio a cargar el polen; el primer artejo del tarso de las mismas patas, provisto de un cepillo para recoger dicho polen, amasarlo en bolitas y asegurarlo en el cesto. La hembra es algo mayor de cuerpo; con mandíbulas

dentadas, antenas de doce artejos, abdomen prolongado de cinco segmentos; aguijón encorvado que emplea en los combates de muerte que traba con sus rivales; las patas sin cesto ni cepillo; sin membranas secretorias de la cera, de que carecen también los del sexo masculino. Su oficio es parir, por lo que jamás sale de la colmena a no ser en los primeros días de su nacimiento para fundar una nueva colonia; el peso de su vientre, cargado de huevos, no le permite después el uso de sus alas: no parece tomar parte en el gobierno de la república; pero sin su presencia o sin esperanza de alcanzarla, las neutras suspenden todo su trabajo, y aun se dejan morir de hambre. Los machos, son mayores de cuerpo, tórax robusto, cabeza abultada, ojos grandes, ocelos delanteros; mandíbulas dentadas, aunque cortas, trompa reducida, antenas de trece artejos, seis segmentos abdominales, sin aguijón. Estos son llamados zánganos y en el lenguaje vulgar esta expresión es sinónima de perezoso, vividor a costa ajena; pero en ellos la pereza no es voluntaria sino forzosa, pues carecen de instrumentos para ser útiles y activos.

Un enjambre se compone de una sola hembra, de algunos machos, y de un número crecidísimo de neutras encargadas de todos los trabajos. Anidan naturalmente en el hueco de una peña o de un árbol que sirve de colmena. Hay colmenas de doce mil trabajadoras, a veces treinta mil; los machos, en cierto tiempo del año, ascienden a seis u ocho mil, a veces a mil quinientos; pero entonces empieza la

matanza de que hablaré más abajo. Las obreras se reparten las tareas: unas cosechan los materiales y construyen los panales, otras hacen el oficio de crianderas. Huber pretende que estas últimas tienen el abdomen más angosto.

Para cosechar el polen las abejas se revuelven entre los estambres de una flor abierta y lo recogen entre las ramificaciones del pelo que cubre todo su cuerpo; de allí lo sacan con el cepillo tarsiano y lo amontonan en el cesto de la parte interna de las tibias posteriores. Con las mandíbulas rompen los nectarios de las flores y recogen con la lígula la miel que estas glándulas contienen; también desprenden con las mandíbulas las materias resinosas llamadas própolis que se hallan sobre la corteza de los árboles y a veces la cera que encuentran ya formada en algunas plantas. Mas el principal acopio de cera es debido a un órgano secretorio situado debajo de los anillos del abdomen: la abeja la saca en estado friable por medio de unas pinzas formadas por la porción aguda anterior y superior del cepillo tarsiano aplicada al punto inmediato de la tibia; la lleva después a la boca para darle por medio de la masticación e insalivación la ductilidad y tenacidad que requiere. De la misma manera se puede decir que la miel recogida entre las flores no es miel perfecta; hasta que no haya sufrido en el primer estómago del insecto una elaboración, después de la cual la abeja la desembucha en los depósitos correspondientes. La miel es la substancia alimenticia de los tres individuos de la especie, a

la cual se agrega el polen para los neutros, pues se ha notado que los que no lo toman como parte de su alimento, no trasudan el material para la cera, sin embargo de que algunos experimentos de Huber demuestran lo contrario; de todos modos es cierto que lo comen y emplean digerido con la miel en el alimento que dan a las larvas.

Las abejas empiezan los trabajos del interior, tapando con própolis todas las rendijas de su habitación, no dejando más que una estrecha abertura de entrada y salida. Con estas precauciones, es forzoso que todos sus trabajos interiores se hagan en medio de una gran obscuridad; y no comprendemos cómo sus ojos, privados de pupila dilatable y de membrana nicitante, puedan ser igualmente aptos a dirigirlos a la luz del sol y dentro de las tinieblas. El señor St-Fargeau se inclina a creer que el tacto delicado de sus antenas suple el defecto de la luz, y funda su opinión en que la abeja acostumbra a tocar con este órgano el punto donde deposita sus materiales. Pero esto no explica las escenas que preceden y siguen a las emigraciones, en las cuales toman una parte tan animada todas las espectadoras. Los panales son hechos de cera, y colgados de la parte superior de la colmena, paralelos y aproximados a una distancia suficiente para dar paso al cuerpo de dos abejas: se componen de una lámina vertical, cubierta sobre sus dos caras de celdillas o alvéolos horizontales, hexagonales, de base piramidal, dispuestos con una regularidad asombrosa. Para facilitar el paso de un panal a otro, hay

lugares en claro. Las celdas están destinadas a criar las larvas que han de aumentar la población, y perpetuar la especie; a veces sirven de almacenes provisionales de cera y miel. Para la crianza de las reinas o hembras perfectas, hay casillas o celdas reales de gran capacidad, cada una de las cuales consume más cera que ciento cincuenta celdillas ordinarias; se hallan en posición vertical, quedando la larva boca abajo.

La miel pasa por contener azúcar cristalizable, e incristalizable, manito, ácido acético, cera y un principio aromático. No todas las mieles son de la misma calidad: Las mejores son las de Hybla en Sicilia, del Himeto en Atica, de Narbona en el Languedoc, de Mahón y de la Alcarria en las provincias españolas. La bondad de su composición se debe principalmente a las plantas de que sacan las abejas los materiales; por lo que no debe extrañarse que algunas veces adquieren calidades nocivas. La *Azalea pontica* y el *Rhododendron ponticum*, que crecen en las cercanías de Trebizonda, fueron causa del envenenamiento de los griegos que hicieron con Jenofonte la famosa retirada que cuenta la historia; los soldados que comieron la miel de aquel territorio tuvieron vómitos, evacuaciones y delirio; bien que en ninguno se siguió la muerte. En la isla de Cuba pasa la miel por demasiado caliente en sus efectos; la mejor es la que se recolecta en diciembre cuando los campos están cubiertos de aguinaldos en flor: no sucede lo mismo en verano cuando está la yaba florida. Así es que el colmenero debe procurar sembrar por todas partes el

la cual se agrega el polen para los neutros, pues se ha notado que los que no lo toman como parte de su alimento, no trasudan el material para la cera, sin embargo de que algunos experimentos de Huber demuestran lo contrario; de todos modos es cierto que lo comen y emplean digerido con la miel en el alimento que dan a las larvas.

Las abejas empiezan los trabajos del interior, tapando con própolis todas las rendijas de su habitación, no dejando más que una estrecha abertura de entrada y salida. Con estas precauciones, es forzoso que todos sus trabajos interiores se hagan en medio de una gran obscuridad; y no comprendemos cómo sus ojos, privados de pupila dilatable y de membrana nictitante, puedan ser igualmente aptos a dirigirlos a la luz del sol y dentro de las tinieblas. El señor St-Fargeau se inclina a creer que el tacto delicado de sus antenas suple el defecto de la luz, y funda su opinión en que la abeja acostumbra a tocar con este órgano el punto donde deposita sus materiales. Pero esto no explica las escenas que preceden y siguen a las emigraciones, en las cuales toman una parte tan animada todas las espectadoras. Los panales son hechos de cera, y colgados de la parte superior de la colmena, paralelos y aproximados a una distancia suficiente para dar paso al cuerpo de dos abejas: se componen de una lámina vertical, cubierta sobre sus dos caras de celdillas o alvéolos horizontales, hexagonales, de base piramidal, dispuestos con una regularidad asombrosa. Para facilitar el paso de un panal a otro, hay

lugares en claro. Las celdas están destinadas a criar las larvas que han de aumentar la población, y perpetuar la especie; a veces sirven de almacenes provisionales de cera y miel. Para la crianza de las reinas o hembras perfectas, hay casillas o celdas reales de gran capacidad, cada una de las cuales consume más cera que ciento cincuenta celdillas ordinarias; se hallan en posición vertical, quedando la larva boca abajo.

La miel pasa por contener azúcar cristalizable, e incristalizable, manito, ácido acético, cera y un principio aromático. No todas las mieles son de la misma calidad: Las mejores son las de Hybla en Sicilia, del Himeto en Atica, de Narbona en el Languedoc, de Mahón y de la Alcarria en las provincias españolas. La bondad de su composición se debe principalmente a las plantas de que sacan las abejas los materiales; por lo que no debe extrañarse que algunas veces adquieren calidades nocivas. La *Azalea pontica* y el *Rhododendron ponticum*, que crecen en las cercanías de Trebizonda, fueron causa del envenenamiento de los griegos que hicieron con Jenofonte la famosa retirada que cuenta la historia; los soldados que comieron la miel de aquel territorio tuvieron vómitos, evacuaciones y delirio; bien que en ninguno se siguió la muerte. En la isla de Cuba pasa la miel por demasiado caliente en sus efectos; la mejor es la que se recolecta en diciembre cuando los campos están cubiertos de aguinaldos en flor: no sucede lo mismo en verano cuando está la yaba florida. Así es que el colmenero debe procurar sembrar por todas partes el

útil y bello aguinaldo que acabo de nombrar; crece fácilmente dondequiera, hasta en las cercas de piedra que deslindan los caminos y en medio de los ardores del sol.

Allí donde florece con asombro  
La piedra en los cercados  
Con aguinaldos blancos y morados.

FELIPE POEY.





### XXXVIII

## EL COMBATE DE LAS PIRAGUAS

Cortando airosas los mares  
Vuelan las bellas piraguas  
Que a los combates conduce  
El cacique de Bahama.  
En el altar se arrodilla,  
Jura el guerrero venganza,  
Y su belicosa gente  
Encamina a nuestras playas.  
Pueblan con ecos sonoros  
Los aires y las montañas,  
Y con los remos y quillas  
Las olas atormentadas;

Y cuya voz excedía  
Al trueno que ronco brama,  
Y al rayo que corta el aire  
En rapidez semejaba,  
Da la señal, y sangrientos  
Sus guerreros avanzaban,  
Y empeñan la recia lid,  
Tiñen de sangre las aguas,  
Chocan las naves, se estrellan,  
Y airadas se despedazan  
Las dos enemigas tribus  
Al soplo de la venganza.  
En medio de la pelea  
Ornoya el brazo levanta.  
Aquí hiere, allí extermina,  
Allá empuñando la maza  
Abre a un rival la cabeza  
Y del cuerpo la separa.  
Pero al ver que el enemigo  
Dobla irritado su audacia,  
Con acento varonil  
A su hueste electrizaba.  
“Compañeros, la victoria  
Corona nuestra esperanza.  
Combatamos y seguidme,  
Que el que expira en la batalla  
A la noche del sepulcro  
No bajará sin venganza.  
¿Qué teméis? Una es la muerte,  
Sólo la deshounra infama,

Los cuerpos del enemigo  
Nor servirán de mortaja”.

.....  
Dice; y las naves ligeras  
Miden furiosas las aguas,  
Cortan el aire las flechas,  
El mar sus ondas levanta,  
Y se amontonan cayendo  
Piedras, troncos, leños, mazas;  
A los golpes se desploma  
Una entreabierta piragua,  
Y en las rocas puntiagudas  
Se oyen estrellar las tablas.  
Los guerreros semivivos  
Arroja el mar en las playas,  
Y los fúnebres clamores  
El viento lleva en sus alas.  
Nadie vacila en la lucha,  
Y el laurel de la batalla,  
Indecisa la victoria  
A los campeones negaba.  
Cuando rompiendo las olas  
En una hermosa piragua  
Por las filas enemigas  
El audaz Ornoya avanza.  
Y el genio de las tinieblas  
Finge el guerrero en su marcha;  
Síguenle doce campeones  
Recios de miembros y espaldas,  
Agiles, vivos y osados,

En cuya frente tostada  
Azules y blancas plumas  
Tintas en sangre flotaban.  
Enfurecidos se arrojan,  
Y en la enemiga piragua  
Acometen al cacique  
Que fieramente luchaba  
Con el tropel de guerreros  
Por arrebatarse la palma,  
Cuando clavan en sus sienas  
Una flecha emponzoñada;  
El cacique lanza un grito,  
Vacila, cae, y la maza  
De la mano moribunda  
Suelta al exhalar el alma,  
Exclamando en ronco acento  
¡Victoria! ¡Muerte! ¡Bahama!  
Al ver caer el guerrero  
Infiel su gente desmaya,  
Y furioso el bravo Ornoya  
Rompe, desordena, mata,  
Filas enteras derriba,  
Y de piragua en piragua,  
Como el rayo en la tormenta,  
Atropella, desbarata,  
Y en el montón de cadáveres  
Su sombra se dibujaba  
Como el ángel de la muerte  
Que el Universo amenaza.  
“¡Victoria!” gritan cien voces,  
Y en la riudosa algazara,

“¡Victoria!” a Ornoya repiten  
Las indias en las montañas.  
Huye aterrado el vencido,  
Baten los remos las aguas,  
Y en el vecino horizonte  
El sol las velas doraba;  
Hierven las olas, los vientos  
Despliegan fieros las alas,  
Y en fila de dos en dos,  
Con las vencidas piraguas  
Y seis caciques rendidos  
Entra el vencedor en Jagua.

RAMÓN VÉLEZ HERRERA.





XXXIX

**FUNDACION DE LA UNIVERSIDAD  
DE LA HABANA**

De todos los establecimientos de enseñanza que existen en Cuba, el más importante es la Universidad de la Habana, en la cual se estudia medicina, farmacia, derecho, ingeniería y varias carreras más. Su fundación data del primer tercio del siglo xvii.

En el siglo citado la población de Cuba era escasa y vivía en la mayor ignorancia. No existían escuelas donde los niños pudieran aprender a leer y escribir; así es que sólo los que recibían alguna enseñanza en sus

casas o eran enviados por sus padres fuera de Cuba, llegaban a saber algo. Los padres que deseaban dar carrera a sus hijos tenían que enviarlos a Méjico, donde había una Universidad, o a España, que contaba con varias. Desde luego que sólo los vecinos muy ricos podían afrontar los gastos de los estudios realizados por sus hijos en países tan lejanos.

A principios del siglo, el obispo Almendariz fundó tres becas para estudiantes cubanos en la Universidad de Méjico, y allá por el año de 1670, un religioso dominico comenzó a practicar algunas gestiones para establecer una Universidad en la Habana. El Ayuntamiento apoyó las solicitudes enviadas a España con tal fin, pero nada se obtuvo. El obispo don Diego Evelino de Compostela fundó a fines del siglo algunos establecimientos de enseñanza y realizó también algunos esfuerzos en pro de la creación de la Universidad, pero tampoco obtuvo éxito.

Las gestiones continuaron realizándose por los frailes dominicos, apoyados por el obispo Valdés y al fin se vieron coronadas por el éxito. El papa Inocencio III autorizó la creación de la Universidad el 12 de diciembre de 1721, aunque ésta no quedó establecida hasta siete años después, a virtud de ciertas dificultades creadas por el obispo de Santiago de Cuba.

Comenzó a funcionar el nuevo centro de enseñanza el día 5 de enero de 1728, en el convento de San Juan de Letrán.

Los estudios que entonces se efectuaban eran muy reducidos y los profesores no percibían retribución ninguna por las enseñanzas que tenían a su cargo. El

número de cátedras se elevaba a veintiuna y muchas de ellas estaban cubiertas con frailes del convento en el cual se había fundado dicha institución. Las cátedras se proveían por un período de seis años; al cabo de ese tiempo la plaza de cada profesor se sacaba nuevamente a oposición.

El cargo de rector era electivo. Cada año se reunían los profesores para hacer la designación de la persona que debía ocuparlo. Tanto el rector como los demás funcionarios importantes de la Universidad debían ser religiosos necesariamente.

La Universidad careció durante muchos años de toda clase de material de enseñanza y de biblioteca. El número de alumnos era muy corto y la instrucción que recibían escasa y defectuosa. Todos los estudios se hacían en latín.

Esta organización primitiva e imperfecta de la Universidad se conservó durante más de cien años sin que se efectuase ningún progreso notable, debido a lo cual disfrutaba de muy escaso crédito.

El Seminario de San Ambrosio, que había sido fundado algunos años antes que la Universidad, fué reformado en la segunda mitad del siglo XVIII, y gozaba de una reputación muy superior a la de ésta.

A principios del siglo XIX el padre Varela introdujo en él nuevas enseñanzas de grandísima utilidad y el obispo don Juan José Díaz de Espada y Landa le hizo otras importantísimas reformas.

La Universidad no sufrió cambios notables hasta mediados del siglo pasado. En dicha época fué trasladada del convento de San Juan de Letrán al de Santo

Domingo, se reformaron los estatutos por los cuales se regía y se duplicaron los estudios que en ella se practicaban. El número de estudiantes aumentó, y las carreras preferidas fueron el derecho y la medicina. Al hacerse la reforma de la institución, perdió ésta su carácter religioso, pasando a ser un establecimiento a cargo del gobierno y sostenido por éste. Pero los estudios siguieron siendo limitados y muy costosos. Algunas carreras había que estudiarlas total o parcialmente en España. Después de las reformas citadas pocos cambios ocurrieron en la Universidad. En varias ocasiones se trató de construir un edificio especial para la misma, pero la idea no llegó a realizarse.

Al cesar la dominación española, la Universidad fué trasladada al lugar donde hoy se encuentra y reorganizada totalmente por el doctor Enrique José Varona. Gobernaba entonces nuestra patria el general norteamericano Leonardo Wood, y el doctor Varona desempeñaba el cargo de secretario de Instrucción Pública. En la actualidad la Universidad de la Habana es un gran centro de enseñanza, en el cual cada día se realizan importantes mejoras, las cuales redundan en beneficio de nuestro país. El número de las carreras se ha aumentado y los cubanos no tienen necesidad de ir fuera de su patria a estudiar ninguna. El costo de los estudios se ha reducido mucho; ya no se requiere ser rico para llegar a poseer un título de médico, abogado, ingeniero, etc. Todo el que tiene firme voluntad y deseos de aprender, encuentra abiertas las puertas de la Universidad, sostenida por nuestra patria en beneficio de todos sus hijos.



XL

## EL BUEN CIUDADANO

Hay niños que piensan, cuando se habla de buenos y de malos ciudadanos, que la conversación trata de asuntos que sólo atañen a los adultos. Esos niños desean, seguramente, llegar a figurar en las filas de los buenos ciudadanos; pero ellos creen que eso ocurrirá dentro de varios años, cuando ya sean personas mayores. Si alguien les dijera que ellos habrán de ser ciudadanos egoístas, faltos de virtud y de honor cívicos, considerarían tales expresiones como una ofensa o una injuria intolerables, y protestarían de la manera más enérgica.

Sin embargo, esos niños figuran ya, sin saberlo ellos mismos, en el grupo de los buenos, de los medianos

o de los malos patriotas, porque lo cierto es que todo niño o niña capaz de leer este libro y de entenderlo, es un ciudadano o ciudadana de su patria, y pertenece a uno de los citados grupos.

Tal vez al leer esto algunos niños se sorprenderán un poco; si son, como es de esperarse que sean, niños pundonorosos, sentirán bastante inquietud al pensar que, sin darse cuenta quizás, figuran en las filas de los malos o de los mediocres, por descuido o por ignorancia, ya que ellos creían que hasta que fuesen adultos no tendrían deberes cívicos que cumplir.

Llegados a este punto, todo niño o niña celoso de su buen nombre, querrá saber en qué se distinguen los buenos ciudadanos de los malos y de los medianos, y qué debe él o ella hacer para que se le cuente entre los primeros.

El buen ciudadano ama a su país y a sus compatriotas, respeta a las autoridades y las leyes, es honrado y virtuoso; pero esto, con ser mucho y ser indispensable, no es bastante. El buen ciudadano, sea cual fuere su condición o su edad, está obligado a conocer multitud de cosas tocantes al bienestar de su patria y a cumplir deberes muy importantes.

Quien ignora lo que está obligado a saber respecto de sus deberes, o falta a éstos por ignorancia o por descuido, no es buen ciudadano; cuando más podrá contarse entre los mediocres.

Algunos de esos conocimientos son tan importantes, que hasta los niños deben poseerlos. Pueden dividirse en tres grandes grupos: Se debe saber:

1º Qué cosas son indispensables a la patria para gozar de bienestar y prosperidad.

2º De qué manera se puede llegar a alcanzar esas cosas tan necesarias.

3º Qué debe hacer el ciudadano, dadas sus condiciones y su edad, para ayudar a obtener esas cosas indispensables de que se ha hecho mención.

Desde luego que a cualquier niño inteligente se le ocurrirá pensar: ¿Pero es posible llegar a saber con exactitud qué cosas son precisas para que la patria goce de mayor prosperidad y bienestar cada día? Claro es que todo lo necesario, exactamente, es imposible llegar a saberlo; pero hay multitud de cosas utilísimas, cuyo conocimiento está al alcance de todo el mundo. Esas cosas son las que ningún ciudadano debe ignorar.

Mencionaremos las más importantes como prueba de lo que acabamos de decir:

En primer lugar tenemos la *salud*. ¿Quién no sabe que sin buena salud no puede haber bienestar ni felicidad completas?

En segundo lugar tenemos la *protección a la vida y la propiedad*. Si los habitantes de la nación están constantemente expuestos a perder la vida, la reputación o las cosas de su propiedad, sin que nadie los proteja o los defienda, el bienestar y el progreso son imposibles. Después podemos contar *las diversiones y fiestas públicas*; durante éstas impera la alegría y se descansa del trabajo a fin del volver más tarde a él con mayores bríos. *La instrucción*, que eleva a las personas y las hace mejores y más capaces; *el buen ornato público*, gracias al cual la localidad resulta más agra-

dable para los vecinos y los extraños: *la facilidad para comunicarse los vecinos entre sí y con todas las demás localidades*; la comodidad, rapidez y baratura de *las vías de comunicación*; *las instituciones de beneficencia* destinadas a ayudar y socorrer a los enfermos y a los necesitados; finalmente, *la buena organización del gobierno* destinado a asegurar todos los bienes anteriormente citados. Estas son cosas de las cuales no puede prescindirse.

Si los contamos, veremos que son nueve requisitos importantes, a saber:

- 1º Salud pública.
- 2º Protección de la vida y la propiedad.
- 3º Diversiones y fiestas públicas.
- 4º Instrucción pública.
- 5º Ornato cívico.
- 6º Comunicaciones fáciles y rápidas.
- 7º Medios de transporte seguros y económicos.
- 8º Beneficencia pública.
- 9º Buen gobierno.

Los ocho requisitos que se mencionan primero son indispensables para el bienestar de la patria y de cada uno de sus hijos. Cuando cualquiera de ellos falta, se producen grandes males que acarrean perjuicios inmensos a muchos de nuestros conciudadanos y a nosotros mismos.

El buen gobierno, que es el último de los requisitos citados, sirve para tratar de alcanzar los primeros; pero si no cuenta con la cooperación y el buen deseo de todos los ciudadanos, ningún gobierno puede obte-

ner las ocho ventajas aquellas, sin las cuales la patria no será nunca rica y feliz.

Por eso es menester que todos los cubanos, grandes o pequeños, hombres o mujeres, sepan bien de qué cosas depende, en primer término, la felicidad de la patria, a fin de que se dispongan a trabajar con empeño para alcanzarlas. Todo niño o niña puede ayudar en esa obra; está obligado a hacerlo. Si él o ella averiguan lo que pueden y deben hacer en tal sentido, y se esfuerzan por realizarlo con voluntad tenaz y firme, desde ese momento quedarán incluidos en las filas de los patriotas dignos, que honran a su país y le sirven con amor y lealtad.





XLI

**EN LA MUERTE DE JOSE MARTI**

Por tierra yace tu glorioso escudo,  
Infatigable lidiador. ¡Caíste!  
No el hado adverso con su golpe rudo,  
Sólo la muerte domeñarte pudo;  
Sólo a la muerte tu pendón rendiste.

Genio de intensa luz, tus claridades  
Rasgaron por doquier la sombra espesa;  
Con tu verbo, fragor de tempestades,  
Supiste redimir debilidades  
Y al remiso inflamar. Tu gloria es esa.

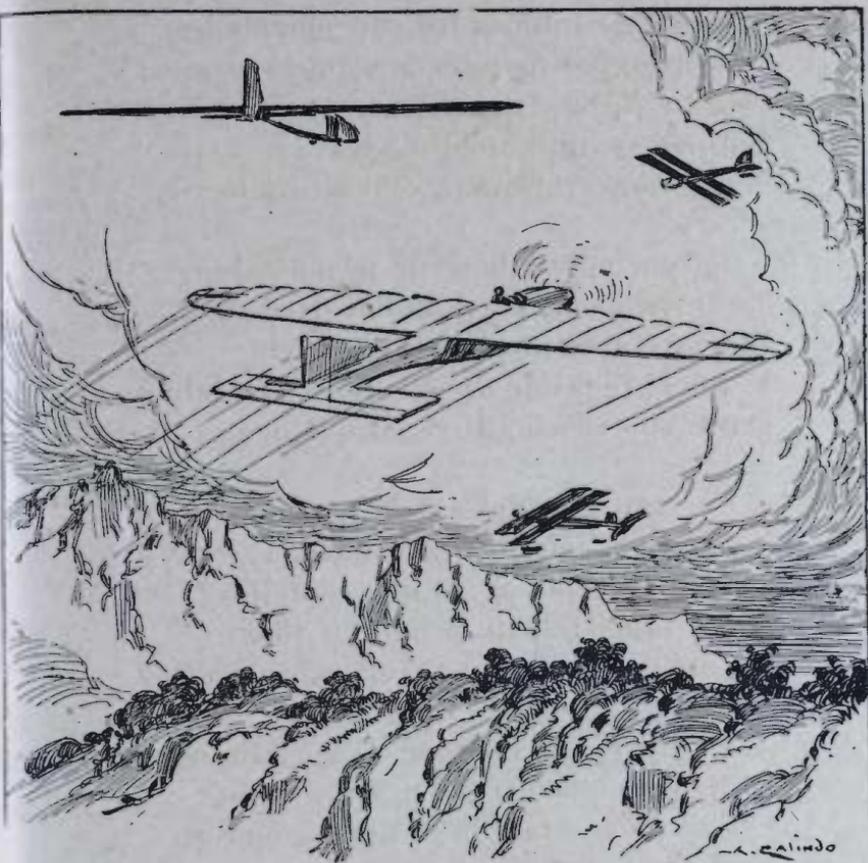
Tu paciente labor fué la del sabio;  
Tu insistencia febril, la del patriota;  
Llegaste al anatema y al agravio  
Y fué el horrible apóstrofe en tus labios  
Dante que acusa, Juvenal que azota.

Fuó tan grandiosa vida una odisea,  
Una odisea por tu Cuba amada;  
Tu patriotismo, el sol que centellea;  
Astro inmortal, tu redentora idea;  
Tu amor, broquel y tu virtud, espada.

Tu fuiste el vencedor. Ya nadie osa  
El triunfo discutir del arduo sueño;  
Fué el noble afán de tu alma generosa  
En Cuba difundir tu fe radiosa  
E impeler a la lid. Venció tu empeño.

Sí, fuiste el vencedor. Por ti batalla,  
Clamando libertad, tu Cuba erguida;  
Tu espíritu fulmina y avasalla,  
Y con estruendo por doquier estalla,  
Volcán de luz, tu redentora vida.

ENRIQUE PÉREZ VALENCIA.



## XLII

### LOS AEROPLANOS Y LA GUERRA

#### I

Los hombres siempre han deseado volar. Han observado a los pájaros, y han envidiado la suave y rápida marcha de éstos por el aire. Volar es más agradable que caminar lentamente sobre el suelo. En los cuentos inventados para divertir a los niños,

siempre se habla de botas y capas mágicas, las que transportan a los que las poseen a largas distancias con igual rapidez que si tuvieran alas.

Hasta hace muy pocos años los hombres no han podido satisfacer su deseo de volar, porque sólo mediante mucho trabajo y planes cuidadosamente dispuestos se pueden realizar empeños para los cuales la naturaleza no nos ha preparado. El hombre puede caminar fácilmente porque la naturaleza lo ha preparado para caminar, dándole un par de piernas. Ha aprendido a nadar; pero le cuesta tiempo y trabajo adquirir el arte de la natación, porque la naturaleza no le preparó para vivir en el agua.

El hombre no puede volar, porque la naturaleza le ha dado un cuerpo más pesado que el aire y no le ha provisto de grandes y fuertes alas para sostenerse, como los pájaros.

Por esa razón, a pesar de desearlo vivamente, sus pretensiones habían sido vanas, hasta que después de varios siglos de preparar planos y practicar ensayos sobre el asunto, ha logrado inventar máquinas y construir alas, gracias al saber y a la firmeza de carácter, adquiridos luchando uno y otro día con los problemas de la naturaleza.

El hecho es que volar, lo mismo que todo lo que el hombre ha aprendido a hacer a fin de satisfacer sus deseos, es el resultado del trabajo. No sólo del trabajo de un hombre, sino de lo que los padres han enseñado a sus hijos durante muchas generaciones, hasta que hemos llegado a poseer grandes medios para obtener de la naturaleza cuanto queremos.

Si hay frío, producimos calor con el fuego. Mediante la siembra y el cultivo obtenemos artículos para alimentarnos. Sabemos cómo proporcionarnos frutas comestibles de los bosques; y lo que es mejor, hemos aprendido a criar y a utilizar los animales domésticos. A través de la historia y aun antes de que la historia comenzara a escribirse, los hombres han aprendido a obtener por sus propios esfuerzos las cosas que han querido, cuando la naturaleza no les ha provisto de los medios necesarios para satisfacer sus deseos.

El largo relato de cómo el hombre ha aprendido las lecciones de la naturaleza, es la interesante historia de las invenciones. Cuando el hombre inventó el arco y la flecha, fué más fuerte gracias a su invención; pudo cazar más fácilmente y satisfacer mejor sus necesidades. Otro tanto ocurrió con toda la extensa lista de sus descubrimientos.

Uno de los más notables hechos relativos al hombre, es que éste ha aprendido muchas de sus lecciones, no cuando trataba de obtener de la naturaleza las cosas que deseaba, sino cuando procuraba dominar a sus hermanos, los demás hombres. La guerra siempre ha proporcionado algunos de los más poderosos motivos para inventar. Desde las primeras edades, los hombres han dedicado más tiempo y atención a las armas, que a los útiles empleados en las ocupaciones pacíficas. La última guerra, llamada la guerra mundial, ha dado ocasión a toda clase de invenciones. Afortunadamente, algunas de ellas serán útiles en la paz. Por ejemplo, los cirujanos han descubierto nuevos medios muy eficaces para el tratamiento de las heridas, los cuales

se emplearán para curar a cuantos se hieran en los trabajos de la vida diaria. Se han inventado nuevas clases de armas, algunas de monstruoso tamaño y de espantoso poder destructivo. Es difícil imaginarse de qué manera estas invenciones podrán ser útiles al hombre, a menos que gracias a su misma perfección sirvan para impedir que haya más guerras. De todos los resultados de la gran guerra, hay uno que será quizás el más importante de todos: la conquista del aire. El hombre ha aprendido a viajar por el aire, a vigilar sus enemigos a vista de pájaro, a atacarlos desde arriba, a bombardearlos aquí y allá con gran rapidez, desde gran altura.

Las experiencias para volar se realizaban desde algunos años antes de la guerra, pero los experimentos ocasionaban grandes trabajos y exponían a graves peligros a los hombres que los realizaban. El gasto del más sencillo globo, como se llamaban las máquinas de volar sin motor, era tan grande, que pocos hombres podían o querían construirlo.

Dos norteamericanos, los hermanos Wright, vieron la importancia de volar y aplicaron los conocimientos que habían aprendido: primero, a hacer alas que pudieran sostenerlos en el aire; y segundo, a construir un motor bastante ligero y bastante poderoso para mover la hélice de su máquina. El primer vuelo de un aeroplano impulsado por una hélice, se efectuó el 14 de diciembre de 1903, en una playa llamada Kitty Hawk, en la Carolina del Norte, Estados Unidos, lugar donde los hermanos Wright efectuaban sus experimentos desde hacía mucho tiempo. El vuelo fué en línea

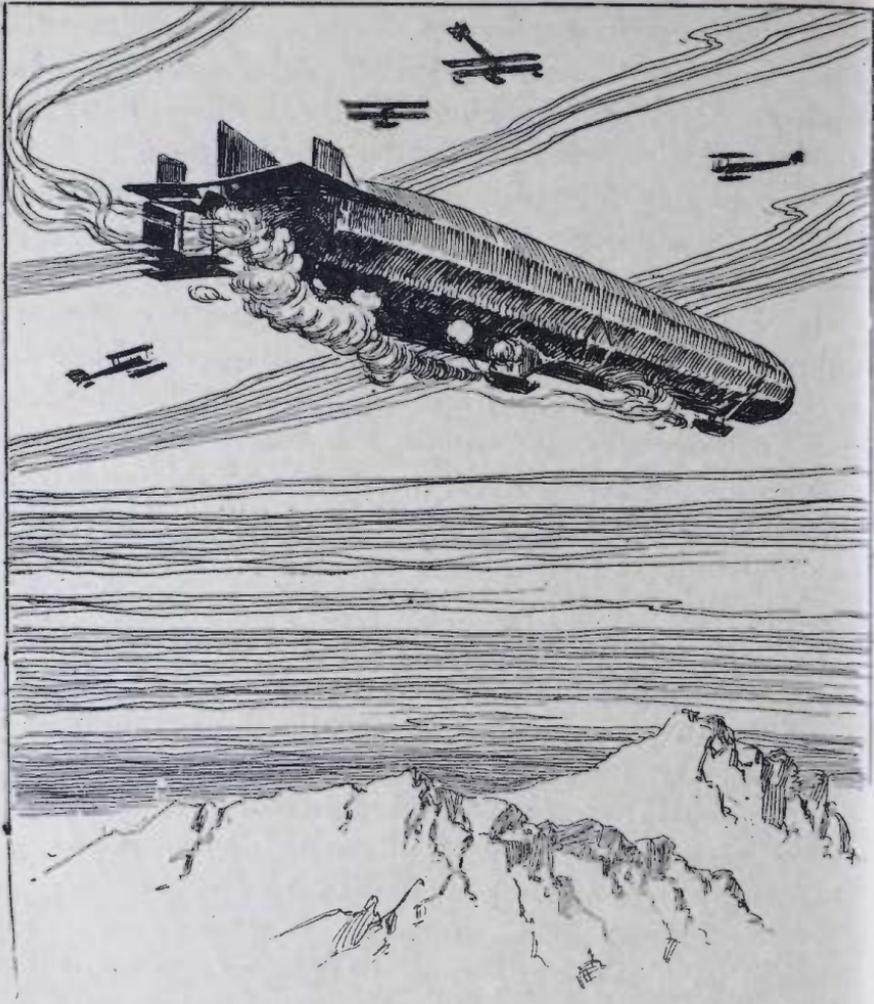
recta y duró 12 segundos. El 15 de septiembre de 1904, habían perfeccionado tanto su máquina, que pudieron permanecer en el aire mucho más tiempo y dirigirla de manera que hicieron un vuelo en redondo. El 17 de octubre de 1905 efectuaron el primer vuelo de más de media hora. La máquina permaneció elevada durante 33 minutos y 17 segundos.

En las primeras máquinas el piloto se sentaba con las piernas colgando debajo de las alas, y los numerosos alambres que unían las diversas partes del aparato cortaban el aire, produciendo numerosas corrientes opuestas.

Las nuevas máquinas se asemejaban a las antiguas, sólo en el plan general. Las partes de que se componen se hallan colocadas en un departamento semejante a un bote, el cual corta el aire y hace el vuelo suave y fácil. Es común que tengan más de una hélice; los motores son poderosos y de gran tamaño; los planos han llegado a ser bastante grandes y fuertes para sostener hasta 27 hombres, cañones, municiones y bombas.

## II

El rápido desarrollo que se ha producido desde el 1903, cuando los dos inventores americanos efectuaron su primer vuelo con éxito, se ha debido enteramente al deseo de las naciones de ser más poderosas en la guerra. La nación que podía enviar más aviadores y vigilar mejor el enemigo, tenía una gran ventaja, porque el número y las posiciones del adversario podían ser conocidas y éste no podía efectuar ataques por sorpresa.



Antes de que existiesen máquinas voladoras, era muy común en la guerra que un ejército cayese sobre sus enemigos, antes que los sorprendidos soldados de la parte contraria pudiesen defenderse.

Además, si los explosivos son arrojados desde arriba, no sólo podrán causar gran daño sino colocar

al enemigo en un estado de ansiedad muy grande, casi tan perjudicial como el mayor daño material que pudiera hacérsele. La guerra entre Italia y Turquía, en 1911, fué la primera en la cual las aplicaciones de los aeroplanos quedaron claramente demostradas. Los italianos tenían una gran ventaja sobre sus enemigos porque contaban con aviadores. El resultado fué que todas las naciones de Europa empezaron a construir máquinas voladoras, porque vieron que podían necesitarlas para la guerra. En los Estados Unidos, la idea que primero había impulsado a la construcción de los aeroplanos no constituía un motivo tan poderoso, por lo cual la fabricación de estos aparatos se desarrolló con lentitud. Los aeroplanos se usaban principalmente para exhibiciones y diversiones públicas.

Desde que comenzó la guerra en 1914, la construcción de aeroplanos progresó con saltos bruscos hacia adelante. Inglaterra empleó 60,000 hombres en fabricar aeroplanos y preparó 41,000 en un año. Los Estados Unidos dedicaron al entrar en la guerra 690.000,000 de pesos al servicio de aviación. Las demás naciones construían tantos aviones como les era posible.

Se necesita gran cantidad de materiales y de trabajo para hacer un avión. Cerca de 4,000 horas de labor se consumen en la fabricación de un aeroplano de tamaño ordinario. Esto quiere decir que 80 hombres han de trabajar durante una semana para hacer una sola máquina. La estructura se hace de acero o de madera de abeto, la cual es cerca de tres veces más resistente que el acero a igualdad de peso. Las alas se hacen de tela de hilo cubierta con 4 ó 5 capas de barniz.

El algodón y la seda han sido empleados, pero no son tan durables como el hilo.

Hay aeroplanos de guerra de muchos estilos y tamaños. En la actualidad son comunes cuatro tipos: máquinas exploradoras, de bombardeo, aviones para observación de la artillería y aeroplanos de batalla.

Las máquinas exploradoras deben ser rápidas y capaces de largos vuelos. Llevan gran cantidad de gasolina, cámaras especiales para fotografiar al enemigo, ametralladoras para ataques y defensa y telegrafía sin hilos para enviar informes.

El biplano de estas máquinas tiene comúnmente 43 pies de ancho y motores de 80 a 150 caballos de fuerza.

Los aviones de bombardeo son pesados y poderosos, pero lentos. Comúnmente vuelan de noche y van acompañados por máquinas ligeras y rápidas que los protegen. Están provistos de motores que producen 200 o más caballos de fuerza. Cargan gran cantidad de bombas que arrojan sobre el enemigo.

Un hecho interesante respecto de estas máquinas, es el de que tienen que arrojar todas sus bombas antes de descender, porque de lo contrario el choque podría hacer explotar las bombas restantes y destruir el aparato.

Los aviones de artillería vuelan sobre el enemigo y observan dónde explotan las bombas de los cañones del ejército a que pertenece el aviador. Estos aeroplanos deben ser ligeros y estables, de modo que puedan permanecer sobre cualquiera posición que deseen.

observar. Las alas tienen una anchura de 30 pies y los motores son de un tipo poderoso.

Los aeroplanos de batalla son ligeros, deben poder elevarse con rapidez, porque en un combate la posición ventajosa es siempre la de arriba. El aviador se eleva rápidamente y entonces bombardea al enemigo que se halla debajo.

Además de estas cuatro clases de máquinas, existen los hidroplanos de la marina. Estos pueden elevarse desde el agua y descender sobre las olas, quedando a flote y pudiendo navegar si no se hallan en condiciones de elevarse.

Al terminarse la guerra, en los principales países existen grandes fábricas para la construcción de aeroplanos y hay numerosos pilotos que saben manejarlos. Es difícil predecir qué aplicación se hará de las máquinas que han sido construidas para la guerra. Probablemente algunas se destinarán a la conducción de la correspondencia, otras a la de pasajeros. Se dice que será posible volar de Europa a América en 15 ó 20 horas. Si esto pudiera hacerse, se economizaría mucho tiempo y se ahorrarían los inconvenientes del viaje por mar.





### XLIII

## LAS LABORES DEL TERRENO

La tierra de labor, ya lo hemos dicho antes, no es un simple almacén o depósito de materiales de donde la planta toma los que necesita para elaborar sus frutos: es algo más.

La tierra es una activa fábrica, en la cual obreros infatigables trabajan sin cesar preparando cuanto el cultivador necesita suministrar a sus plantíos. Dichos obreros son muy numerosos, contándose entre los más útiles el calor, el aire, el agua y una enorme variedad de seres vivientes pequeñísimos, a los cuales se les da el nombre de bacterias. Todos estos obreros trabajan juntos y se auxilian unos a otros.

No en todos los terrenos se encuentran esos buenos y eficaces operarios en número igual. Hay tierras

excesivamente calientes o frías; otras tan compactas que apenas penetra en ellas el aire; unas que carecen de agua casi por completo; otras que la tienen en exceso; las hay en las cuales las bacterias no pueden vivir debido a la presencia de substancias que les son perjudiciales, y finalmente, hay otras donde dichas bacterias se multiplican con rapidez y facilidad.

Un cultivador inteligente debe tratar de conocer bien la tierra que trabaja para él, saber lo que en ella ocurre, y proporcionarle los medios indispensables para que elabore las materias que ha de ofrecerle a la planta.

Observando las tierras, los hombres de ciencia y los buenos cultivadores han llegado a descubrir, que las que son muy compactas, se calientan y se enfrían con exceso, no dejan penetrar el aire en su interior, retienen demasiada agua o la pierden toda en poco tiempo; y como resultado de todo esto, se hace difícil en ella la vida de esos trabajadores pequeñísimos que hemos llamado microbios. Un terreno de esas condiciones es una fábrica que funciona mal; no puede elaborar las substancias que las plantas necesitan para formar sus tallos, sus hojas, sus flores y sus frutos.

De diversas maneras procura el cultivador hábil en su oficio, acudir en auxilio de su tierra y ayudarla a realizar su trabajo. Una de las más importantes es labrándola, removiéndola con el arado, a fin de hacerla más suelta y esponjosa. En el mundo, desde que el hombre existe, se han hecho muchas invenciones y descubrimientos famosísimos; pero el sembrador que averiguó por primera vez que la tierra debía ser

removida para que diese mejores cosechas e inventó el arado para labrarla, hizo un gran descubrimiento y realizó la invención más útil de cuantas haya efectuado el hombre y la que más beneficios le ha proporcionado.

La invención del arado es muy antigua. Hay quienes opinan que se debe a unos remotísimos antepasados nuestros, que vivieron en Asia, en un lugar llamado meseta del Irán, la cual puedes buscar en el mapa. El primitivo arado que usaron los iraníes, se parecía bastante al que fabrican y emplean nuestros campesi-



nos, designándolo con el nombre de *arado de palo* o *arado criollo*. Cuando veas uno, obsérvalo con atención respetuosa, pues has de saber que ese artefacto tan rústico, ese instrumento tan tosco y primitivo, ha hecho más por el progreso y bienestar de la humanidad que todas las demás invenciones juntas. Ese arado debido al genio creador de nuestra raza, fué el que, asegurando la subsistencia de la misma, la libertó de la esclavitud del hombre, y dió alas a la inteligencia. El fué quien forzó también a los hombres a trabajar

juntos, a ayudarse mutuamente, iniciando el reinado de la concordia y de la fraternidad. Los arados que hoy usan los agricultores son de muy diversas clases y realizan un trabajo perfecto con extraordinaria rapidez, pero todos no son sino modificaciones sucesivas e ingeniosas del primitivo arado de nuestros más antiquísimos abuelos.

Las labores que los distintos arados efectúan en los terrenos son muy variadas; se encaminan siempre a modificar la contextura del suelo, influyendo sobre la temperatura, la aereación y la humedad o sequedad de éste.

En países cálidos como el nuestro, la tierra muy compacta se calienta con exceso. El calor evapora el agua con rapidez y las plantas sufren mucho. El aire no puede penetrar en el interior de dichas tierras; y como en el interior se encuentran algunos de los materiales necesarios para elaborar las substancias que las plantas absorben por las raíces, los cultivos no pueden nutrirse bien. Además, muchos microbios de los que trabajan en el terreno necesitan aire para vivir, y al no haberlo en el interior del mismo en abundancia, perecen o quedan inactivos.

El arado, rompiendo el suelo, desmenuzándolo, haciéndolo más suelto y esponjoso, remedia los principales inconvenientes de las tierras muy compactas.

Pero tal vez la influencia más beneficiosa de las labores se refiere a que ayudan al terreno a absorber y a retener el agua que recibe de las nubes. La tierra suelta absorbe el agua de la lluvia como si fuera una esponja, particularidad en la cual aventaja mucho a

las tierras compactas, puesto que, como ya se ha explicado, el terreno sin agua no puede elaborar lo que hace falta a la planta para formar sus frutos. Una vez absorbida el agua, es menester que sea retenida. Hay quien cree que la tierra se seca, es decir, pierde el agua, porque ésta se va filtrando hacia el interior para formar los manantiales subterráneos. En realidad no es así. La tierra pierde el agua por la evaporación que se produce en su superficie. El calor del sol calienta el agua que humedece la capa superior del terreno y la convierte en vapor. A virtud de un fenómeno conocido con el nombre de *capilaridad*—tu maestro puede explicarte en qué consiste—el agua que está en la capa de tierra inmediatamente inferior, sube a la superficie y se evapora a su vez. Así, por efecto de la capilaridad y de la evaporación, el terreno va perdiendo su agua, la cual vuelve, convertida en vapor, a la nube de donde procedía.

Pues bien, en las tierras muy sueltas la capilaridad no se produce sino en un grado mínimo; por esa razón, una capita superior de tierra muy floja, impide que el agua suba hasta la superficie y se evapore. Es como una pantalla entre el sol y el agua que está en lo hondo del terreno. Los cultivadores que saben esto, labran su terreno de manera que éste conserva su humedad largo tiempo.

Las labores del terreno son, como ves, de una grande importancia, sin que deba entenderse que su utilidad se limita a lo expuesto. Basta que sepas, por el momento, que sin ellas la tierra, esa gran trabajadora, no puede fabricar los materiales de que se forman las flores y los frutos.



XLIV

VOLVER A CUBA

I

Oh! si una vez no más, si un solo día  
A ver volviera tu esplendente cielo  
Y a respirar tu brisa, Cuba mía!  
Si un solo rayo de tu sol ardiente,  
Rayo de amor y vida,  
Tornara a herir mi marchitada frente!  
Si una hora, si un instante  
Aspirara el perfume de tus flores!  
Si una gota no más de tus raudales  
Templara de mis labios los ardores!  
Si un eco de los himnos celestiales  
Que levantan tus bosques y tus ríos  
Otra vez en mi oído resonara,

Fuego entonces y amor, luz, poesía,  
Inspiración y encanto  
Hincharan a la vez el alma mía  
Para romper en lágrimas y en canto!

## II

De rodillas y cruzando  
ambos brazos sobre el seno,  
a Dios invocara, lleno  
de ferviente adoración;  
y sobre mi pecho herido,  
en lugar de amargo llanto,  
cayera el bálsamo santo  
de dulce consolación.

## III

Y del arpa cuyas cuerdas  
hoy están mudas y rotas,  
sacara valientes notas  
de fe, esperanza y unción;  
Y al alzar la voz al cielo,  
huyendo del son saldría  
la devoradora arpía  
que anida en mi corazón.

Cantara cuantos primores  
dentro de su seno encierra,  
virgen esposa del mar;  
y de la ilusión dorada

el fénix renacería  
de entre la ceniza fría  
donde hoy lo entierra el pesar.

En vez de este cielo opaco  
y de esta tierra sin flores  
viera un sol todo esplendores,  
viera un inmenso jardín.

No la mortaja del hielo,  
sino perlas del rocío;  
no un largo invierno sombrío,  
mas primavera sin fin.

Loma azul, floridos bosques  
vestidos de verde y gualda,  
y en campiña de esmeralda  
sierpes de plata y cristal.

Albas en que los semíes  
bajan en nubes rosadas,  
y noches en que las hadas  
danzan tras áureo cendal.

Bellos músicos del alba,  
el cabrero y el sinsonte,  
en las entrañas del monte  
trinando ojera a la par;  
y entre blancos cuyujíes  
desatada blandamente,

el murmurio de una fuente  
que también quiso cantar.

En la rama del ateje  
arrullarse dos tojosas;  
entre flores y entre rosas  
zumar el verde guaní;

crujir la yagua en la palma,  
el bambú gemir doliente  
y susurrar dulcemente  
la brisa en el macorí.

Embriagado con perfumes  
de aguinaldo y azahares,  
y a la sombra del copey,  
imaginara que oía,

al rumor de los palmares  
en el espacio perdido,  
del guamo el ronco sonido  
y el areito siboney.

Viera cruzar a lo lejos  
hendiendo espumantes aguas  
los guairos y las piraguas  
al empuje del bojador;

y en el caney bellas indias  
danzando al son de atabales,  
ligeras como zorzales  
y ardientes como el amor.

Más ¡ay! ¿Para mí qué fuera  
Cuba sin ti, madre mía?  
Tornárase tumba fría,  
astro sin aire y sin luz:

cementerio de venturas,  
cárcel de esperanzas bellas,  
cielo sin sol, sin estrellas,  
envuelto en negro capuz.



No! para gozar la dicha  
de tornar al patrio suelo,  
ha de saciarse el anhelo  
que más vivo siento en mí.

Has de verme y he de verte,  
abrazarnos dulcemente;  
darme tú un beso en la frente,  
yo otro beso darte a ti.

Enmudecer de alegría,  
derramar llanto de gozo,  
y hablar con sólo un sollozo:  
dar suspiro de alegría:

sentir tan viva ventura  
que casi arrebató el seso;  
y volver al dulce beso  
y a los abrazos volver.

Ambas almas confundirse  
en celestes sensaciones,  
y ardiendo los corazones,  
latir a un compás los dos.

Pensar quién nos da esa dicha,  
de do viene gozo tanto,  
y alzar, aún llenos de llanto,  
los ojos buscando a Dios!

#### IV

Mas si no he de gozar ventura tanta,  
Si, huérfano infeliz, el patrio suelo  
Tengo de hollar con extraviada planta,  
Quédate, Cuba, adiós!... Más vale el hielo,  
La sombra triste y el continuo duelo  
De la extranjera tierra,  
Que cuenta haya en tu seno  
De luz, de amor y de beldad se encierra  
Si de la madre cara  
Al ver tu cielo y respirar tu brisa  
La dulce bienvenida no encontrara.

MIGUEL TEURBE TOLÓN.



XLV

**LA HABANA EN 1840**

La vista general de la Habana es curiosa; desde luego nota el europeo con extrañeza, que si bien las calles son tiradas a cordel y en divisiones iguales, esta regularidad en el conjunto, no está del mismo modo observada en los detalles. Así, que, al lado de un suntuoso palacio se ve una mezquina y asquerosa casa y la construcción más moderna y elegante al lado de la más antigua e irracional. No se nota en los edificios disparidad tan extrema, aunque nada fuera tan extraño que ver una iglesia antiquísima y un teatro moderno.

Las calles no son muy anchas, cual fuera necesario en un país de tanta concurrencia y en que no es posible vivir sin el auxilio de la bienhechora brisa. Y en su movible, rara vez seco piso, jamás descansa el pie de las bellas americanas. El forastero, ignorante de los

usos del país, o poco acomodado a sostener un carruaje o curioso y observador, que discurre por aquellas calles, se ve casi solo, sin encontrar más que hombres de color ocupados en sus faenas y muchedumbre infinita de quitrines (carruajes del país) que embaracen su marcha. Tal es el número crecido de éstos que necesariamente se hace la atención más cuidadosa para no ser atropellado por alguno, si bien la destreza de los caleseros que los dirigen montados en el caballo que tira de ellos y su construcción bien entendida, dan alguna garantía de seguridad.

Pero estos carruajes llaman la atención del viajero; sus riquísimos estribos y demás adornos de bruñida plata, el radio inmenso de sus ruedas de durísima ácana; su tapacete de paño finísimo con que se pueden preservar del sol o de la lluvia los que dentro van, las varas de flexible majagua, el traje curioso del calesero, el breve, pero brioso caballo de remates de blanca planta, ofrece un espectáculo curioso.

Cuando a cierta hora de la tarde, en que el sol ha caído y el calor cesado, echados el fuelle y tapacete, se ve discurrir por el hermoso paseo de Tacón, a unos de esos ligerísimos carruajes, llevando dos o tres bellas cubanas, de que ve el observador desde el breve y bien calzado pie hasta el rico y abundante cabello, cree que no es posible inventar carruaje más elegante y lindo en un país en que abunda la hermosura y es necesario dejar que el viento gire y refresque.

La población está sembrada de edificios y de obras públicas; de unos y otros iré hablando a medida que lo crea conveniente al plan de mi obra, mezclando los

párrafos de amenidad con los más serios de fundación, administración y gobierno de la isla. Creo que así haré menos árida la lectura de algunos guarismos, y menos ligera la descripción de un baile o de un paseo.

Mi anhelo principal, al llegar a la Habana, era contemplar aquella nueva catedral, no tanto por el interés que me pudiera ofrecer su pavimento de mármol, como por venerar en ella los restos del célebre almirante de las Indias, don Cristóbal Colón. Es éste, a mi entender, el tesoro más grande que posee la isla, y para cualquiera que ha pasado largas noches admirando el raro genio que concibió aquellas tierras occidentales, y la fortaleza con que llevó a cabo el descubrimiento, pocas cosas hay que desee con más ansia adorar que aquellas frías cenizas que fueron el cuerpo del grande hombre.

Me dirigí, pues, a la Catedral y aunque a hora en que tengo costumbre de verlas todas abiertas, encontré aquélla cerrada. Fué grande mi sorpresa y disgusto, y como me costó tanto trabajo el verla, bueno será que el lector tenga alguna paciencia, si desea, como yo deseé verla, que le hable de los venerados restos de Colón.

Uno de los monumentos que más desea el viajero visitar en la Habana, por poco que ame los recuerdos históricos, es el que se conoce con el nombre de *el Templete*. Y aquí empiezan y acaban mis estudios acerca de las antigüedades de la isla. Esta memorable obra, emprendida en 1827 por el capitán general Vives, luego conde de Cuba, está situada en la plaza llamada de Armas, casi en frente a la casa de gobierno, inme-

diato a la bahía. Recuerda la primera misa que en este sitio se dijo, y he aquí su historia y descripción.

La capital de la isla estuvo en tiempos antiguos en la costa del sur, inmediata a Batabanó, hasta que tanto por lo insalubre de este sitio, como por el interés que tomaba el adelantado Diego Velázquez en los asuntos de la Nueva España, determinó éste trasladar la silla de su gobierno a la parte norte, y fundar la ciudad de San Cristóbal de la Habana, donde había ya un principio de población. Los hombres religiosos de aquella época nada podían concebir de feliz, sin que lo santificase el sacrificio de la misa.

Así que apenas desembarcados, al pie de una grandiosa ceiba, inmediata a la bahía, elevaron un altar y un sacerdote, cuyo nombre en vano he intentado averiguar, autorizado por don Julián Garcés, obispo de la isla, residente en Baracoa, cantó la primera misa que se celebró en aquella costa.

La misma gigantesca ceiba, que vió, bajo su sombra, postrados a los valerosos descubridores y conquistadores de América, fué durante mucho tiempo el testimonio único que hacía recordar aquel acto verdaderamente religioso y poético. Apenas podemos concebir cómo hubo persona tan prosaica y de mal gusto para derribar la vetusta ceiba con el fin de sustituirla con un monumento más grande. A mis ojos nada puede decir tanto, ni el granito, ni el mármol, como el árbol mismo, testigo de aquel raro hecho. Sin embargo, en 1754, época prosaica, mandó levantar el general Cagigal de la Vega, gobernador de la isla, un obelisco que aún existe en el lugar que existía la segada ceiba.

Otro árbol nuevo de esta clase crece muy inmediato a aquel sitio y dentro del enverjado, en memoria del antiguo árbol.

Más tarde el descuido y abandono fué obscureciendo entre malezas el nuevo monumento, hasta que, en noviembre de 1827, se empezó el Templete de que he hablado y que voy a describir.

Es éste un rectángulo de treinta y dos varas este-oeste y doce norte-sur, cercado con hermosas verjas de hierro sostenidas por 18 pilares de cantería. La base y capiteles son de sencillo orden toscano. El obelisco está en el centro del enverjado. El Templete está apoyado en seis columnas dóricas con basamento ático. Tiene más de ocho varas de este a oeste. Once de altura, desde la solería a la clave del tímpano. Hay en los costados cuatro pilastras con sus tableros, bases y capiteles, igualmente del orden ático y dórico.

Entre los triglifos y metopas que guarecen los arquivtrabes en el friso, se ven en relieve las cifras F<sup>o</sup> 7<sup>o</sup>, y los atributos de la orden americana de Isabel la Católica. Sobre el mainel de la puerta, las armas de la ciudad con un letrero en el borde del escudo, que dice:

*La siempre fidelísima ciudad de la Habana.*

Entrando llama la atención el busto de mármol de Colón, colocado con poco gusto en un nicho, y costado todo por el obispo Espada, uno de los hombres cuyo nombre no puede pronunciar un cubano sin orgullo y gratitud, modelo de sabios y virtuosos. Tres cuadros adornan el interior del Templete, que, si bien escasos en mérito artístico, siempre lo tendrán histó-

diato a la bahía. Recuerda la primera misa que en este sitio se dijo, y he aquí su historia y descripción.

La capital de la isla estuvo en tiempos antiguos en la costa del sur, inmediata a Batabanó, hasta que tanto por lo insalubre de este sitio, como por el interés que tomaba el adelantado Diego Velázquez en los asuntos de la Nueva España, determinó éste trasladar la silla de su gobierno a la parte norte, y fundar la ciudad de San Cristóbal de la Habana, donde había ya un principio de población. Los hombres religiosos de aquella época nada podían concebir de feliz, sin que lo santificase el sacrificio de la misa.

Así que apenas desembarcados, al pie de una grandiosa ceiba, inmediata a la bahía, elevaron un altar y un sacerdote, cuyo nombre en vano he intentado averiguar, autorizado por don Julián Garcés, obispo de la isla, residente en Baracoa, cantó la primera misa que se celebró en aquella costa.

La misma gigantesca ceiba, que vió, bajo su sombra, postrados a los valerosos descubridores y conquistadores de América, fué durante mucho tiempo el testimonio único que hacía recordar aquel acto verdaderamente religioso y poético. Apenas podemos concebir cómo hubo persona tan prosaica y de mal gusto para derribar la vetusta ceiba con el fin de sustituirla con un monumento más grande. A mis ojos nada puede decir tanto, ni el granito, ni el mármol, como el árbol mismo, testigo de aquel raro hecho. Sin embargo, en 1754, época prosaica, mandó levantar el general Cagigal de la Vega, gobernador de la isla, un obelisco que aún existe en el lugar que existía la segada ceiba.

Otro árbol nuevo de esta clase crece muy inmediato a aquel sitio y dentro del enverjado, en memoria del antiguo árbol.

Más tarde el descuido y abandono fué obscureciendo entre malezas el nuevo monumento, hasta que, en noviembre de 1827, se empezó el Templete de que he hablado y que voy a describir.

Es éste un rectángulo de treinta y dos varas este-oeste y doce norte-sur, cercado con hermosas verjas de hierro sostenidas por 18 pilares de cantería. La base y capiteles son de sencillo orden toscano. El obelisco está en el centro del enverjado. El Templete está apoyado en seis columnas dóricas con basamento ático. Tiene más de ocho varas de este a oeste. Once de altura, desde la solería a la clave del tímpano. Hay en los costados cuatro pilastras con sus tableros, bases y capiteles, igualmente del orden ático y dórico.

Entre los triglifos y metopas que guarecen los arquivadas en el friso, se ven en relieve las cifras F<sup>o</sup> 7<sup>o</sup>, y los atributos de la orden americana de Isabel la Católica. Sobre el mainel de la puerta, las armas de la ciudad con un letrero en el borde del escudo, que dice:

*La siempre fidelísima ciudad de la Habana.*

Entrando llama la atención el busto de mármol de Colón, colocado con poco gusto en un nicho, y costado todo por el obispo Espada, uno de los hombres cuyo nombre no puede pronunciar un cubano sin orgullo y gratitud, modelo de sabios y virtuosos. Tres cuadros adornan el interior del Templete, que, si bien escasos en mérito artístico, siempre lo tendrán histó-

diato a la bahía. Recuerda la primera misa que en este sitio se dijo, y he aquí su historia y descripción.

La capital de la isla estuvo en tiempos antiguos en la costa del sur, inmediata a Batabanó, hasta que tanto por lo insalubre de este sitio, como por el interés que tomaba el adelantado Diego Velázquez en los asuntos de la Nueva España, determinó éste trasladar la silla de su gobierno a la parte norte, y fundar la ciudad de San Cristóbal de la Habana, donde había ya un principio de población. Los hombres religiosos de aquella época nada podían concebir de feliz, sin que lo santificase el sacrificio de la misa.

Así que apenas desembarcados, al pie de una grandiosa ceiba, inmediata a la bahía, elevaron un altar y un sacerdote, cuyo nombre en vano he intentado averiguar, autorizado por don Julián Garcés, obispo de la isla, residente en Baracoa, cantó la primera misa que se celebró en aquella costa.

La misma gigantesca ceiba, que vió, bajo su sombra, postrados a los valerosos descubridores y conquistadores de América, fué durante mucho tiempo el testimonio único que hacía recordar aquel acto verdaderamente religioso y poético. Apenas podemos concebir cómo hubo persona tan prosaica y de mal gusto para derribar la vetusta ceiba con el fin de sustituirla con un monumento más grande. A mis ojos nada puede decir tanto, ni el granito, ni el mármol, como el árbol mismo, testigo de aquel raro hecho. Sin embargo, en 1754, época prosaica, mandó levantar el general Cagigal de la Vega, gobernador de la isla, un obelisco que aún existe en el lugar que existía la segada ceiba.

Otro árbol nuevo de esta clase crece muy inmediato a aquel sitio y dentro del enverjado, en memoria del antiguo árbol.

Más tarde el descuido y abandono fué obscureciendo entre malezas el nuevo monumento, hasta que, en noviembre de 1827, se empezó el Templete de que he hablado y que voy a describir.

Es éste un rectángulo de treinta y dos varas este-oeste y doce norte-sur, cercado con hermosas verjas de hierro sostenidas por 18 pilares de cantería. La base y capiteles son de sencillo orden toscano. El obelisco está en el centro del enverjado. El Templete está apoyado en seis columnas dóricas con basamento ático. Tiene más de ocho varas de este a oeste. Once de altura, desde la solería a la clave del tímpano. Hay en los costados cuatro pilastras con sus tableros, bases y capiteles, igualmente del orden ático y dórico.

Entre los triglifos y metopas que guarecen los arquitrabes en el friso, se ven en relieve las cifras F<sup>o</sup> 7<sup>o</sup>, y los atributos de la orden americana de Isabel la Católica. Sobre el mainel de la puerta, las armas de la ciudad con un letrero en el borde del escudo, que dice:

*La siempre fidelísima ciudad de la Habana.*

Entrando llama la atención el busto de mármol de Colón, colocado con poco gusto en un nicho, y costeadado todo por el obispo Espada, uno de los hombres cuyo nombre no puede pronunciar un cubano sin orgullo y gratitud, modelo de sabios y virtuosos. Tres cuadros adornan el interior del Templete, que, si bien escasos en mérito artístico, siempre lo tendrán histó-

rico, por los hechos que recuerdan. Representa el uno la instalación del primer ayuntamiento de la Habana, presidido por el jefe español Diego Velázquez, que trae a la memoria una época en que las municipalidades hacían la felicidad de España. El segundo cuadro recuerda la misa que se celebró al pie de la frondosa ceiba, con la sencilla fe de aquellos menos infelices tiempos. El tercero conservará la memoria de la función de inauguración del Templo, que tuvo efecto el 19 de mayo de 1828.

Preciso era descender a tantos detalles, porque es éste el único monumento que recuerda antiguos hechos, en la opulenta ciudad de la Habana. Invadida hasta cierto punto por el tráfico y comercio, inestable todavía en la forma de administración, insegura en su riqueza y poderío, es difícil que se ocupe en otras especies de obras que aquéllas que le prometen un porvenir feliz. Así es que el viajero aquí más que ruinas debe buscar gérmenes.

A la belleza de las noches de noviembre en la Habana, no sé qué pueda compararse. Ni molesta el calor ni se percibe el frío; ningún género de sensación desagradable se desprende de la atmósfera. Se vive realmente, gozando interior y exteriormente, con los goces que otras causas puedan ofrecer, sin que esa molestia, general en el mundo, de la temperatura, debilita en nada la fuerza o dulzura de nuestras sensaciones. Es por lo tanto que el sol, apenas ha besado las aguas de los mares, las bellas habaneras, reclinadas muéllamente en sus cómodos y elegantes carruajes, salen de sus casas sin más objeto por lo general que el de

recorrer las calles y gozar de las delicias de la noche. Tienen muchas la costumbre de pasear así por ciertos sitios y no hay conversaciones más dulces e íntimas que las tenidas a estas horas de templanza y expansión. Allí las dulces confianzas, allí los propósitos cariñosos, y allí en suma, los inocentes planes de la juventud. Sin embargo las costumbres severas y formularias del país no toleran que acompañen extraños a las señoras en sus reducidos carruajes, y esto hace más monótonas las conversaciones de estos nocturnos periódicos paseos. Alguna de esas bellas rondadoras se acercan a las verjas de la plaza de Armas, en donde una numerosa música de regimiento toca varias escogidas piezas tres noches en la semana; pero las señoras que pertenecen a las primeras clases de la sociedad jamás se apean, y las demás siempre. En esos carruajes toman un sorbete, generalmente mal hecho, de rica piña o guayaba, y se retiran a gozar del blando y regalado sueño a la hora en que, en las grandes poblaciones de Europa empiezan las diversiones.

Es, no obstante, delicioso para el viajero pasar las primeras horas de la noche cruzando por las calles de árboles de la plaza de Armas. Es ésta bastante capaz y formada como las de Inglaterra, sólo que sus árboles meridionales no pierden nunca sus frescas hojas. Su pavimento es de dura piedra, y de vez en cuando encuentra el viajero una hermosa estatua de mármol de Fernando VII, o bancos de blanca piedra, o árboles curiosos que contemplar. Pero es muy animada y abundante allí la concurrencia en las noches de retreta. Circulan bellas y encantadoras criollas,

con su cabellera descubierta, con sus brazos desnudos, con sus ojos de fuego, y el contemplarlas a unas paseando, sentadas a otras, y a las más, ricamente prendidas, en sus elegantes y descubiertos quitrines, es una delicia a pocas comparable.

Cercan la plaza del paseo hermosas verjas de hierro, y vense alrededor la hermosa casa de gobierno a un lado, la del superintendente de Hacienda a otro, la del conde de Santovenia frente a la primera, y es lástima que al cuarto costado esté ocupado por casas que no forman simetría con los edificios indicados.

#### JACINTO DE SALAS Y QUIROGA.





XLVI

## LA LAMPARA ELECTRICA

Jugaban Ernesto y Manolo en el portal de su casa en una tibia noche de verano, cuando la pelota desviada, por un mal movimiento del primero, fué a chocar con el bombillo de la luz eléctrica, que se rompió en múltiples pedazos, produciendo un estallido.

Inmediatamente la luz se apagó quedando el portal a obscuras. Con el susto consiguiente y la desazón producida por el regaño de la madre, que había acudido al estrépito de la rotura, los muchachos perdieron la gana de jugar y se quedaron en un ángulo del colgadizo comentando el suceso.

—¿Por qué será,—preguntaba Manolo a quien parece que aquel percance no le ocurría por primera vez—que cuando el bombillo de una luz eléctrica se rompe, la luz se apaga en seguida, aun cuando los alambritos del interior queden sanos?

—Es verdad que ocurre así—respondió Ernesto;—pero esto sólo sucede con la luz eléctrica; las luces de gas, las de petróleo, las de acetileno y todas las demás que yo conozco arden también fuera del bombillo o del farol.

—¿No te parece que le preguntemos a papá?—dijo el primero;—con esto pasaremos el resto de la noche entretenidos.

Fueron los muchachos al gabinete del padre y le propusieron la cuestión.

—Esto sucede así—les contestó éste—porque la llama que arde en los filamentos de las lámparas eléctricas, se mantiene tan sólo en el vacío; en cuanto se rompe el bombillo, al contacto del aire se consumen los filamentos, por la enérgica acción comburente del oxígeno y la luz se apaga en seguida.

—Entonces—replicó uno de los muchachos,—las demás clases de luz son mejores que la eléctrica, porque arden en el aire, y no se apagan, aun cuando se rompa el bombillo que las resguarda.

—Cierto es, dijo el padre, que los bombillos eléctricos tienen este inconveniente, pero no en todas las clases de luz eléctrica sucedé así; además el empleo de este sistema de alumbrado constituye un gran progreso sobre todos los otros; pues esta luz es más clara, más poderosa, y más fija que todas las demás; a esto se agrega que es mucho más económica, excepto agregó con intención, en aquellos lugares en que hay muchachos demasiado revoltosos, que acaban con los bombillos a pelotazos.

—Esto fué sin querer, papá—dijo Ernesto;—además, sucedió por casualidad. Pero ahora pienso ¿por qué se le ocurrió al inventor de esta luz hacerla arder en el vacío cuando todas las demás se producen perfectamente en el aire?

—El inventor de los bombillos eléctricos—respondió el padre—fué Edison, el gran mago de la ciencia moderna, inventor también del tranvía eléctrico, del cinematógrafo, del teléfono y de multitud de otros aparatos no menos útiles que éstos.

Cuando él empezó a ocuparse de la cuestión del alumbrado, la luz corriente que se empleaba era de gas; estaba también divulgándose la lámpara eléctrica de *arco voltaico*, que había sido inventada anteriormente por un gran hombre de ciencia, llamado Sir Humphry Davy.

He aquí cómo tuvo lugar el invento de esta luz: se hallaba el gran sabio inglés haciendo pruebas con una batería eléctrica que tenía en su casa, cuando se le ocurrió unir a ella dos hilos de latón, con los extremos opuestos; si estos dos extremos se juntaban la

electricidad que corria por los hilos circulaba de uno a otro, sin ninguna alteración, pero si los aproximaba nada más, sin tocarlos, se producía entre ambos una luz, pero de una temperatura tan elevada que se fundían los hilos.

Entonces pensó que si podía encontrar una substancia que produjese la luz sin fundirse en seguida, podría utilizarse para alumbrado; substituyendo los hilos de latón por dos pedazos de carbón, observó que se producía una luz espléndida que podía durar cierto tiempo sin consumir los carbones.

Esto sucedía así, porque la electricidad acumulada en uno de los reóforos a que estaba unido un pedazo de carbón, pasaba a éste, y, al llegar al extremo, salvaba el pequeño espacio que la separaba del otro carbón, arrastrando con su fuerza pequeñas partículas del primero, que, al contacto del aire, se tornaban incandescentes, produciendo una luz muy viva.

Esto sirvió de base para construir un aparato que se utilizó en el alumbrado público.

Edison se propuso encontrar el medio de producir una luz eléctrica que sirviera para alumbrar el interior de las casas, sin utilizar los carbones y sin necesitar la corriente de aire que es indispensable en las lámparas de arco voltaico.

Sin embargo, todos los experimentos que hacía le daban el mismo resultado que a Sir Humphry Davy: esto es, que los filamentos empleados para hacer pasar la corriente eléctrica, se consumían en seguida.

Entonces pensó que si lograba encontrar una substancia que ardiera en el vacío sin consumirse tan

pronto como los carbones de las lámparas de arco voltaico o los filamentos usados hasta entonces, tendría resuelto el problema.

Un sabio inglés llamado William Crookes había inventado el medio de hacer unos tubos de cristal con el vacío producido en el interior; con sólo dar a estos tubos una forma de pera, resolvió Edison la primera parte de la dificultad.

Después tuvo que idear el medio de apagar y encender cualquiera de estas lámparas independientemente de las demás que recibieran la misma corriente eléctrica y, por fin, ya no le quedó más que hallar la substancia conveniente para el filamento interior.

Después de haber pasado mucho tiempo experimentando con toda clase de substancias, sin resultado favorable, probó un día una fibra de bambú carbonizado, viendo con alegría que pudo mantener con él la luz durante mucho tiempo.

Varios emisarios suyos recorrieron entonces todos los países donde se produce esta planta, hasta que encontró algunas especies con las que obtuvo mejores resultados.

Las fibras de las bambúes japoneses carbonizadas proporcionaron la materia más adecuada para fabricar los filamentos interiores del bombillo. Así quedó inventada la lámpara eléctrica, cuyo empleo se está generalizando rápidamente y parece probable que llegue a substituir por completo a todos los demás sistemas de alumbrado.

En la actualidad, otros experimentos han logrado substituir el filamento de carbón por otros de natura-

electricidad que corria por los hilos circulaba de uno a otro, sin ninguna alteración, pero si los aproximaba nada más, sin tocarlos, se producía entre ambos una luz, pero de una temperatura tan elevada que se fundían los hilos.

Entonces pensó que si podía encontrar una substancia que produjese la luz sin fundirse en seguida, podría utilizarse para alumbrado; substituyendo los hilos de latón por dos pedazos de carbón, observó que se producía una luz espléndida que podía durar cierto tiempo sin consumir los carbones.

Esto sucedía así, porque la electricidad acumulada en uno de los reóforos a que estaba unido un pedazo de carbón, pasaba a éste, y, al llegar al extremo, salvaba el pequeño espacio que la separaba del otro carbón, arrastrando con su fuerza pequeñas partículas del primero, que, al contacto del aire, se tornaban incandescentes, produciendo una luz muy viva.

Esto sirvió de base para construir un aparato que se utilizó en el alumbrado público.

Edison se propuso encontrar el medio de producir una luz eléctrica que sirviera para alumbrar el interior de las casas, sin utilizar los carbones y sin necesitar la corriente de aire que es indispensable en las lámparas de arco voltaico.

Sin embargo, todos los experimentos que hacía le daban el mismo resultado que a Sir Humphry Davy: esto es, que los filamentos empleados para hacer pasar la corriente eléctrica, se consumían en seguida.

Entonces pensó que si lograba encontrar una substancia que ardiera en el vacío sin consumirse tan

pronto como los carbones de las lámparas de arco voltaico o los filamentos usados hasta entonces, tendría resuelto el problema.

Un sabio inglés llamado William Crookes había inventado el medio de hacer unos tubos de cristal con el vacío producido en el interior; con sólo dar a estos tubos una forma de pera, resolvió Edison la primera parte de la dificultad.

Después tuvo que idear el medio de apagar y encender cualquiera de estas lámparas independientemente de las demás que recibieran la misma corriente eléctrica y, por fin, ya no le quedó más que hallar la substancia conveniente para el filamento interior.

Después de haber pasado mucho tiempo experimentando con toda clase de substancias, sin resultado favorable, probó un día una fibra de bambú carbonizado, viendo con alegría que pudo mantener con él la luz durante mucho tiempo.

Varios emisarios suyos recorrieron entonces todos los países donde se produce esta planta, hasta que encontró algunas especies con las que obtuvo mejores resultados.

Las fibras de las bambúes japoneses carbonizadas proporcionaron la materia más adecuada para fabricar los filamentos interiores del bombillo. Así quedó inventada la lámpara eléctrica, cuyo empleo se está generalizando rápidamente y parece probable que llegue a substituir por completo a todos los demás sistemas de alumbrado.

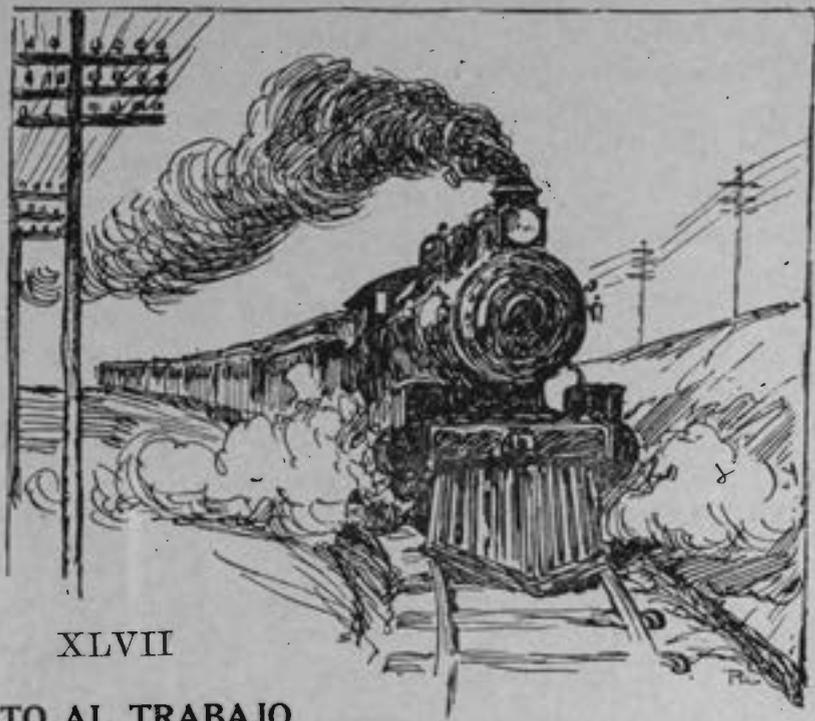
En la actualidad, otros experimentos han logrado substituir el filamento de carbón por otros de natura-

leza metálica, que resisten mucho tiempo y ahorran fluído, por lo que resultan más ventajosos.

Excuso decir, que, como ocurre en todos los inventos, cada día se descubren nuevos medios de perfeccionar éste, de manera que la luz eléctrica que actualmente se obtiene supera con gran ventaja a todas las demás.

Satisfechos quedaron los muchachos con la explicación del padre, ofreciendo tener más cuidado en lo sucesivo con aquellos pequeños aparatos tan sencillos e insignificantes al parecer, pero que tan valiosos servicios nos prestan y tantas preocupaciones y sacrificios costaron a su inventor.





XLVII

## CANTO AL TRABAJO

A ti, de Dios venida,  
dura ley del trabajo merecida,  
mi ruda lira, su cantar convierte;  
a ti, fuente de vida;  
a ti, dominadora de la suerte.

Escucha cómo canta  
la obscurísima voz de mi garganta  
lo que tienes ;oh ley! de creadora,  
lo que tienes de santa,  
lo que tienes de sabia y redentora.

Porque eres fuente pura  
que manas oro de la henchida hondura,  
fecunda y rica en mi canción te llamo;  
porque eres levadura  
del humano vivir, buena te aclamo.

Redimes y ennobleces,  
fecundas, regeneras, enriqueces,  
alegras, perfeccionas, multiplicas,  
el cuerpo fortaleces  
y el alma en tus crisoles purificas.

Mirad, ojos atentos,  
toda la luz que radian sus portentos,  
todo el vigor que en sus empresas late! . . .  
No hay épicos acentos  
para cantar el colosal combate!

Mirad cómo a la tierra  
provoca con el hierro a santa guerra,  
desgarrando sus senos productores,  
donde juntos soterra  
semillas, esperanzas y sudores.

El bosque descuaja,  
las peñas de su asiento desencaja,  
estimula veneros, ciega fosas,  
y el alto cerro cuaja  
de arbóreas plantaciones vigorosas.

Abajo, en la ancha vega,  
trenza el río sereno y lo despliega,  
en innúmeros hilos de agua pura  
que mansamente riega  
opulentas alfombras de verdura.

A veces, remansada,  
la detiene en la presa, y luego airada,  
la despeña en cascadas cristalinas  
con fuerza regulada  
que hace mover rodeznos y turbinas.

Mirad cómo los mares  
abruma con el peso de millares  
de buques que cargó con sus labores,  
y a remotos lugares  
manda de su riqueza portadores.

Mirad cómo devora  
la distancia en la audaz locomotora  
que creó gallardísima y ligera;  
mirad cómo perfora  
la montaña que estorba su carrera.

Cómo escarba en la hondura,  
y persigue el filón dentro la oscura  
profunda mina que el tesoro guarda;  
cómo la inmensa altura  
va conquistando de la nube parda.

Cómo el taller agita,  
cómo en el templo del saber medita,  
y trepida en las fábricas brioso,  
y en las calles se agita,  
y brega en los hogares codicioso.



Labra, funde, modela,  
torna rico el erial, pinta, cincela,  
incrusta, sierra, pule y brillante,  
edifica, nivela,  
inventa, piensa, escribe, rima y canta.

El rayo reluciente,  
fuego del cielo, espanto de la gente,  
ha tornado en sumiso mensajero  
que de oriente a poniente  
lleva latidos del vivir ligero.

Al padre y al esposo  
les da para los suyos pan sabroso,  
olvido al triste en su dolor profundo,  
salud al poderoso,  
honra a la patria y bienestar al mundo.

Tiempos aun no venidos  
del imperio triunfal de los caídos:  
derramad pan honrado y paz bendita  
sobre hogares queridos  
que templo son donde el trabajo habita!

Tiempos tan esperados  
de la justicia, que avanzáis armados:  
sitiad por hambre o desquiciad las puertas  
de alcázares dorados  
que no las tengan al trabajo abiertas!

Vida que vive asida,  
sabia sorbiendo de la ajena vida,  
duerme en el polvo en criminal sosiego!  
Rama seca o podrida  
perezca por el hacha y por el fuego!

Y gloria a ti, ¡oh fecundo  
sol del trabajo alegrador del mundo!  
Sin ofensa de Dios, que fué el primero,  
tú el creador segundo  
bien te puedes llamar del mundo entero.

JOSÉ MARÍA GABRIEL Y GALÁN.



### XLVIII

## LA TOMA Y EL INCENDIO DE BAYAMO

Era el mes de octubre de 1868. Algunos cubanos, en el departamento oriental de la isla, consideraron que había llegado el momento apetecido de protestar con las armas contra la dominación de España. Se levantaron en el acto, seguros de que millares de patriotas les seguirían bien pronto en aquella sublime cruzada de la libertad, que ellos emprendían intrépidamente, sin cuidarse de la inmensa superioridad del enemigo en número, armamento y disciplina. No llegaban a cincuenta los primeros que dieron el ejemplo

de tan heroica resolución el 10 de octubre; el 15 contaban ya con más de quinientos, además de los que se habían levantado en otros puntos de la región oriental.

Entre las ciudades de este departamento contábase una que siempre se distinguió por el elevado carácter de sus habitantes, prontos en todo tiempo a protestar enérgicamente contra las injusticias españolas. Esa ciudad era Bayamo, agradablemente situada en una vega pintoresca, bañada por las puras y cristalinas aguas de caudaloso río, y cubierta de flores, de plantas y de árboles frutales, que embalsamaban el aire y deleitaban la vista con la encantadora belleza de la exuberante vegetación tropical. Ascendía su población a diez o doce mil habitantes. Los españoles tenían allí un cuartel de infantería y otro de caballería con una guarnición de trescientos hombres de tropa regular. El gobernador había levantado barricadas en el centro de la ciudad, y había tomado otras medidas de urgencia, para el caso de ser atacado por los insurrectos. El preveía que así pudiera suceder, y había pedido con instancia refuerzos, que esperaba de un día a otro.

Los temores del gobernador eran fundados. El 18 de octubre a las ocho de la mañana, aquellos quinientos hombres de la primera partida que se levantó, aumentados por otros muchos que se le habían unido, penetraron en la ciudad, formando un solo cuerpo. No llevaban armas de fuego, con excepción de un escaso número de fusiles de caza y alguno que otro revólver: sus armas consistían en sus machetes de trabajo, muchos de ellos gastados ya por el uso. Con estas

armas tan inferiores iban a combatir a pecho descubierto, contra tropas bien armadas, disciplinadas y protegidas por parapetos y los espesos muros de sus cuarteles.

Mientras los cubanos avanzaban en buen orden por una o dos de las calles principales, un patriota de corazón, Esteban Estrada, impelido por su entusiasmo e indiferente al riesgo cierto que corría, se presentó desarmado en la plaza llamada *Isabel II*, que estaba defendida por barricadas de una compañía de bomberos de color al mando de jefes dominicanos y oficiales españoles. Arengó a los bomberos apelando a sus sentimientos patrióticos, como hijos de Cuba, e invocó el espíritu de paz e independencia y los entusiasmó con sus ardientes palabras. Los oficiales dieron orden de hacer fuego, pero los bomberos, lejos de obedecerlos, saltaron por encima de las barricadas y, guiados por el noble patriota, fueron a unirse a sus hermanos que a la sazón peleaban en las calles contra el enemigo.

La caballería española, apoyada por un pelotón de infantería, había hecho una salida y había arrollado la vanguardia cubana, matando, hiriendo e introduciendo el desorden en sus filas; pero, viniendo en su auxilio el grueso de las fuerzas patrióticas, cargaron con ímpetu al enemigo, trabándose cuerpo a cuerpo una lucha porfiada en que el machete y la lanza jugaban el principal papel.

El comandante de la caballería española, fué gravemente herido; el pánico se apoderó de los soldados, que, contando sólo en salvar a sus jefes, y salvarse a sí propios, volvieron grupas, corriendo a escape hacia

el cuartel de infantería. Los cubanos quedaron, por consiguiente, dueños de la ciudad, con excepción del cuartel, adonde los españoles se habían cerrado.

Carlos Manuel de Céspedes, que había sido el primero en levantar el estandarte de la revolución, fué reconocido general en jefe, con plenos poderes militares y civiles. Organizóse por lo pronto un cuerpo de policía que se encargó de dar sepultura a los muertos, pagando por igual el mismo tributo a los cadáveres de los españoles y a los de los cubanos.

Entre otros rasgos característicos de aquel notable día merece especial mención un acto de heroica fidelidad. Cuando el grueso de las fuerzas cubanas marchaba al encuentro de la caballería española, después de la confusión introducida en su vanguardia, un jinete advirtió que un hombre a pie armado con piedras, se empeñaba en seguirle de cerca; reconoció en aquel hombre a uno de sus esclavos—su criado de mano.—

—¿Qué hace usted aquí?—exclamó el amo.

—Vengo a morir donde usted muera.

El cuartel en que se habían encerrado los españoles era un vasto edificio de piedra y de ladrillo, cuyas puertas y ventanas habían sido aspilleradas convenientemente; los cubanos, bajo el fuego enemigo, fueron tomando posesión de las casas adyacentes, y al cabo el cuartel quedó estrechamente sitiado.

Los españoles se sostenían firmes, seguros de que al otro día había de llegarles el refuerzo que esperaban. En efecto, unos seiscientos hombres al mando del coronel Campillo, se aproximaban a marcha forzada, y habían llegado en la mañana del 19 a un lugar dis-

tante cinco o seis millas de Bayamo. Dos horas más de camino y habrían entrado en la ciudad y libertado a la guarnición; pero el destino lo había decretado de otra manera. La columna en marcha debía cruzar un arroyo—Babatuaba—cuyas orillas eran en parte cenagosas y en parte estaban cubiertas de árboles y malezas, de modo que no podía ser vadeado, sino por el paso del camino real. Allí se hallaban emboscados unos dos-



cientos cubanos, de los cuales apenas veinticinco disponían de armas de fuego. Tan pronto como los españoles se dirigieron hacia el arroyo, los patriotas rompieron, con certera puntería, un fuego mortífero, que fué contestado por el enemigo con descargas cerradas, sin causar daño alguno a los cubanos; mas, como éstos continuaban disparando sin interrupción,

los españoles, aterrados, retrocedieron, emprendiendo a toda prisa su retirada hacia Manzanillo, de donde habían salido dos días antes.

La guarnición del cuartel continuaba, entre tanto, resistiendo el sitio, sin saber lo que había ocurrido. Pero en la mañana del 20, habiendo permitido los sitiadores que una comisión de comerciantes peninsulares comunicase a los sitiados la derrota y retirada del refuerzo que aguardaban y la resolución de los cubanos de tomar aquel día por asalto el cuartel, los jefes y oficiales celebraron consejo de guerra y acordaron por mayoría rendirse, entregando armas y municiones, siempre que se respetase la vida de todos los que componían la guarnición, y se permitiese a los oficiales y jefes conservar sus espadas. Aceptada la capitulación en estos términos, los cubanos tomaron inmediatamente posesión del cuartel y cuanto contenía, tratando a la vez con la mayor consideración y respeto a los rendidos, sin distinción de clases.

El que esto escribe, testigo presencial de cuanto deja referido, recuerda con orgullo la moderación, el buen juicio y noble comportamiento observados en aquellas circunstancias difíciles por los cubanos, la mayor parte de los cuales eran hombres de campo, faltos de instrucción y llenos de agravios por las injusticias, mal trato y cruel expresión de que ellos, en particular, habían sido constantes víctimas por parte de las autoridades españolas. Sin embargo, en aquel crítico momento, cuando tenían en sus manos, desarmados y sometidos a aquellos que, durante tantos años los habían pisoteado y esquilado, lejos de abusar de

su ventajosa posición, se mostraron dignos de la libertad por la cual peleaban. El gobernador militar de la plaza, junto con los demás oficiales, fueron trasladados con respetuosas atenciones desde el cuartel a una de las casas más cómodas en el centro de la ciudad. Las fuerzas cubanas se extendían a lo largo de las calles por donde pasaban los prisioneros, y pudiera haberse temido que saliesen de entre sus filas gritos u otras demostraciones ofensivas. Pero no! aquellas masas de hombres rústicos y sencillos se sentían poseídas del espíritu de magnanimidad y de grandeza que el triunfo del derecho y la justicia inspiran siempre a las almas nobles, ellos evitaron cuidadosamente proferir una palabra, hacer un gesto o aún revelar en su semblante la alegría que naturalmente rebosaba en sus corazones: ellos sabían por instinto, que su deber como cristianos, como hombres civilizados y vencedores era respetar a los vencidos y evitar herir sus sentimientos de algún modo.

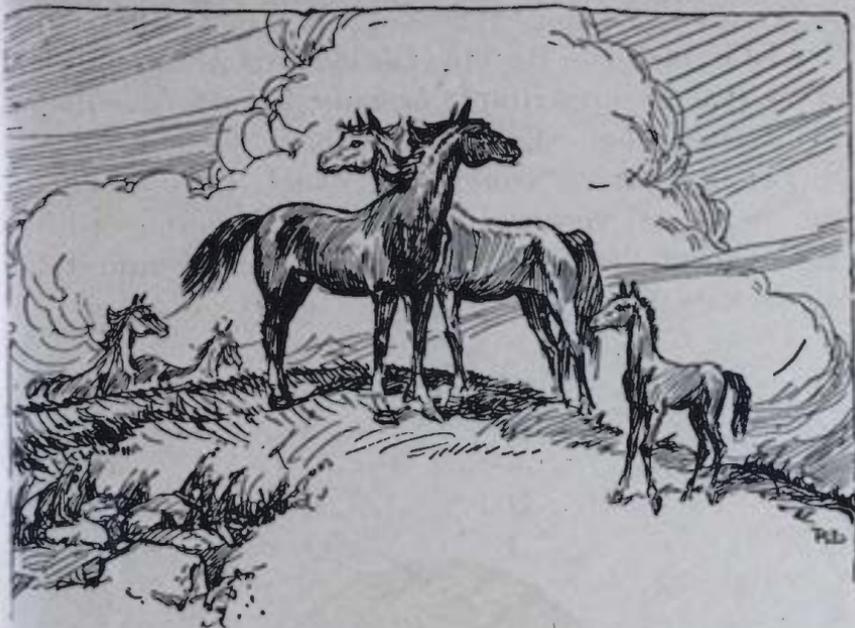
Bayamo permaneció en poder de los cubanos durante cuatro meses, siendo inútiles todas las tentativas de parte de los españoles para volverla a conquistar. Pero como esta ciudad vino a ser el punto objetivo del enemigo, marchó contra ella una columna de tres o cuatro mil hombres al mando del general en jefe del ejército español. Los patriotas opusieron tenaz resistencia a la marcha de esta columna; pero agotadas sus municiones y diezmadas sus filas por el cólera morbo que se cebaba en ellas, el enemigo pudo acercarse a la ciudad. A este punto, los jefes cubanos, encargados de defenderla, convencidos de que era imposible oponer.

con éxito nueva resistencia a tan numerosa fuerza, provista de artillería y compuesta de soldados veteranos armados todos con modernos rifles, celebraron consejo, al que asistieron algunos miembros del Ayuntamiento, y acordaron, después de una hora de deliberación, reducir a cenizas la ciudad.

Era media noche, el 21 de febrero de 1869, cuando tal resolución se adoptó. El síndico y algún otro concejal, auxiliados por gente de tropa que pusieron a su disposición los jefes, se consagraron desde aquel momento a trasladar a lugar seguro, fuera de la ciudad, a los ancianos e inválidos y a prestar ayuda en su retirada a las mujeres y niños, tomando además medidas de policía para mantener el orden y proteger a los residentes españoles de todo atentado contra sus vidas; ¡oh, de cuántas y cuán dolorosas escenas fuimos testigos en aquellas horas de suprema desesperación; y de cuánta fortaleza de espíritu fué necesario revestirse, para hacerles frente sin conmoverse! Mujeres corriendo en todas direcciones, con el cabello suelto y el terror pintado en el semblante, el aire resonando con el agudo grito de los niños, que seguían a sus madres, agarrados de las faldas de sus vestidos, hombres llevando en una mano lo que a toda prisa habían podido reunir de más valioso y ayudando con la otra en su fuga a su esposa e hijos; por todas partes gritos y lamentaciones, unas maldiciendo a los españoles, otras censurando a los patriotas porque no impidieron la aproximación del enemigo, pero todos dispuestos a huir y prefiriendo ver destruidas sus propiedades a someterse de nuevo al yugo colonial.

.....  
El incendio de Bayamo fué el animoso reto lanzado al rostro del representante armado del sistema colonial de España; los campos quedaban deslindados; la guerra continuaría con mayor ardor, y cualesquiera que fueran sus vicisitudes habría desde entonces hijos de Cuba que mantendrían en todo tiempo enhiesta la bandera de la independencia.





## XLIX

### EL CABALLO

Una de las más grandes conquistas que ha realizado el hombre en el reino animal es el caballo. No se sabe en qué época se domesticaron los primeros animales de la familia de los équidos, pues los relatos más antiguos ya hacen mención de ejemplares utilizados por el hombre, pero se cree generalmente que debemos esta preciosa adquisición a los pueblos que habitaron en tiempos muy remotos el Asia Central.

En las estepas del Asia se encuentran todavía numerosas manadas de caballos salvajes, pero no se sabe de cierto si descienden del tronco primitivo, sin

haber estado nunca ninguna de sus generaciones antecesoras en domesticidad, o si provienen de caballos domesticados fugitivos, a semejanza de lo que ocurre en la América del Sur.

En las extensas pampas Sudamericanas hay numerosas manadas de caballos errantes que descenden de los primeros que llevaron allí los colonizadores españoles.

En la actualidad se encuentran caballos salvajes en las estepas de la Europa sudoriental, en Asia y América.

En tal estado no son los caballos tan hermosos como en domesticidad, su cabeza es más abultada, el pelaje más áspero, y las prominencias huesosas más salientes.

Las manadas en que viven reunidos cuentan, a veces, muchos centenares de individuos, distribuidos casi siempre en pequeñas familias, con un caballo padre al frente de cada una.

Cada caballo padre es el jefe de su familia; se hace obedecer de sus miembros, pero, en cambio, vela por su seguridad.

La manada es como una federación de numerosas familias, sin que haya en ellas un jefe especial.

Recorren las grandes llanuras en que viven, siempre en busca de los mejores pastos, marchando, regularmente, contra el viento, a fin de olfatear mejor los peligros que en su viaje puedan encontrar.

Todos los caballos salvajes se asemejan por su forma, su talla y su pelo. Apenas existe diferencia alguna entre los *alzados* de América y los *tarpanes*

européos y asiáticos; comúnmente son pequeños, vivaces, enérgicos y sociables.

El caballo doméstico es un producto complejo de las condiciones del suelo y de los cuidados del hombre.

Compañero suyo y servidor fiel desde los tiempos más remotos, posee, como el perro, el instinto de la sociabilidad y una gran inteligencia.

Entre las diversas razas de caballos domésticos que se conocen, la árabe y la inglesa son las más famosas.

La raza árabe vive en la domesticidad hace miles de años y a fuerza de cuidados constantes ha ido adquiriendo, poco a poco, las excelentes cualidades que la caracterizan.

Según la exigencia de los árabes más entendidos, un caballo noble debe reunir las siguientes condiciones: estructura simétrica, cara enjuta, fosas nasales anchas como la boca del león, ojos hermosos, oscuros y salientes, orejas cortas y movibles, formas redondeadas y graciosas; cuello largo y arqueado, la cruz y el pecho anchos, los muslos posteriores reducidos, el vientre pequeño, los muslos anteriores largos como el avestruz, con músculos iguales a los del camello, el casco de un solo color negro, la crin fina y escasa, el pelo de la cola espeso y largo.

Cuatro partes anchas debe tener el caballo noble: la frente, el pecho, las ancas y las fosas nasales; cuatro largas: el cuello, la parte superior de las piernas, el vientre y los hipocondrios; cuatro cortas: la cruz, las orejas, la ranilla y la cola.

Un caballo que posea todas estas cualidades, prueba que es de buena raza y gran corredor, puesto que

se asemeja en su estructura al lebrelo, al camello y a la paloma a la par.

Antes de reconocer a un potro como digno de pertenecer a una raza, el árabe lo somete a terribles pruebas.

El día destinado para ellas, el dueño salta sobre él de improviso y lo obliga a partir a la carrera;



excitándolo con la espuela y con la voz lo lanza al galope por las arenas del desierto y por las rocas de las montañas, haciéndole recorrer de este modo diez o doce leguas, hasta que lo siente cansado y cubierto de sudor; entonces lo precipita en un río para vadearlo y así termina la prueba.

Sólo entonces es declarado el potro, digno miembro de su raza.

El caballo inglés tiene poca soltura y escasa gracia en sus movimientos; pero son notables los dedicados a las carreras del hipódromo, donde han vencido a todos sus rivales.

La utilidad que el caballo presta al hombre, no depende tan sólo de sus condiciones físicas, sino también de sus condiciones intelectuales y morales. Entre ellas sobresalen su gran memoria, su docilidad y su bondadosa índole.

Un caballo se acuerda a veces, mejor que su guía, de cualquier lugar que haya recorrido, siquiera una sola vez.

Un caballo puede aprender gran número de habilidades, pero es un error emplear como medio la fuerza, los golpes y el hambre; aprende mucho mejor cuando se le trata con bondad.

Su adhesión y lealtad al dueño se han hecho proverbiales, así como su gran valor en las batallas.

Los caballos que tenemos en Cuba son descendientes de las razas españolas, especialmente de la andaluza, la cual tiene muchas condiciones de la raza árabe. El caballo criollo es vivo, fogoso y muy resistente, pero la falta de cuidados inteligentes lo han privado de muchas cualidades que poseyeron sus antecesores y que él podría tener.

No obstante, con adecuadas selecciones en los cruzamientos y cuidados bien dirigidos, el caballo criollo puede recuperar las cualidades perdidas y llegar a ser tan estimado como el caballo andaluz.



L

## LA MUERTE DE IGNACIO MORA

¡Qué desgarradores fueron para Ignacio Mora los tres meses que todavía le restaban de existencia! Sin embargo, nunca se descorazonó; con estoicismo esperó a su fin; sin lamentarse, sin quejarse, sin abjurar. ¿Qué le importaba la muerte? El la había desafiado cuando López, un imberbe casi; las aguas crecidas del río Saramaguacán, al estallar la revolución, no consiguieron darle sepultura; el veneno traidor del farmacéutico de Guáimaro no logró su intento homicida; los calores, el hambre, la intemperie no lo habían doblegado; de los combates salía ileso; durante los siete años cayeron a su alrededor sus compañeros, sus amigos;

todos los de su familia perecieron y él quedaba irreductible en medio de sus dolencias; el cuerpo ulcerado no alcanzaba a rendir su alma altiva. Su destino estaba marcado: él debía ser el último Mora que muriera en aquella contienda épica que él había ayudado a preparar.

El 5 de octubre de 1875 se hallaba Ignacio albergado en un rancho de una familia amiga en Najasa, cerca de la Loma de Monteverde. Estaba enfermo y las llagas en una pierna le alejaban del servicio activo. Ese día convino en abandonar el lugar junto con su fiel compañero Salvador Cisneros Betancourt. La Providencia había decretado que no fuese así. El caballo de Mora amaneció cojo; el viaje se pospuso.

Apenas se marchó el Marqués se presentó una partida de *jibaros*. Los asistentes acudieron a avisar a Mora.

—Vamos, no tengan miedo, están viendo visiones—les contesta el valeroso Ignacio.

No concluyó la frase cuando el enemigo rodeó la vivienda; los asistentes escapan milagrosamente; a Mora, sin armas para la defensa e imposibilitado para retirarse, le hicieron prisionero. Atado codo con codo, por breñales, por senderos escabrosos, le llevaron a pie, en cruento vía crucis, hasta llegar por la noche al potrero de Najasa; allí le exigieron su palabra de que no se escaparía, y entonces lo desataron.

El 6, en el Chorrillo, Fernández, que mandaba la fuerza que lo había capturado, hizo entrega de Mora al jefe de la columna el entonces comandante Emilio March. Este militar pundonoroso y su oficialidad no

pudieron menos que admirar la nobleza y espartana bravura de su víctima; lo trataron con las consideraciones y respeto a que era acreedor por sus méritos; pretendieron salvarlo.

—Es necesario que usted aparezca como presentado—le propuso el jefe.

—Los hombres de mi clase sabemos morir, pero no deshonorarnos—contestó Mora en tono firme y tranquilo.

—Entonces me veré en el caso de fusilarlo—replicó March.

Con la mayor sangre fría respondió el prisionero:

—En eso no hará usted más que cumplir con su deber—y continuó hablando de otras cosas, imperturbable, como si no se trata de su muerte.

¡Cuánto decoro, cuánto valor! March y sus oficiales ante tanto heroísmo, ante aquella hidalguía que no pactaba con nada que pudiese empañarla, celebraban con creciente entusiasmo aquel carácter legendario, le enviaron una comisión al comandante general Ampudia, comunicándole habían ofrecido la vida a Ignacio Mora. El sangriento esbirro hizo volver inmediatamente la comisión encargando al jefe de las fuerzas “que no trajese a Mora vivo a Puerto Príncipe, porque no quería verse en la necesidad de perdonarlo”. ¡Cínico verdugo el cubano de nacimiento Ampudia!

La capilla de Ignacio Mora fué bien larga, desde el 5 hasta el 14 de octubre. La víspera de la ejecución depositó en manos del comandante March los retratos de su esposa y de sus sobrinos, pidiendo como único favor, que los hiciesen llegar a su Anita. En aquellos

instantes, al separarse para siempre de aquellas imágenes caras se le nublaron los ojos.

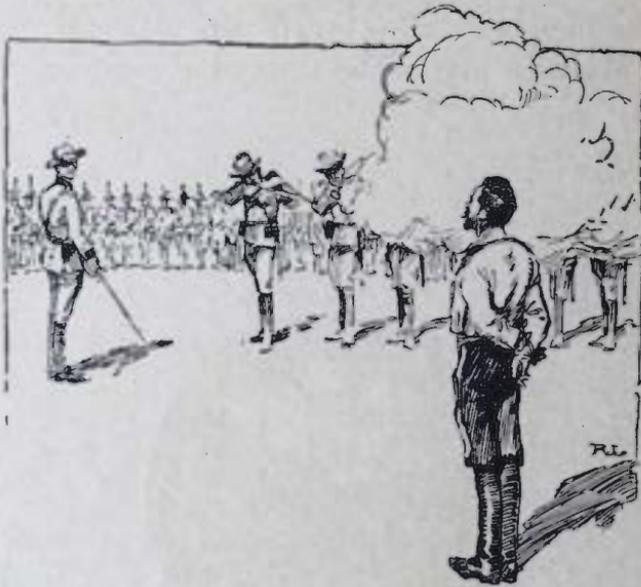
¡Cuán largas le parecieron las primeras horas de su postrera noche! ¡Cuán breves las últimas! ¡Cómo volaron pensando en la suerte que le esperaba a Cuba, en los días de luto que Anita pasaría en el mundo, viuda y patriota, cómo surgían ante su mente al recordar a sus sobrinos, a sus parientes, las horribles catástrofes ocurridas! Pero Ignacio Mora no flaqueó; lo alentó en esa hora de transfiguración sublime la conciencia de haber cumplido su deber, y moriría fiel a su patria, fiel a su Anita, fiel a su decoro de hombre libre.

El sol brillaba espléndido sobre aquel lugar fatídico, sobre aquel lugar donde en 1871 fué capturada su esposa.

¡Qué diferencia a aquella mañana de octubre cuando cabalgaba al lado del general Quesada y sus ayudantes, atravesando las sabanas de Cubitas! ¿Por qué no murió aquel día? La columna enemiga de 500 hombres se había lanzado sobre el pelotón de patriotas; con tan poca gente entrar en acción hubiera sido suicidarse; bajo el fuego del enemigo el general manda a tocar retirada; sin precipitación y disparando se verifica, cuando al volver grupas se espanta el caballo de uno de los jinetes y emprende carrera vertiginosa perdiendo el sombrero. Quesada se detiene en la lluvia de balas y volviéndose hacia sus ayudantes, dijo: “Vaya uno a recoger ese sombrero”. Ignacio Mora echa pie a tierra, de la brida conduce a su caballo, avanza hacia el enemigo, anda diez metros, recoge el sombrero, monta y retrocede a donde los esperaba Quesada y la

escolta que vitoreaba la hazaña milagrosa. Ni un ligero rasguño había recibido el héroe en la granizada de plomo... ¿Por qué no murió aquel día? ¿Por qué no murió aquella otra mañana espléndida de octubre, y no en la del 14 de octubre de 1874?

.....  
El piquete a las órdenes del oficial Rodríguez Blanco condujo a Mora a unos metros de la vivienda; la marcha fué lúgubre, imponente, más de un militar



no tuvo valor de darle la despedida; los soldados iban cabizbajos; el jefe de la columna, March, había emprendido viaje la víspera para no presenciar el acto; ¡los mismos enemigos reconocían la grandeza del cubano!

Rodríguez Blanco, acusándole la conciencia, pero cumpliendo sus órdenes, mandaba el fuego. El rostro

de Ignacio Mora, risueño y como transfigurado, parecía aún más bello, nimbado de rayos de gloria; su cuerpo, demacrado, irguióse; el pecho descubierto aguardaba sereno las balas; sus ojos miraban sin rencor las bocas negras de los rifles asesinos. La orden seca, precisa y temblorosa del oficial español, rompió el terrible silencio de aquellos momentos supremos. ¡La descarga!... Perceptible en ella un sonoro “¡Viva la República de Cuba!”

Y en la tierra colorada, en medio del humo que semejaba incienso santo, yacía sin un soplo de vida Ignacio Mora, el mártir del Chorrillo!

.....

GONZALO DE QUESADA.





LI

## ARTISTAS CALLEJEROS

Si tienes, lector, y ojalá no lo tengas, algún grano del humor meditativo y melancólico disuelto y perdido, pero vivo, en tu torrente circulatorio, no te aconsejo que entretengas demasiado tus ocios curioseando por las calles de tráfico de alguno de esos inmensos bazares modernos que se llaman Londres, París, o Nueva York.

Vete más bien a los bosques. Las hojas innumerables de sus árboles incontables se mueven apenas, y forman un hondo y prolongado rumor que suspende o

aduerme; pero su música misteriosa y solemne tiene poco de común con las melodías que gimen o truenan de nuestro espíritu. Las manos que tocan los registros de ese órgano inmenso no son humanas.

Si contemplamos las ligeras ondas que rizan una a una la superficie del tranquilo río, poco a poco esos mil puntos luminosos móviles parecen llevarnos en pos de sí con un principio de vértigo; pero su correr continuo es muy diverso al deslizarse y bullir de nuestros pensamientos apacibles o tumultuosos. La fuerza que las levanta e impulsa no es una fuerza humana.

Pero este ruido, esta trepidación, que se eleva de todos los puntos a la vez, que ocupa todo el espacio sin atronar, como si estuviéramos en medio de una colosal caja de resonancia, sale de mil y mil pechos humanos, lo forman millares y millares de plantas humanas; es la voz sonora que toma la múltiple actividad de miles de brazos humanos o de centenares de máquinas movidas por la voluntad humana. Es el ruido de la multitud.

Los que pasan y pasan, unos en pos de otros, sin buscarse, sin perseguirse, atareados, afanosos, los que pasan y siguen y se pierden a lo lejos, para no ser nunca más vistos, como la onda que se aplana y se confunde en la líquida superficie uniforme, los que así pasan, tan semejantes y tan extraños unos a otros, son hombres. Ese movimiento incesante, con su flujo y reflujo sucesivos, es la corriente de la multitud.

Y tú, lector, eres uno de los que forma una parte infinitesimal de ese rumor de catarata lejana; eres una de las gotas que van empujando la ola que te tocó

engrosar un momento. ¡Qué extraña y dolorosa sensación de angustia la que nos produce la conciencia de nuestra pequeñez en medio de esa masa con su semi-fluidéz viscosa, de esa masa que parece estarse disgregando y nos oprime, sin embargo, con la enorme pesadumbre de su grandeza.

La vista de las mil infinitas pequeñeces que se van ofreciendo al paso del transeunte observador, casi a pesar suyo, y que forman con todo tanta parte de mil pequeñas vidas humanas semejantes a la nuestra, deja en el espíritu, dispuesto a ponderarlas, huella tan profunda como la contemplación de las escenas más importantes de la Naturaleza o de las obras más gigantes del ingenio humano. Tanta verdad es que nuestra mente oscila suspensa y sobrecogida entre los dos abismos que forman lo infinitamente pequeño y lo infinitamente grande. Y esto lo mismo en el orden físico que en el moral.

Muy presente conservaba, a pesar del tiempo transcurrido, un espectáculo, bien trivial por cierto, que me era dado ver con frecuencia en cierta calle próxima a una de las más pasajeras de la parte baja de Nueva York, y ahora lo ha hecho revivir en mi espíritu un grabado que representa una escena semejante en Londres. Se trata de una especie de exposición al aire libre, como que la galería era la acera de la calle, de diversas acuarelas y pasteles junto a los cuales se mantenía su autor dispuesto a vender o a ejercer su habilidad en el acto a gusto o capricho del primer Mecenas transeunte. Con rara rapidez manejaba, si se lo pedían y pagaban, sus lápices de colores, haciendo

brotar como por encanto cielos vaporosos u horizontes marinos que parecían esfumarse en una región de ensueño. El artista estaba lisiado de una pierna.

Más de una vez me detuve, no tanto por contemplar sus cuadros, que no me hacían la impresión de obras maestras, como por verlo allí arrojado, como un náufrago de la vida, asiéndose, para escapar a la ola tumultuosa de la miseria, a un jirón de talento, de habilidad artística, empeñado en vivir, en trabajar, en crear. Y pensaba yo en que quizá también otras muy insignificantes vidas humanas dependían de la ingeniosidad de aquel pobre artista callejero, desconocido y estropeado, y de la curiosidad, la vanidad o la compasión de alguno que pasara, menos abrumado en este instante, por la carga de la existencia, para querer adquirir una ilusión de campiña demasiado verde, bajo una apariencia de cielo demasiado azul.

El arte vendido al detall por las calles es cosa muy corriente, y no lo es menos que esa venta sea una de las múltiples formas que toma para ocultarse a medias de la extrema pobreza. Pero confieso que aquel caso, en que el vendedor era el propio artista, el cual se hacía entre innumerables buhoneros de las baratijas mucho más útiles, al cabo, que una marina mediocre, hería mi imaginación y me dejaba algo más triste de lo habitual por algunos momentos.

ENRIQUE JOSÉ VARONA.



LII

**LOS ZAPATICOS DE ROSA**

Hay sol bueno y mar de espuma,  
Y arena fina, y Pilar  
Quiere salir a estrenar  
Su sombrero de pluma.

—¡Vaya la niña divina!—  
Dice el padre, y le da un beso.  
—¡Vaya mi pájaro preso  
A buscarme arena fina!

—¡Yo voy con mi niña hermosa!—  
Le dijo la madre buena.  
—¡No te manches en la arena  
Los zapaticos de rosa!

Fueron las dos al jardín  
Por la calle del laurel:  
La madre cogió un clavel  
Y Pilar cogió un jazmín.  
Ella va de todo juego,

Con aro, balde y pelota.  
El balde es color violeta;  
El aro es color de fuego.

Vienen a verlas pasar;  
Nadie quiere verlas ir;  
La madre se echa a reír,  
Y un viejo se echa a llorar.

El aire fresco despeina  
A Pilar, que viene y va  
Muy oronda: —Di, mamá:  
¿Tú sabes qué cosa es reina?—

Y por si vuelven de noche  
De la orilla de la mar,  
Para la madre y Pilar  
Manda luego el padre el coche.

Está la playa muy linda;  
Todo el mundo está en la playa;  
Lleva espejuelos el aya  
De la francesa Florinda.

Está Alberto, el militar  
Que salió en la procesión  
Con tricornio y con bastón,  
Echando un bote a la mar.

¡Y qué mala, Magdalena,  
Con tantas cintas y lazos,  
A la muñeca sin brazos  
Enterrándola en la arena!

Conversan allá en las sillas,  
Sentadas con los señores,  
Las señoras, como flores,  
Debajo de las sombrillas.

Pero está con estos modos  
Tan serios, muy triste el mar;  
¡Lo alegre es allá, al doblar,  
En la barranca de todos!

Dicen que suenan las olas  
Mejor allá en la barranca,  
Y que la arena es muy blanca  
Donde están las niñas solas.

Pilar corre a su mamá:  
—¡Mamá, yo voy a ser buena,  
Déjame ir sola a la arena;  
Allá, tú lo ves, allá!

—¡Esta niña caprichosa!  
No hay tarde que no me enojés;  
Anda, pero no te mojes  
Los zapaticos de rosa.—

Le llega a los pies la espuma;  
Llegan alegres las dos;  
Y se va diciendo adiós,  
La del sombrero de pluma.

¡Se va allá, donde ¡muy lejos!  
Las aguas son más salobres,  
Donde se sientan los pobres,  
Donde se sientan los viejos!

Se fué la niña a jugar,  
La espuma blanca bajó,  
Y pasó el tiempo, y pasó  
Un águila por el mar.

Y cuando el sol se ponía  
Detrás de un monte dorado,  
Un sombrerito callado  
por las arenas venía.

Trabaja mucho, trabaja  
Para andar; ¿qué es lo que tiene  
Pilar, que anda así, que viene  
Con la cabecita baja?

Bien sabe la madre hermosa  
Por qué le cuesta el andar.  
—¿Y los zapatos, Pilar,  
Los zapatitos de rosa?

¡Ah, loca! ¿En dónde estarán?  
¡Di, dónde, Pilar! —Señora—  
Dice una mujer que llora,—  
¡Están conmigo: aquí están!

Yo tengo una niña enferma  
Que llora en el cuarto obscuro,  
Y la traigo al aire puro  
A ver el sol; y a que duerma.

Anoche soñó, soñó  
Con el cielo, y oyó un canto;  
Me dió miedo, me dió espanto,  
Y la traje, y se durmió.



Con sus dos brazos menudos  
Estaba como abrasando;  
Y yo mirando, mirando  
Sus piecitos desnudos.

Me llegó al cuerpo la espuma,  
Alcé los ojos, y vi  
Esta niña frente a mí.  
Con su sombrero, de pluma.

¡Se parece a los retratos  
Tu niña!—dijo—¿Es de cera?  
¿Quiere jugar? ¡Si quisiera!...  
¿Y por qué está sin zapatos?

—¡Mira! La mano le abrasa,  
Y tiene los pies tan fríos!  
—¡Oh, toma, toma los míos;  
Yo tengo más en mi casa!—

—No sé bien, señora hermosa,  
Lo que sucedió después;  
¡Le vi a mi hijita en los pies  
Los zapaticos de rosa!—

Se vió sacar los pañuelos  
A una rusa y a una inglesa;  
El aya de la francesa  
Se quitó los espejuelos.

Abrió la madre los brazos,  
Se echó Pilar en su pecho,  
Y sacó el traje deshecho,  
Sin adornos y sin lazos.

Todo lo quiere saber  
De la enferma la señora;  
¡No quiere saber que llora  
De pobreza una mujer!

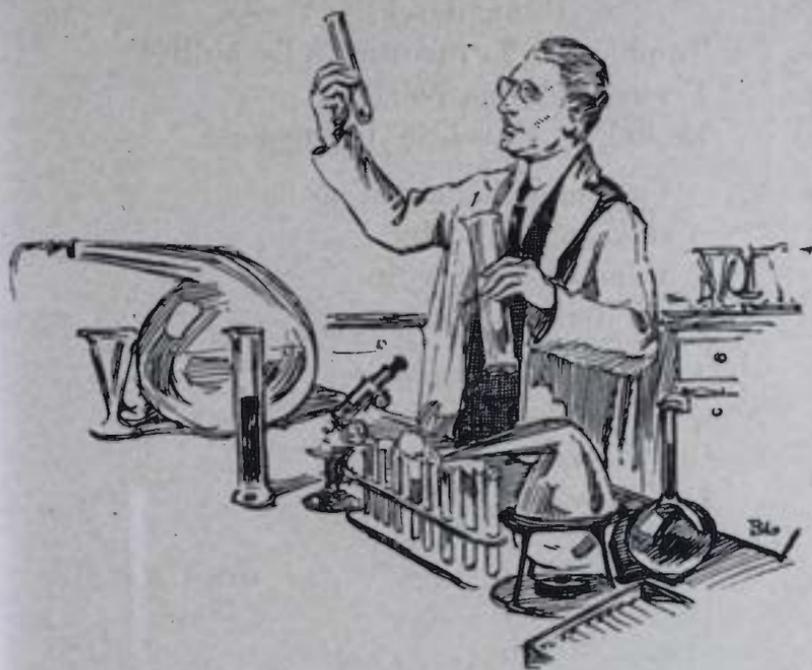
—¡Sí, Pilar, dáselo! ;Y eso  
También! ;Tu manta! ;Tu anillo!  
Y ella le dió su bolsillo;  
Le dió un clavel, le dió un beso.

Vuelven calladas de noche  
A su casa del jardín,  
Y Pilar va en el cojín  
De la derecha del coche.

Y dice una mariposa  
Que vió desde su rosal  
Guardados en un cristal  
Los zapaticos de rosa.

JOSÉ MARTÍ.





### LIII

## EL AGUA Y LAS PLANTAS

La tierra de labor es un inmenso y activo taller, en el cual se trabaja sin descanso, según ya hemos dicho, a fin de proporcionar a la planta los materiales que necesita para vivir y elaborar sus frutos. Entre los operarios de ese taller, uno de los más activos es el agua. Sin su presencia, la gran fábrica se paraliza; tan importante es el papel que desempeña.

La tierra—es menester que fijes bien esa idea en tu pensamiento, y por eso te lo repito a menudo—no es un simple almacén de materiales para las plantas,

sino una fábrica de esos materiales. Las substancias de que nosotros nos alimentamos tienen que ser cocidas y adobadas de cierta manera a fin de que puedan ser absorbidas por nuestro organismo. Son muy pocas, como sabes, las que se toman al natural. Pues otro tanto ocurre con la alimentación de las plantas. Es



menester que los materiales que tomen del suelo estén preparados debidamente, para que sean utilizables por ellos. La preparación se realiza en esa gran fábrica que es el suelo, y sin agua en abundancia es imposible efectuarla.

Además, si un químico toma una planta cualquiera, por ejemplo, una caña de zúcar, una mata de yuca, de

boniato, o de maíz, con todas sus partes completas, raíces, tallos, hojas, flores y frutos, y separa y mide y pesa las substancias de que se compone, hallará que de cada cien unidades de medida o de peso, más de noventa unidades son de agua. Si el examen del químico no se refiere a toda la planta sino al fruto solamente—los granos del maíz, una yuca o un boniato—encontrará también que el agua es la substancia que entra en mayor cantidad en la composición del grano de maíz, las yucas y los boniatos. Como se ve, el agua es el principal componente de las plantas y de los frutos que éstas producen. Si las plantas no disponen de agua en abundancia, no pueden ir aumentando su tamaño ni fructificar.

Pero no es esto sólo: hay algo más aun, no menos importante. El químico a que nos hemos referido, al hacer el análisis de la planta toda entera o de los frutos de éstas solamente, hallará, además de la gran cantidad de agua citada, varias substancias minerales sólidas. Todas esas substancias sólidas están en el suelo y de allí pasaron al interior de la planta. ¿Cómo esas partículas de mineral pudieron penetrar en ésta atravesando la corteza de las raíces? Muy fácilmente: disueltas en agua, de la misma manera que tú disuelves en la leche que tomas, un poco de azúcar a fin de endulzarla. El agua del terreno penetra en la planta por las raíces de ésta, a virtud de un fenómeno llamado osmosis, que tu maestro puede explicarte, y las partículas minerales disueltas en el agua penetran también en el interior de la planta junto con el líquido.

Pero has de saber que cada partícula de mineral ha de estar disuelta en una enorme cantidad de agua para poder atravesar la cubierta de las raíces y penetrar en el interior de la planta. De modo que una mata de maíz, por ejemplo, para tomar del terreno las partículas de mineral que entran en la composición de un *granito de maíz*, tiene necesidad de absorber una inmensa cantidad de agua, comparada con el tamaño del granito. ¿No se te ocurre pensar que absorbiendo tanta agua llegará un momento en que la planta estará tan empapada que no podrá absorber más? Así pudiera ocurrir, en efecto, y entonces la mata de maíz no podría seguir fabricando su mazorca; pero la planta lo evita exhalando por las hojas en forma de vapor el agua que toma por las raíces. Fíjate en que la planta puede compararse con un colador o un filtro: El agua entra en ella por las raíces llevando consigo las substancias minerales, y poco después sale por las hojas absolutamente pura en forma de vapor. Las partículas de mineral se quedan en el interior de la mata de maíz, que las empleará para formar sus granos. Desde que una mata de maíz nace, hasta que los granos de la mazorca quedan formados y secos, una corriente de agua con substancias minerales disueltas está penetrando por las raíces y saliendo pura por las hojas. Si la corriente se paraliza o no es abundante, la mata de maíz no podrá fabricar sus granos: le faltarían materiales necesarios.

Todas las plantas absorben las enormes cantidades de agua a que nos hemos referido, pero no con la misma rapidez. Las plantas vivaces tienen largos años de

existencia desde que nacen hasta que mueren, y pueden ir absorbiendo el agua poco a poco; pero las plantas herbáceas que crecen rápidamente y viven sólo unos pocos meses o cuando más dos años, tienen necesidad de tomar del suelo cada día grandes porciones de líquido. Las raíces de estas plantas son muy nume-



rosas, finas y largas, a fin de penetrar bien en el terreno y chupar mucha agua. Las hojas son asimismo grandes y numerosas, puesto que teniendo que exhalar toda el agua absorbida por las raíces, han de guardar cierta porporción con éstas.

El agua que se encuentra en las tierras de labor procede de la lluvia o del riego. Los buenos agricultores labran sus tierras de manera que absorban la mayor cantidad de lluvia y la retengan durante el mayor tiempo que sea posible. Gracias a estas labores logran hacer buenas cosechas allí donde otros menos entendidos ven perecer sus plantas a causa de la seca. Sin embargo, mientras que el agricultor no cuente con más agua que la de las nubes nunca podrá estar seguro de que sus plantas habrán de producirle el fruto deseado. Hay ocasiones en que la falta de lluvia durante una semana le hace perder todo el trabajo de un año. Por eso el ideal de los cultivadores inteligentes y previsores, es poder regar sus siembras cada vez que sea necesario, como se hace en muchas vegas de tabaco y en algunas partes del valle o llanura de Güines. Mientras un país no tiene organizado el regadío de sus campos, el buen éxito de su agricultura no está seguro.





LIV

## EL FARDO

Allá lejos, en la línea como trazada con un lápiz azul, que separa las aguas y los cielos, se iba hundiendo el sol, con sus polvos de oro y sus torbellinos de chispas purpuradas, como un gran disco de hierro candente. Ya el muelle fiscal iba quedando en quietud; los guardas pasaban de un punto a otro, las gorras metidas hasta las cejas, dando aquí y allá sus vistazos. Inmóvil el enorme brazo de los pescantes, los jornaleros se encaminaban a sus casas. El agua murmuraba debajo del muelle, y el húmedo viento salado, que sopla de mar afuera a la hora en que la noche sube, mantenía las lanchas cercanas en continuo cabeceo.

Todos los lancheros se habían ido ya; solamente el viejo tío Lucas, que por la mañana se estropeará un pie al subir una barrica a un carretón y que, aunque *cojín cojeando*, había trabajado todo el día, estaba sentado en una piedra, y con la pipa en la boca veía triste el mar.

—¡Eh, tío Lucas! ¿Se descansa?

—Sí, pues, patroncito.

Y empezó la charla, esa charla agradable y suelta que me place entablar con los bravos hombres toscos que viven la vida del trabajo fortificante, la que da la buena salud y la fuerza del músculo y se nutre con el grano del *poroto* y la sangre hirviente de la vida.

Yo veía con cariño aquel rudo viejo, y le oía con interés sus relaciones, así, todas cortadas, todas como de hombre basto, pero de pecho ingenuo. ¡Ah, conque fué militar! ¡Conque de mozo fué soldado de Burnes! ¡Conque todavía tuvo resistencia para ir con su rifle hasta Miraflores! Y es casado y tuvo un hijo, y...

Y aquí el tío Lucas:

—Sí, patrón; ¡hace dos años que se me murió!

Aquellos ojos, chicos y relumbrantes bajo las cejas grises y peludas, se humedecieron entonces.

—¿Que cómo murió? En el oficio, por daruos de comer a todos: a mi mujer, a los chiquitines y a mí, patrón, que entonces me hallaba enfermo.

Y todo me lo refirió, al comenzar aquella noche, mientras las olas se cubrían de brumas y la ciudad encendía sus luces; él, en la piedra que le servía de asiento, después de apagar su negra pipa y de colocársela en la oreja y de estirar y cruzar sus piernas flacas y

musculosas, cubiertas por los sucios pantalones arremangados hasta el tobillo.

El muchacho era muy honrado y muy de trabajo.

El tío Lucas era casado; tenía muchos hijos.

Había, pues, mucha boca abierta que pedía pan, mucho chico sucio que se revolcaba en la basura, mucho cuerpo magro que temblaba de frío; era preciso ir a llevar que comer, a buscar harapos, y para eso, quedar sin alientos y trabajar como un buey.

Cuando el hijo creció, ayudó al padre. Un vecino, el herrero, quiso enseñarle su industria; pero como entonces era tan débil, casi un armazón de huesos, y en el muelle tenía que echar el bofe, se puso enfermo y volvió al conventillo. ¡Ah, estuvo muy enfermo! Pero no murió. ¡No murió!

.....  
Luego llegaron sus quince años.

El tío Lucas había logrado, tras de mil privaciones, comprar una canoa. Se hizo pescador.

Al venir el alba iba con su mocetón al agua, llevando los enseres de la pesca. El uno remaba, el otro ponía en los anzuelos la carnada. Volvían a la costa con buena esperanza de vender lo hallado, entre la brisa fría y las opacidades de la neblina, cantando en baja voz algún “triste” y enhiesto el remo triunfante, que chorreaba espuma.

Si había buena venta, otra salida por la tarde.

Una de invierno había temporal. Padre e hijo, en la pequeña embarcación, sufrían en el mar la locura de la ola y del viento. Difícil era llegar a tierra. Pesca

y todo se fué al agua, y se pensó en librar el pellejo. Luchaban como desesperados por ganar la playa. Cerca de ella estaban; pero una racha maldita los empujó contra una roca, y la canoa se hizo astillas. Ellos salieron sólo magullados; ¡gracias a Dios!, como decía el tío Lucas al narrarlo. Después ya son ambos lancheros.

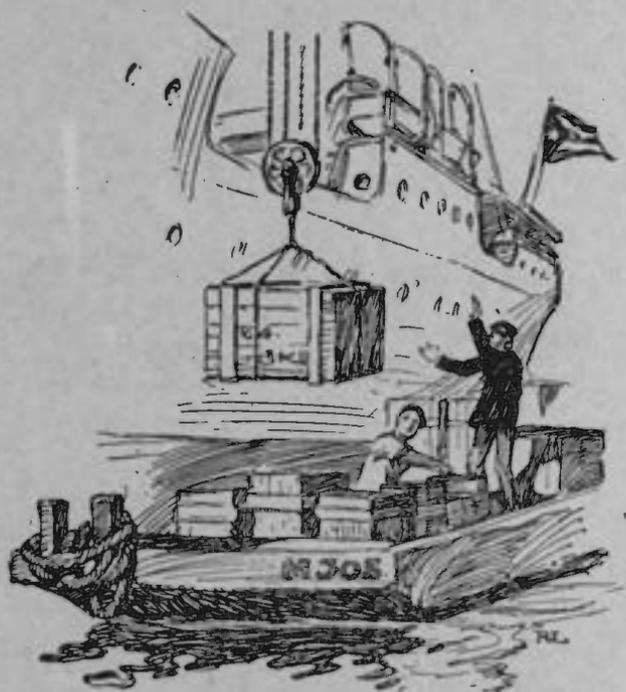
Sí, lancheros; sobre las grandes embarcaciones chatas y negras; colgándose de la cadena que rechina



pendiente como una sierpe de hierro, del macizo pescante que semeja una horca; remando de pie y a compás, yendo con la lancha del muelle al vapor y del vapor al muelle, gritando: “¡hiiooep!”, cuando se empujan los pesados bultos para engancharlos en la uña potente que los levanta, balanceándose como un péndulo; sí, lancheros; el viejo y el muchacho, el padre y el hijo; ambos a horcajadas sobre un cajón, ambos forcejeando, ambos ganando su jornal, para ellos y para sus queridas sanguijuelas del conventillo.

Ibanse todos los días al trabajo, vestidos de viejo, fajadas las cinturas con sendas fajas coloradas, y haciendo sonar a una sus zapatos groseros y pesados, que se quitaban al comenzar la tarea, tirándolos en un rincón de la lancha.

Empezaba el trajín, el cargar y descargar. El padre era cuidadoso: —¡Muchacho, que te rompes la



cabeza! ¡Que te coge la mano el chicote! ¡Que vas a perder una canilla! Y enseñaba, adiestraba, dirigía al hijo, con su modo, con sus bruscas palabras de obrero viejo y de padre encariñado.

Hasta que un día el tío Lucas no pudo moverse de la cama, porque el reumatismo le hinchaba las coyunturas y le taladraba los huesos.

¡Oh! Y había que comprar medicinas y alimentos; eso sí.

—Hijo, al trabajo, a buscar plata; hoy es sábado.

Y se fué el hijo, solo, casi corriendo, sin desayunarse, a la faena diaria.

Era un bello día de luz clara, de sol de oro.

En el muelle rodaban los carros sobre sus rieles, crujían las poleas, chocaban las cadenas. Era la gran confusión del trabajo que da vértigos, el son de hierro, traqueteos por doquiera y el viento que pasando por el bosque de árboles y jarcias de los navíos en grupo.

Debajo de uno de los pescantes del muelle estaba el hijo del tío Lucas con otros lancheros, descargando a toda prisa. Había que vaciar la lancha, repleta de fardos. De tiempo en tiempo bajaba la larga cadena que remata en un garfio. Sonando como una matraca al correr por la roldana; los mozos amarraban los bulbos con una cuerda doblada en dos, los enganchaban en el garfio, y entonces éstos subían a la manera de un pez en un anzuelo, o del plomo en una sonda, ya quietos, ya agitándose de un lado a otro, como un badajo en el vacío.

La carga estaba amontonada, la ola movía pausadamente de cuando en cuando la embarcación colmada de fardos. Estos formaban una a modo de pirámide en el centro. Había uno muy pesado, muy pesado. Era el más grande de todos, ancho, gordo y oloroso a brea.

Venía en el fondo de la lancha. Un hombre, de pie sobre él, era pequeña figura para el grueso zócalo.

Era algo como todos los prosaísmos de la importación, envueltos en lona y fajados con correas de hierro. Sobre sus costados, en medio de líneas y triángulos negros, había letras que miraban como ojos-letras en “diamante”, decía el tío Lucas. Sus cintas de hierro



estaban apretadas con clavos cabezudos y ásperos; y en las entrañas tendría el monstruo, cuando menos, linones y percales.

Sólo él faltaba.

—Se va el bruto!—dijo uno de los lancheros.

—El barrigón—agregó otro.

El hijo del tío Lucas, que estaba animoso de acabar pronto, se alistaba para ir a cobrar y desayunarse, anudándose un pañuelo de cuadros al pescuezo.

Bajó la cadena, danzando en el aire. Se amarró un gran lazo en el fardo, se probó si estaba bien seguro y se gritó: ¡Iza!, mientras la cadena tiraba de la masa, chirriando y levantándola en vilo.

Los lancheros, de pie, miraban subir el enorme peso y se preparaban para ir a tierra, cuando se vió una cosa horrible. El fardo, el grueso fardo, se zafó del lazo, como de un collar holgado saca un perro la cabeza, y cayó sobre el hijo del tío Lucas, que, entre el filo de la lancha y el gran bulto, quedó con los riñones rotos, el espinazo desencajado y echando sangre negra por la boca.

Aquel día no hubo pan ni medicinas en casa del tío Lucas, sino el muchacho destrozado, al que abrazaba llorando el reumático, entre la gritería de la mujer y de los chicos, cuando llevaban el cadáver al cementerio.

Me despedí del viejo lanchero, y a pasos elásticos dejé el muelle, tomando el camino de la casa y haciendo filosofía con toda la cachaza de un poeta, en tanto que una brisa glacial, que venía de mar afuera, pellizcaba tenazmente las narices y las orejas.

RUBÉN DARÍO.



LV

## EL COLEGIO "EL SALVADOR"

(FRAGMENTO)

El colegio, venciendo grandes obstáculos, reanudó sus tareas, y allí vivió él casi siempre <sup>(1)</sup>. Recuerdo como si fuera ayer, que yo, de diez años de edad, solía ir, a eso de las cuatro de la mañana, en busca de algún diccionario de biblioteca. Empezaba a despertar apenas el establecimiento, y sólo una parte iluminaban los mecheros de gas: mientras yacía la otra en la penum-

(1) Se refiere a don José de la Luz y Caballero.

bra indecisa de la madrugada. Por las galerías desiertas, más de una ocasión la moribunda luna, al derramar su luz argentada y fantástica al través del platanal y las blancas columnas, me permitió ver a lo lejos al noble anciano, descubierta la cabeza, paseando lentamente a la vista del claro cielo y de vez en cuando mientras me acercaba a él llegaron a mi oído frases de los salmos del Profeta, escapados de sus labios que murmuraban oraciones. Una hora después, todos los alumnos, de pie en la espaciosa sala, seguían en alta voz al dulce maestro que entonaba el hermoso rezo de cada mañana para dar gracias a Dios por la tranquilidad de su sueño y pedirle que los lavara más y más para que fueran “más blancos que la nieve”.

Durante algún tiempo los sábados de cada semana fueron días consagrados a las pláticas. Todos los bancos de las clases y cuantos asientos podían haberse, se colocaban con orden y simetría alrededor de una silla de madera pintada de negro, que quedaba en el centro. A la una de la tarde, alumnos y profesores, y a menudo personas extrañas al establecimiento, ocupaban aquel lugar con ansiedad y contento. Poco después, y en medio del más completo silencio, el maestro se acercaba despacio, recogido en grave meditación y trayendo en la mano algún volumen: comúnmente uno en cuarto mayor, de pasta holandesa oscura, muy sobrecargado de marcas: eran las epístolas de su amigo, el grande y admirable San Pablo. Sentábase apenas al borde de la silla, así leía un trozo del libro y comenzaba su plática, que era siempre un comentario lleno de unción de las palabras del texto. Muy pequeño

era yo cuando, confundido entre mis compañeros, asistía también a aquellas conferencias que seguramente no podía entender; pero de las que he conservado la impresión general, la imagen palpitante, el cuadro vivo y animado; un hermoso grupo apostólico, multitud de niños y de hombres, de pie unos, sentados muchos, fija la mirada, absortos, silenciosos, y en medio de todos, el anciano como un padre entre sus hijos, como el patriarca entre la tribu, con ademán inspirado, brillantísimos los negros ojos, y su palabra robusta extendiéndose vibrante por las desiertas galerías.

Algunas veces hablaba en aquellas pláticas de algún discípulo arrebatado por la muerte; otras del profesor (del malogrado Funes), por ejemplo. San Mateo reemplazaba a ocasiones a San Pablo. Pero también solía serle imposible a José de la Luz Caballero aquel noble ejercicio. Sólo veintiséis días después de perder a su hija pudo recomenzarlo. En el intermedio lo más que se sintió capaz de hacer fué entregar a José María Zayas, para que los leyera a su nombre, los cuatro renglones siguientes: “La religión es lo más que enternece mi pecho, y así no puedo dirigiros la palabra estando todavía la herida tan reciente, hijos míos. ¡Qué nombre para un padre que lo fué!” Y, sin embargo, “siendo un árbol viejo, pero no carcomido”, se sentía a pesar de sus enfermedades y pesares “mientras más viejo, más espartano”.

Hablaba también y entonces a numeroso público, la última noche de los exámenes generales del Colegio, en el mes de diciembre de cada año; pero siempre sobre algún asunto de educación, y—por desgracia—muy a

menudo, su acento era triste, por más que dijera: “no vengo a quejarme de los males con que lucha aquí la educación, pues suelen convertirse las quejas en vanas exclamaciones”. Esa costumbre no duró mucho. Desde que una enfermedad en la lengua le impidió cumplir lo que él llamaba su “deuda de palabra” con el público, quedó establecida la práctica de que en su nombre lo hicieran sus discípulos. El primero que llamó para substituirle fué Antonio Angulo y Heredia; al año siguiente, fueron Jesús B. Gálvez y Enrique Piñeyro. No olvidaré jamás la última de esas noches por siempre memorables, en que a pesar de haber leído dos discursos notables los discípulos “escogidos”, impaciente público por oírle, le condujo a la sala una comisión de amigos, cuando casi no podía sostenerse. No sé realmente lo que entonces dijo, ni creo que lo haya sabido nunca; mas estoy oyendo todavía—como quien dice—las salvas estrepitosas de aplausos, la conmoción del concurso, el júbilo de todas las fisonomías: le veo a él también, de pie, vacilante, pero luminoso de inspiración, echada hacia atrás la cabeza, levantadas entrambas manos a lo alto, en la majestuosa actitud de un profeta bíblico; y ahora mismo resuena en mi oído y vivirá por siempre en mi corazón la soberbia frase final, que es un Evangelio entero, que era sin duda la condenación más terminante de la afrentosa realidad de aquel modo de ser, de la colonia y de la esclavitud: “Antes quisiera, no digo yo que se desplomaran las instituciones de los hombres—reyes y emperadores,—los astros mismos del firmamento, que ver caer del pecho humano el sentimiento de la justicia, ese sol

del mundo moral”. El siglo actual, seguramente, no ha oído palabras mejores, ni más hermosas, ni más elocuentes; palabras que parecen sonar como campanas echadas a vuelo, anunciando fragorosas un nuevo Apocalipsis; y si desde entonces no se han desmoronado las viejas murallas de la ciudad maldita, es porque sus cimientos, enterrados en la podredumbre, están demasiado hondos; acaso porque muchos para no oír el estrépito de aquella trompeta se cubrieran la cabeza con el manto; quizás también, porque así estaba escrito!

Basta imaginarse aquella predicación anual, elocuente y dignificadora, que recogía conmovida la sociedad culta; aquellas fulgurantes pláticas; la propaganda convencida y ardiente de principios morales, puros, grandes, evangelizadores, y será fácil comprender la influencia sorda, casi sin ruido, pero profunda, de aquel hombre superior, la majestad permanente y sencilla de su actitud, y el culto sincero y merecido que se le tributaba. El país entero supo, al fin, que había en él un hombre realmente grande, que era a un tiempo realmente íntegro, y enorgullecido no hubo quien no aspirase al honor de que sus hijos pudieran llamarse discípulos de aquel maestro. El colegio prosperó, de ese modo, y allí estuvo su centro de acción más duradero, más considerable y más fecundo. De aquel colegio no podría yo hablar sin apasionamiento: alma mater de mi espíritu, fué también mi casa y mi familia. Mas, si bien es cierto que tan excelente institución era lo más completo de ese género que ha habido nunca en la isla de Cuba y que allí se estudiaba y se aprendía mucho, así como se templaba realmente el

carácter—lo que me figuro que es hacer de ella el elogio supremo—no puedo, sin embargo, dejar de reconocer que tenía influencia en el desenvolvimiento intelectual, a pesar de su plan de enseñanza, y que, en el desenvolvimiento moral, no siempre, en todas las esferas, obedecía a las tendencias de su fundador. Intervenía en ella un factor muy poderoso, que era el espíritu del país. El interpretaba las máximas y aforismos, las palabras y los discursos, y así lógicamente



los enderezaba por un rumbo diferente. Los niños y los jóvenes de toda la isla—de Camagüey, de las Villas, de Oriente, de Güines, de Matanzas—venían a educarse allí y allí vivían: traían, sin saberlo, de los cuatro puntos del horizonte, aspiraciones generosas y enérgicas, y animados de ese espíritu deducían las consecuencias análogas que en sí misma contenía en potencia la

enseñanza moral, viril y elevada de José de la Luz Caballero.

Una comunicación franca y constante entre alumnos y profesores y cierto sentimiento de amorosa fraternidad que los ligaba a todos, bajo la mirada santificadora del maestro, hacían del colegio una como atmósfera libre, donde se cambiaban todas las ideas; una inmensa colmena en que el trabajo era insensible, provechoso y saludable. Era por tal manera una agitación suave y permanente que por fuerza tenía que ser fecunda.

El colegio era también, en más reducida esfera, una especie de centro de caridad para los indigentes. Desde 1865, poco más o menos, y durante algún tiempo, su director don José M. Zayas estableció una escuela dominical con sus mismos profesores, para enseñar a los niños y a los jóvenes pobres del barrio. El mismo por esa época, dió un curso también dominical de filosofía, explicándola históricamente, y en él puso a contribución los trabajos más recientes y las últimas noticias de las revistas extranjeras.

En realidad, el espíritu del colegio había sido y siguió siendo el espíritu mismo del país; y por eso, cuando en medio del aparente y universal reposo se sintió temblar el suelo, al sonar angustiosamente una hora solemne de prueba, aquella santa casa se quedó vacía. El frío y el silencio se hospedaron en las tétricas naves y al fin, ausente el sacerdote, rotas las aras y apagados los cirios, quedó por siempre abandonado.

Hoy—velado su interior a la mirada del caminante—es el refugio que la piedad de algunos vecinos

ha conservado para algunas niñas pobres, como si quisiese advertirse por tal manera que aquella casa sólo puede destinarse ya a objetos nobles y santos. Porque —en efecto— allí hirvió todo un mundo, grande de luz y de belleza; allí se realizó una hermandad sincera y fecunda; allí hubo religión, ideal y patria; en medio al mercantilismo de nuestro siglo, a la materialidad de la vida colonial, parecía haberse trasladado allí un pedazo de la risueña Galilea del siglo I; allí el entusiasmo encendió corazones para el bien y para el sacrificio; allí la fe reclutó soldados para la lucha y mártires para el cadalso: allí se encerraba como en preciosa redoma, el perfume de virtud y de purísimos anhelos que pudieron desprenderse de una sociedad gangrenada. En el seno de la colectividad, minada por el vicio, irritada por la injusticia, enconada por el odio, aquella casa era un oasis apacible de esperanza, de fe y de ventura moral. Pero era más todavía: era un templo consagrado a cuanto digno, noble y elevado se ofrece al respeto y al amor de la humanidad.

Y aquel hombre grande que lo fundara, logró, sin proponérselo como un fin calculado, formar en torno suyo un ambiente tibio de paz, de confianza y de pureza que penetraba y dominaba las almas con la fuerza mansa de una religión espiritual. Su secreto consistió en hacerse amar, y ese precisamente, fué también el grande, el único secreto de Cristo.

MANUEL SANGUILY.



LVI

## EL AGRICULTOR Y LAS PLANTAS

Si la tierra es el taller donde se prepara la materia prima que se emplea en la elaboración de los productos agrícolas, la planta es la *máquina viviente* que tomando estas materias primas del suelo, fabrica con ellas café, arroz, millo, naranjas, piñas, mangos, plátanos, yuca, papa, boniatos y mil productos más, con los cuales podría formarse una lista interminable.

Esta máquina viviente funciona de una manera muy delicada; no todas, aunque sean de una misma clase, producen idéntica cosecha, en cantidad y calidad.

Tomemos una planta cualquiera de las muchas que se cultivan en nuestra patria, el maíz, por ejemplo. El agricultor siembra su maíz, y espera que los miles de plantitas que brotan pronto de la tierra le fabriquen, en el corto espacio de varios meses, hermosas mazorcas. El éxito favorable o no que obtenga, dependerá de una multitud de circunstancias, a saber: de las labores que él haya practicado en el terreno, de la fecha de la siembra, de los cuidados que preste a las plantas, del tiempo que haga, etc., etc. Pero he aquí que cultivadas exactamente de la misma manera y sometidas a idénticas influencias, las mazorcas fabricadas por cada mata de maíz son muy distintas. ¿Has visto alguna vez un campo de maíz ya en sazón? Muchas matas de tallo robusto y erguido, ostentan mazorcas hermosísimas; otras las tienen de mediano tamaño; y no faltan algunas que carecen de fruto o han producido una mazorquita insignificante, con granos salteados aquí y allá. No es esto solo. A veces dos campos de maíz colindantes sembrados el mismo día, en igual forma, atendidos de la misma manera, muestran diferencias enormes: uno ha producido excelentes mazorcas, el otro no; éste ha sido dañado por los insectos, aquél no muestra señales de haber sido atacado; el de la derecha tiene gran número de matas quebradas por el viento, el de la izquierda resistió victorioso los embates de éste; el de acá tiene sus frutos casi maduros, el de allá empieza ahora a fructificar. ¿A qué se deben todas estas diferencias, si como hemos dicho, la calidad del terreno es igual, fué labrado de idéntica manera, la siembra se efectuó el mismo día, recibió los mismos

cuidados y estuvo sometida a las mismas influencias atmosféricas? La diferencia se debe única y exclusivamente a las plantas; no todas nacieron igualmente robustas, mostraron las mismas cualidades, ni fabricaron igual cantidad de fruto.

Este hecho resulta desalentador para el hombre que dedica sus esfuerzos a la agricultura. Es decir que él prepara bien su terreno, hace sus siembras en la fecha oportuna, cuida con esmero todas sus plantas, y luego éstas, a su capricho, le fabrican o no buenas mazorcas de maíz. ¿Hay nada más triste para un trabajador que pone todo su interés en la obra que realiza?

Los agricultores expertos y los sabios que dedican sus esfuerzos al mejoramiento de la agricultura, han estudiado con ahinco el problema y han encontrado manera de remediarlo ventajosamente.

Ellos han observado que una planta transmite a las que nacen de sus semillas la mayor parte de las cualidades que ella posee. Se siembra la semilla de una calabaza de color, forma, tamaño y sabor particulares; y se puede comprobar, cuando la mata que nace comienza a producir, que las calabazas que da tienen el color, la forma, el tamaño y el sabor muy semejantes a la calabaza cuya semilla fué sembrada. Este mismo hecho es muy fácil de comprobar en todas las plantas, y muy especialmente en aquellas como la caña, el boniato, la yuca y otras que no se reproducen por semilla. Pero bueno es repetirlo, todas las plantas heredan de una manera más o menos completa las cualidades de la planta de que descienden.

Teniendo esto en cuenta, el agricultor escogerá cuidadosamente las plantas de las cuales va a tomar las simientes para sus futuras cosechas, prefiriendo las que posean las cualidades requeridas.

Se trata de una región donde los vientos son muy fuertes, pues preferirá, si se trata de maíz, las plantas de tallo robusto que tengan las mazorcas a poca altura. Cuando durante varios años se escogen con cuidado las plantas de las cuales se toman las simientes, se puede llegar a obtener *la variedad del maíz* más adecuada y propia para ser cultivada en el terreno de que se trata.

• La selección cuidadosa de la mata de la cual se toman las simientes no basta; es menester escoger las simientes mismas, sembrando sólo las mejores. Una mazorca de maíz tomada de una planta vigorosa y sana, tiene muchos granos hermosos y bien conformados, y otros, los que están en los dos extremos de la mazorca, pequeños y de forma irregular. Un agricultor de experiencia jamás escogerá estos últimos para sembrarlos. Hay gentes ignorantes que dan poca importancia a la selección de las plantas y de las simientes; pero es bueno saber que en otros países gracias a la selección se han llegado a obtener tipos de una misma planta propios de las regiones secas, de las húmedas, resistentes a los insectos, al viento, etc., así como capaces de rendir con los mismos gastos y cuidados cosechas dos, tres, o cuatro veces más copiosas.

En Cuba se debe prestar la mayor atención a este problema de selección de las plantas y de las semillas, porque la ignorancia de muchos agricultores les hace malgastar su dinero y su trabajo. Según estudios que

se han hecho existen en nuestra patria 36 variedades distintas de boniatos por lo ménos. Unas producen muchos y muy sabrosos boniatos, otras no dan casi sino *bejucos*; unas son propias de unos terrenos y otras de tierras muy distintas; etc. El cultivador que no escoge con cuidado la simiente para su cosecha, procede a ciegas y está expuesto a fracasar debido a su inexperiencia.

El hombre, mediante una acción tenaz y bien dirigida puede mejorar las plantas y llegar a producir aquellas variedades que reúnan las cualidades que él desea. Cuando ha logrado esto, ya no está expuesto al azar de lo que su máquina—la planta—le quiera producir; ya él sabe que ella, dócilmente, le rendirá los frutos que él le pida en cantidad y calidad. La selección de las plantas y de las semillas no es el único medio de alcanzar tan felices resultados: la agricultura conoce otros muchos de que no es posible hacer mención aquí. Libros hay donde se pueden aprender todas estas cosas tan útiles e interesantes.

Por ahora, no olvides que puedes escoger con gran cuidado las simientes que vas a confiar a la tierra preparada con tu rudo esfuerzo. Si no sabes escogerlas tú mismo, escribe una carta al Sr. Secretario de Agricultura de tu patria o al Sr. Director de la Estación Agronómica de Santiago de las Vegas. Ellos te darán instrucciones acerca de lo que has de hacer, te enviarán un perito en agricultura para que te lo explique o te remitirán semillas de la mejor clase. Como ves, Cuba desea ayudar a sus agricultores.



LVII

## GUILLERMO TELL

Un día atravesaba la plaza-mercado de Altorf, población suiza, un hombre de gran belleza varonil. Alto y erguido, ancho de espaldas y bien formado, de cara y barba rubicundas y aspecto altivo; este hombre de las montañas cruzaba la plaza con paso firme y airoso. En sus ojos brillaba la satisfacción, y tenía para todos sus amigos una palabra de afable saludo. Muchos se volvían diciendo: “Ahí va Guillermo Tell, el ballestero de Urglen”. Este, tenido por el mejor ballestero de toda Suiza y el que mejor sabía manejar un bote en el tempestuoso lago de Urí, vivía tranquila-

mente en una casita de la montaña, con su esposa, que con él compartía sus penas y alegrías, y sus hijos, para los cuales trabajaba con ardor. Cazaba ciervos en el monte y pescaba en el lago. A sus hijos nunca les faltaron buenos alimentos ni vestidos adecuados. Su vivienda era limpia y arreglada. No vivía en todos los contornos otra familia que viviera en paz más estable y con mayor felicidad.

Tell acababa de vender el fardo de piel de venado que había traído de Altorf, y ahora se encaminaba a comprar recios abrigos de lana para sus hijos, en previsión del próximo invierno. Se sentía feliz y alegre; dentro de una hora, ya iría cantando camino de su casa, monte arriba. De pronto sintió que le tocaban en el hombro; volvióse, y se encontró detenido por un soldado austriaco; un momento después estaba cercado. El soldado que le había detenido señaló un poste rematado por un sombrero ducal, y le dijo:

—Ya sabes que hay pena de muerte para el que no salude.

Un silencio profundo reinó de pronto en toda la plaza. La gente dejó sus puestos y empezó a apiñarse alrededor del grupo: se trataba de algo más importante que el negocio, la libertad de un hombre, la independencia de una nación! La sangre coloreaba el rostro de Tell. Apartó la vista del poste, y, mirando severamente al soldado, dijo con calma:

—No he cometido ningún delito.

—Has insultado a la majestad del duque—repuso el soldado.

Guillermo Tell le miró fijamente y replicó:

—¿Por qué hay que demostrar más respeto a un sombrero vacío que a una capa o a un par de medias?

En esto, asomó por detrás de los soldados la figura del gobernador del país, el tirano Gessler. Este Gessler, impuesto sobre la antes libre nación suiza por el conquistador y opresor, el duque de Austria, había hollado la libertad, había asesinado o hecho prisioneros a todos los que se levantaron contra él y para colmo de crueldad, llegó a decretar que todo el que no rindiera homenaje al símbolo de dominación austriaca colocado sobre el poste de la plaza del mercado, sería condenado a muerte; Guillermo Tell se volvió hacia el gobernador; pues ni temía a hombre alguno, ni hubiera sido capaz de quebrantar la altivez de su espíritu. En sus montañas había pensado mucho en la vergüenza de la esclavitud a que se hallaba sujeto su país, y había hablado también con sus amigos de alzarse contra ella; él, por su prte, nunca saludaría el odiado símbolo de la tiránica dominación.

—¿De modo que te burlas de la representación de la autoridad?—preguntó el gobernador aproximándose mientras los soldados lo saludaban militarmente.

En aquel momento se oyó entre la multitud la voz de un niño que gritaba:

—¡Padre! ¡Padre!

La muchedumbre se volvió, abrió paso, y vióse al hijo de Guillermo Tell, que, habiendo ido al mercado sin permiso, llegaba ahora corriendo junto a su padre. El gobernador cogió al muchacho por el brazo.

—¿Es este el hijo del traidor?—preguntó.

—No le hagáis daño—exclamó Tell;—es mi primogénito.

—No pases cuidado—respondió el terrible Gessler.—Si alguien le hace daño no seré yo, sino... tú.

Una sonrisa cruel iluminó sus ojos.

—¡Ea! Toma al muchacho y átaló al tronco de aquel tilo; luego le colocarás una manzana sobre su cabeza.

—¿Por qué hacéis eso?—preguntó Tell.

—Me han dicho que te llaman “el balletero de Urglen”—contestó el gobernador—y me gustaría presenciar una prueba de tu destreza. Estás condenado a muerte, pero me siento generoso y te perdonaré si haces lo que te mando. Oye: si a esta distancia disparas una flecha que atraviere la manzana sobre la cabeza de tu primogénito, te dejo en libertad; pero si, por el contrario, no tocas la manzana, o matas al niño..., mandaré que te ejecuten inmediatamente.

—¿No tenéis piedad?—exclamó Tell, temblando de indignación.—¿Creéis que voy a intentar el rescate de mi vida arriesgando la de mi hijo?

—Te hago un favor—replicó Gessler.—Calcula. Con un disparo afortunado salvas la vida y te marchas tranquilamente a casa.

Tell, levantando acongojado su mano temblorosa, dijo:

—¿Cómo puede un padre que ama a su hijo apuntar con mano firme un dedo por encima de su frente? ¡Miradle! ¡Vedle! señor. ¡Cómo se ve que no comprendéis de qué modo tan profundo ha penetrado en el

corazón de su padre la inocencia de sus ojos, la belleza de su rostro! ¿Por qué he de arriesgar su vida?

Gessler se rió brutalmente.

—¡Bueno! O disparas la flecha, o mueres. Pero antes mandaré estrangular a tu hijo ante tus propios ojos.

Una oleada de ciega rabia inundó el alma del montañés.

—Dadme el arco—dijo.—Una cosa os pido, por compasión: poned el muchacho, de cara al árbol, atado al tronco con cuerdas.



Un silencio de muerte reinó en toda la plaza. Guillermo Tell escogió dos flechas; una se la puso en el cinto, la otra la colocó en el arco. Por un momento quedó inmóvil, la cabeza inclinada sobre el pecho, los ojos clavados en el suelo; estaba orando. Hubiera podido oírse el ruido de una hoja al caer; tan

grande era el silencio que reinaba en la plaza. Por último Tell levantó la cabeza; su mirada estaba serena; sus manos, firmes; su rostro parecía de acero. Levantó el arco y fijó la mirada en la pluma de la flecha, apuntando a su hijo.

Vibró la cuerda del arco.

La flecha partió veloz, y casi en el mismo instante quedó profundamente clavada en el árbol. La manzana cayó partida por la mitad, a ambos lados de la cabeza del niño. Una atronadora aclamación salió de los labios de la multitud, y Gessler, volviéndose a Tell, le dijo:

—¡Buena puntería, traidor! Pero dime, ¿por qué tomaste dos flechas?

Tell puso la mano sobre la flecha que tenía al cinto.

—Si la primera hubiese herido a mi hijo—contestó,—ésta la tendríais clavada en el corazón.

—¡Ah! ¿De manera que mi existencia corre peligro?—dijo el gobernador.—Sin embargo, quiero ser fiel a mi promesa. No morirás, te perdono la vida, pero el resto de ella lo pasarás en un calabozo de mi castillo; así nada tendré que temer de tu arco.

Entonces los soldados se apoderaron otra vez de Tell y lo arrastraron por entre la irritada multitud, hasta el muelle donde estaba atracado el barco del gobernador. Pero ocurrió que mientras cruzaban el lago Urí se desencadenó una terrible tempestad que amenazaba hacer naufragar el barco. Los austriacos, no pudiendo gobernar la embarcación, empezaron a perder las esperanzas de salvarse. En su terror se acor-

daron de que Tell tenía fama de ser el mejor patrón de todo el lago, y se lo comunicaron al gobernador.

Tell empuñó el timón y puso proa a la orilla. Al hacerlo no pensaba en la vida de Gessler, ni en los soldados austriacos, sino en su libertad y la independencia de Suiza. Quería escapar él y salvar a su patria.

Condujo la embarcación hasta acercarla a una roca que sobresalía en la costa, y acertando a pasar velozmente por su lado, saltó repentinamente a ella, dejan-



do a los austriacos abandonados a su suerte. Con gran ligereza escaló la roca, ascendió por el acantilado, y atravesando los montes, llegó a un lugar del camino por donde tenía que pasar Gessler, si llegaba a salvarse. Allí se escondió entre la espesura, con la flecha preparada en el arco y el corazón dispuesto a librar a Suiza del tirano. Mientras esperaba, comenzó a caer la tarde. Poco después oyó ruido de pisadas.

—Y si llego con vida a Altorf—iba diciendo Gessler—juro destruir toda la raza de este traidor de Tell, madre e hijos, todos a un tiempo.

—Nunca llegarás—se dijo Tell.

Y mientras los soldados marchaban ante él, flechó el arco. Pocos momentos después Gessler caía muerto sobre el polvo del camino.



Guillermo Tell dirigió el levantamiento del pueblo suizo, que derribó el poder de los austriacos e hizo de Suiza un país independiente.

Sus compatriotas le hubieran proclamado rey, pero Tell rehusó y se volvió a su casita entre las montañas, que para él valían más que todos los palacios del mundo.



LVIII

## LA MATANZA DE LOS ZANGANOS

(DE LA VIDA DE LAS ABEJAS)

Después de la fecundación de las reinas, si el cielo continúa claro y cálido el aire, si el polen y el néctar abundan en las flores, las obreras, por una especie de olvidadiza indulgencia o quizás por excesiva previsión, toleran por un tiempo más la presencia importuna de los zánganos. Estos se conducen en la colmena como los pretendientes de Penélope en la casa de Ulises. Llevan en plena francachela y *gaudeamus*, la odiosa existencia de amantes honorarios, pródigos y sin delicadeza; satisfechos, barrigones, llenan las avenidas, obstruyen los pasadizos, dificultan el trabajo, atropellan, son tropellados, y se les ve azorados, importantes, hinchados de desdén, aturdidos y sin malicia, pero despreciados con inteligencia y segunda intención, in-

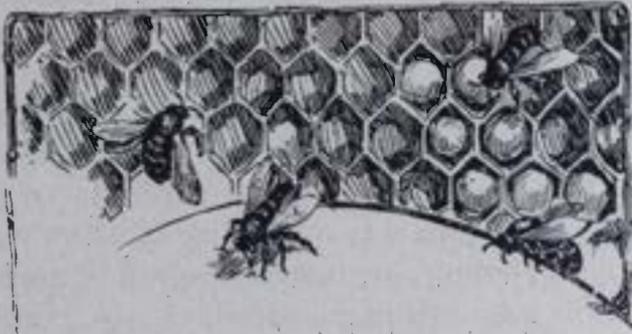
conscientes de la exasperación que va acumulándose ante ellos y del destino que les aguarda. Eligen para dormir a sus anchas el rincón más tibio de la morada; se levantan perezosamente para ir a chupar en las celdas abiertas la miel más perfumada, y mancillan con sus excrementos los panales que frecuentan. Las pacientes obreras miran el porvenir y reparan silenciosamente los desperfectos. De medio día a las tres de la tarde, cuando la campiña azulada tiembla de fatiga feliz, bajo la mirada invencible del sol de julio o de agosto, aparecen en el umbral. Llevan un casco formado de enormes perlas negras, dos altos penachos animados, un jubón de terciopelo leonado y frotado de luz, una melena heroica, un cuádruple manto rígido y translúcido; hacen un ruido terrible, apartan las centinelas, derriban a las ventiladoras, tropiezan con las obreras que llegan cargadas de botín. Tienen el andar atareado, extravagante, de dioses indispensables que salen en tumulto a cumplir algún gran designio ignorado por el vulgo. Unos tras otros afrontan el espacio, gloriosos, irresistibles, y van tranquilamente a posarse en las flores más vecinas, donde duermen hasta que el fresco de la tarde los despierta. Entonces vuelven a la colmena, en el mismo torbellino imperioso, y siempre desbordante del mismo gran designio intransigente; corren a las despensas, hunden las cabezas hasta el cuello en las cubas de miel, se hinchan como ánforas para reparar las agotadas fuerzas, y ganan, con pesado paso, el buen sueño, sin pesadillas ni preocupaciones, que los recoge hasta su próxima comida.

## II

Pero la paciencia de las abejas no es igual a la de los hombres. Una mañana comienza a circular por la colmena la consigna esperada, y las apacibles obreras se transforman en jueces y verdugos. No se sabe quién da la consigna; emana de repente la indignación fría y razonada de las trabajadoras, y de acuerdo con el genio de la república unánime, tan pronto como se pronuncia, llena todos los corazones. Una parte del pueblo renuncia a salir en busca del botín para consagrarse aquel día a la obra justiciera. Los gordos holgazanes dormidos en descuidados racimos sobre las paredes melíferas, son arrancados bruscamente de su sueño por un ejército de vírgenes irritadas. Se despiertan beatíficos y sorprendidos, no pueden dar crédito a sus ojos, y su asombro logra apenas asomar a través de su pereza, como un rayo de luna a través del agua de un pantano. Se imaginan víctimas de un error, miran en torno suyo estupefactos y la idea matriz de su vida se reanima en sus torpes cerebros, y les hace dar un paso hacia las cubas de miel, para confortarse en ellas. Pero ya pasó el tiempo de la miel de mayo, del vino-flor de los tilos, de la fresca ambrosía, de la salvia, del trébol blanco, de la mejorana. En lugar de libre acceso a los buenos depósitos rebosantes que abrían bajo sus bocas sus brocales de cera, complacientes y azucarados, encuentran en torno un ardiente matorral de dardos emponzoñados que se erizan.

La atmósfera de la ciudad ha cambiado. El amigable perfume del néctar ha cedido su lugar al acre olor

del veneno cuyas mil gotitas resplandecen en la punta de los agujones y propagan el rencor y el odio. Antes de haberse dado cuenta del derrumbamiento inaudito de todo su destino de ocio y de regalo, en el trastorno de las leyes dichosas de la ciudad, cada uno de los azorados parásitos se ve asaltado por tres o cuatro ajusticiadoras que se esfuerzan por cortarles las alas, asestrarles el peciolo que une el abdomen al tórax, amputarles las febriles antenas, dislocarles las patas, dar con una juntura de los anillos de la coraza para hundir



en ella su dardo. Enormes pero inermes, desprovistos de aguijón, no piensan en defenderse, tratan de escapar y oponen únicamente su masa obtusa a los golpes que los abruman. Derribados de espalda, agitan torpemente en el extremo de sus poderosas patas, a sus enemigas que no sueltan su presa, o girando sobre sí mismos, arrastran el grupo enteró en un torbellino loco pero pronto exhausto. Al cabo de cierto tiempo están en un estado tan lamentable, que la piedad, que nunca está muy lejos de la justicia en el fondo de nuestro corazón,

acude a toda prisa y pediría gracia— aunque inútilmente— a las duras obreras que sólo reconocen la ley profunda y seca de la naturaleza.

Las alas de los desdichados quedan laceradas, los tarsos arrancados, las antenas roídas y sus magníficos ojos negros, espejo de las flores exuberantes, reverberos del azul y de la inocente arrogancia del estío, dulcificados entonces por el sufrimiento, no reflejan ya más que la angustia del fin. Los unos sucumben a las heridas y son inmediatamente arrastrados por dos o tres de sus verdugos a lejanos cementerios. Otros, menos heridos, logran refugiarse en algún rincón en que se amontonan y donde una guardia inexorable los bloquea, hasta que se mueren de inanición. Muchos logran ganar la puerta y escapar al espacio arrastrando a sus adversarias, pero, al caer la tarde, hostigados por el hambre y por el frío vuelven en masa a la entrada de la colmena, implorando un abrigo. Tropicizan con otra guardia inflexible. Al día siguiente, a su primer salida, las obreras barren el umbral en que se amontonan los cadáveres de los gigantes inútiles, y el recuerdo de la raza ociosa se extingue en la ciudad hasta la siguiente primavera.

MAURICIO MAETERLINCK.





LIX

**A MI JILGUERO**

No así las lindas alas  
Abatas, jilguerillo,  
Desdeñando las galas  
De su matiz sencillo.

No así guardes cerrado  
Ese tu ebúrneo pico,  
De dulzuras colmado,  
De consonancias rico.

En tu jaula preciosa  
¿Qué falta a tu recreo?  
Mi mano cariñosa  
Prévienne tu deseo:

Festón de verdes hojas  
Tu reja adorna y viste...  
¡Mira que ya me enojas  
Con tu silencio triste!

No de ingrato presumas,  
Recobra tu contento,  
Riza las leves plumas,  
Da tus ecos al viento.

Mas no me escucha  
Que tristemente  
Gira doliente  
Por su prisión.

Troncha las hojas,  
Pica la reja,  
Luego se aleja  
Con aflicción.

Ni un solo trino  
Su voz exhala,  
Mas bate el ala  
Con languidez;

Y tal parecen  
Sus lindos ojos  
Llorar enojos  
De la viudez.

Ya conozco, infelice,  
Lo que tu voz suspende...  
¡Tu silencio lo dice!  
¡Mi corazón lo entiende!

No aspiras los olores  
Del campo en que has nacido...  
No encuentras tus amores...  
No ves tu dulce nido.

Yo tu suerte deploro...  
¡Por triste simpatía,  
Cuando tu pena lloro,  
También lloro la mía!

Que triste, cual tú vivo  
Por siempre separada  
De mi suelo nativo...  
¡De mi Cuba adorada!

No ya, jilguero mío,  
Veré la fértil vega  
Que el Tíñima sombrío  
Con sus cristales riega.

Ni en las tardes serenas  
—Tras enriscados montes—  
Disipará mis penas  
La voz de sus sinsontes.

Ni harán en mis oídos  
Arrullo al blando sueño  
Sus arroyos queridos,  
Con murmullo halagüeño.

No verá el prado  
Que vió otro día  
La lozanía  
De mi niñez.

Los tardos pasos  
Que marque incierta.  
Mi planta yerta  
Por la vejez.

Ni la campana  
Dulce, sonora,  
Que dió la hora  
De mi natal.

Sonará lenta  
Y entristecida,  
De aquesta vida  
Mi hora final.

El sol de fuego,  
La hermosa luna,  
Mi dulce cuna,  
Mi dulce hogar...

¡Todo lo pierdo,  
¡Desventurada!  
Ya destinada  
Sólo a llorar!

¡Oh, pájaro! pues que iguales  
Nos hacen hados impíos,  
Mientras yo lloro tus males,  
Canta tú los llantos míos.

Pero ¡qué! ¿cantar rehusas,  
Cual condenando mi anhelo,  
Y aun parece que me acusas  
De ser causa de tu duelo?

¿No es igual mi cruda pena  
A la que te agobia impía?  
¿No nos une la cadena  
De una tierna simpatía?

—“No, porque en extraña tierra  
“Tus cariños te han seguido,  
“Y allí la patria se encierra  
“Do está el objeto querido.

“De tu madre el dulce seno  
“Recibe tu acerbo llanto,  
“Y yo de consuelo ajeno,  
“Solo lloro y solo canto.

“Eres libre, eres amada,  
“¡Yo solitario, cautivo...  
“Preso en mi jaula dorada,  
“Para divertirme vivo!

“¡Ah! no, pues, mujer ingrata,  
“No te compares conmigo...  
“Tu compasión me maltrata,  
“Y tu cariño maldigo!”

Esto me dicen tus ojos,  
Esto tu silencio triste...  
¡Ya comprendo tus enojos!  
¡Ya jilguero me venciste!

¡Libertad y amor te falta!  
¡Libertad y amor te doy!  
¡Salta, pajarillo, salta,  
Que no tu tirana soy!

Salida franca  
Ya tienes, mira,  
Goza, respira...  
Libre eres ya.

Torna a tu campo,  
Torna a tu nido,  
Tu bien perdido  
Te espera allá.



Mas, no me olvides,  
Y a mi ventana  
Llega mañana,  
Saliendo el sol:

¡Que yo te escuche,  
Sólo un momento,  
Libre y contento  
Cantar tu amor!

G. GÓMEZ DE AVELLANEDA.



LX

## ANTONIO MACEO

La feraz tierra de Cuba, pródiga en hijos a la libertad, ha sido como matriz fecunda de héroes o un inmenso yunque donde se forjaban conciencias para fundirlas al crisol del sacrificio y del martirio.

Cuando se evocaba el pasado viril en la adoración de lo que Carlyle llama culto del héroe y lo heroico en la vida humana, y desfila por el lienzo del recuerdo la historia patria con su cohorte luminosa, saludamos en Céspedes al iniciador; en Agramonte, a la victoria; en

Máximo Gómez, al táctico y al libertador; en Julio Sanguily, al que con la poesía de su valor vadeó los abismos del peligro que le obedecía como si fuese su jinete; pero en Antonio Maceo verá siempre la patria al héroe.

Se le nombra y prece que vibra el clarín tocando a degüello, y se oye, imperativa, su voz de mando, como un trueno en el silencio de apocalíptica noche; pasa al galope la caballería, como alud que desciende la montaña, sombreros al aire y aceros al sol; tiembla el bosque vecino y se estremece la pradera bajo los cascos de la metralla; las cuchillas de las lomas se visten de banderas; la naturaleza se embriaga de penetrante olor a pólvora; y se perciben rugidos de leones carniceros y vivas estruendosos a la libertad.

Sí, es el héroe. El que ni fué vencido, ni conoció la tregua, ni descansó sino sobre la silla de la carga, arremetiendo a manera de formidable catapulta contra los opresores de su tierra.

Era el general Antonio Maceo, en lo físico y en lo moral, un hombre extraordinario. Su divisa, como la del coloso de Marengo, fué vencer a los hombres, a la naturaleza y al destino.

Cuando — desaparecidos sus contemporáneos — sobre el escenario de sus ínclitas proezas tiendan los siglos su espesa cortina de sombras, se hablará de ellas como si hubieran sido realizadas por uno de los personajes nacidos en la fantasía del pensamiento, engrandecido por el aura popular y consagrados por la tradición y por la fábula.

De atlética estatura, recio de espaldas, de ancho torso varonil, parecía el invencible Ajax de nuestras luchas, un Apolo de ébano, moldeado en bronce. Sus puños eran de hierro, como hechos para estrujar tiranos y levantar esclavos al decoro, y su acero, a semejanza de la clava de Hércules, sembraba el espanto en las filas enemigas, hendiendo cráneos y cercenando húmeros.

Sereno, sin vacilaciones, resuelto en el asalto, entraba en el combate del brazo de la Fortuna, cabalgando en el prodigio; era valiente como un Cid en la adversidad, y augusto como un César en la victoria. Las generaciones del porvenir se interrogarán, acaso, si el general Maceo no fué un Nemrod mitológico, concebido por el patriotismo y consagrado por la leyenda.

Si el dogal que durante cuatro centurias oprimió a Cuba pedía venganza a los cielos, venganza y justicia, para tomarla, en nombre de su pueblo, vino al mundo el estupendo Alcides como encarnación de la sombría Némesis, adorada por los griegos, vástago terrible de los amores de Júpiter y del Destino.

En campo más reducido y en los límites de una isla estrecha y larga con el hondo mar por fronteras; en una época en que el positivismo de las armas, medios de transporte y todos sus elementos alcanzan su grado máximo de perfección, sin parque, las más de las veces, ni ametralladoras, ni artillería, con un ejército improvisado por el milagro del ideal y la maravilla de la fe, realizó hazañas que por su prestigio asombraron a la generación coetánea, y harán sonreír a la posteridad; y rivalizó en el circo de la epopeya romántica con

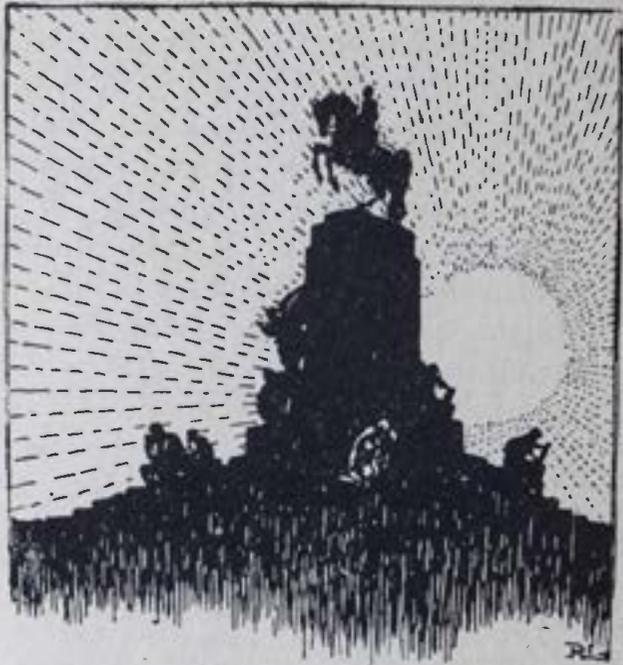
los héroes de la antigua Troya, immortalizados por el arte del divino ciego.

Antonio Maceo, por su pericia militar, sus audacias incontrastables y su mirada penetrante de águila para seguir la marcha de la refriega, fué un guerrero digno de parangonearse, estatura a estatura, con los más altos del pasado siglo, y que resiste, victoriosamente, el paralelo con los más grandes de la antigüedad. En las circunstancias excepcionales en que luchó y con los escasos recursos de que pudo disponer, no hubiera hecho más el genio conquistador de Alejandro el Magno, la estrategia de Aníbal o la buena estrella que alumbró la ruta de Napoleón Bonaparte.

Pero, en el orden moral, fué aún más grande, porque no salió de sus patrios lares llevando en una mano la tea y en la otra el estandarte lúgubre de la conquista, sino que peleó como un tigre desesperado por la independencia de su tierra, hasta caer como una palma rota al rayo, sorprendido por el destino en su odisea luminosa en una triste mañana de diciembre.

El general Maceo es—*nómine discrepante*—el primero de nuestros héroes, la espada formidable de la revolución. En la década imperecedera se alzó por la fuerza de su ardimiento y los impulsos generosos de su alma, por su genio y su fortuna, de arriero a general. Protestó del convenio del Zanjón bajo los históricos Mangos de Baraguá, se cubrió de gloria en la resistencia, atravesando las filas enemigas con un puñado de titanes, con el furor del huracán, y se mantuvo, sin aceptar la tregua inevitable, traspasando los límites de lo humano.

En América, su reputación de caudillo no tiene rival. Superior a Páez—el famoso Atila de los llanos de Venezuela, con quien tantas veces se ha comparado—y a Sheridan, el caudillo de la federal contienda norteamericana, hay que pensar en San Martín atra-



vesando los Andes, o en el famoso Mariscal de Pichincha y Ayacucho, para recoger en el polvo del pasado laureles dignos de tejerse con los suyos.

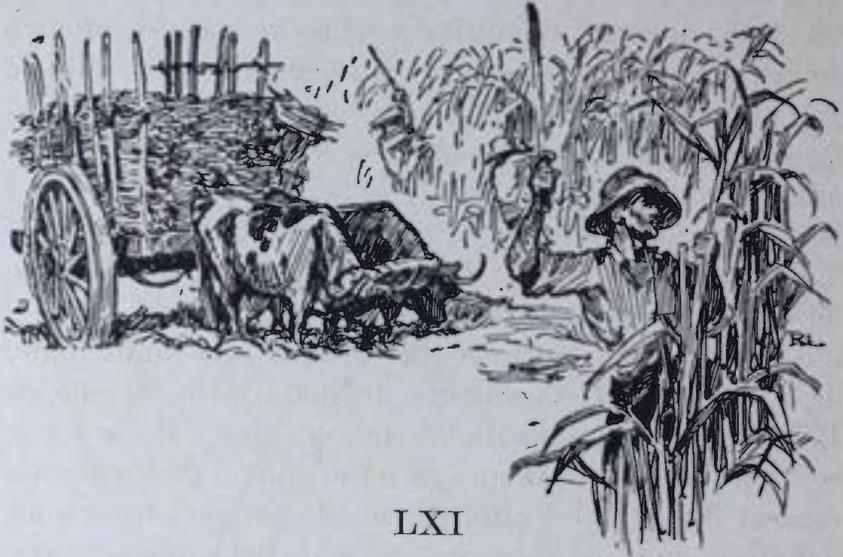
Juan Criollo, Indiana, Zarzal, Baraguá, Jobito, Peralejo, Sao del Indio, Iguará, Maltiempo, Coliseo, Calimete, Tairona, Paso Real, Río Hondo, Loma del Gato, El Rubí, Las Pozas, Cacarajícara, Montezuelo,

Tumbas de Estorino, acciones todas mandadas por él, donde se estrellaron, como las olas irritadas del mar contra los arrecifes de la costa, las mejores lanzas españolas, son como el pedestal labrado con el granito de la libertad, ennoblecida por el martirio de Punta Brava por la fama, y esculpida por la Historia.

Todavía, aun en medio de nuestros decaimientos y zozobras, cuando se pronuncia el nombre del general Antonio Maceo, o se aproxima la efemérides de su calvario, las arterias empobrecidas de nuestro patriotismo se inyectan de fe; tiembla el pesimismo ante su sombra como feroz pantera ante su domador; la centinela vigilante de nuestro recuerdo, desde lo alto del Pico Turquino rememora sus proezas y canta su gloria, cubriendo los cielos de banderas y embanderando la naturaleza de astros; las cumbres de la Sierra Maestra rompen loándole, en una armonía de mil orquestas; los caminos y las hondonadas de la invasión se cubren de flores y se llenan de libertad; y en las altivas lomas de la cordillera del Cuzco parece que la campana de la guerra y los viejos clarines de la epopeya suenan roncocos, agudos, penetrantes, llamando a la hueste dispersa, como si fuera a despertar al titán...

JOSÉ MANUEL CARBONELL.

---



LXI

## LAS VENTAJAS Y LOS INCONVENIENTES DEL CULTIVO DE LA CAÑA

Hace más de trescientos años que se siembra caña en Cuba; poco a poco el cultivo de dicha planta ha ido ganando terreno y hoy es el más importante de nuestra patria. Cuba es uno de los grandes países productores de azúcar del mundo. En la elaboración del citado producto, ninguna otra tierra le aventaja y sus fábricas son tan grandes y bien montadas como las de cualquiera otra nación, y quizás hasta mejores aun. El azúcar que se fabrica y se vende cada año vale muchos millones de pesos; en los trabajos de la siembra y el transporte de la caña, y de la elaboración y embarque del azúcar se ganan la subsistencia más de la mitad de los cubanos.

Sin embargo, el cultivo exclusivo o casi exclusivo de la caña tiene algunos graves inconvenientes, a juicio de personas muy entendidas.

Esas desventajas han sido señaladas desde hace mucho tiempo.

Antes de que hubiera ingenios en Cuba, ya los había en la vecina isla de Santo Domingo; un juez llamado don Alonso de Cáceres, que vivía en dicha isla—el mismo que hizo las primeras ordenanzas municipales de Cuba,—puso claramente de manifiesto, el año de 1570, algunas de las citadas desventajas. Decía Cáceres que en Santo Domingo había una extraordinaria escasez de artículos alimenticios de primera necesidad, debido a que los agricultores se dedicaban exclusivamente a sembrar caña. Todo lo que se consumía, excepto la carne, se importaba de España, pagándolo a precios exorbitantes, con lo cual se padecía escasez y hambre constantes. Ni siquiera se encontraba casabe en suficiente cantidad. Los propietarios de los ingenios se enriquecían, pero el resto de la población vivía entre estrecheces y miseria.

Poco más o menos, esto es lo mismo que se dice aún en contra del cultivo de la caña. Cuba importa del extranjero casi todos los alimentos que consume, pagándolos a altos precios, cuando podría producirlos ella misma, ahorrándose muchos millones de pesos cada año. Los comerciantes y los hacendados se enriquecen, pero el pueblo consume alimentos muy caros y de inferior calidad.

Hay quienes opinan que nuestros campesinos son los culpables de todo esto, y se les acusa de ignorantes

y de tontos, puesto que compran al bodeguero, pagándoselos muy caros, artículos de mala clase, cuando ellos podrían producirlos excelentes y en abundancia, para satisfacer sus propias necesidades y las del resto de la población cubana.

Las gentes que viven en las poblaciones y pagan a precios elevados el arroz, las viandas, las frutas, el almidón, los huevos, las aves, la manteca, la carne, la leche y otros productos alimenticios, son las que más se quejan. Ellas creen que los guajiros son estúpidos y hasta poco patriotas, porque no siembran de todo en abundancia, a fin de que en los pueblos se expendan los alimentos a precios módicos.

No hay duda de que el cultivo casi exclusivo de la caña tiene los inconvenientes citados y otros muchos más. También hay un fondo de razón en las censuras que se dirigen a los agricultores, que no producen muchos de los artículos que consumen; pero lo cierto es que si éstos prefieren la siembra de la caña a cualquiera otra, se debe a que es la que más ventajas y seguridades ofrece al agricultor. Es justo reconocerlo así y, además, es conveniente estudiar en qué consisten esas ventajas, a fin de ver si pueden obtenerse también para los demás frutos. Entonces los agricultores sembrarían de todo, pues ellos no prefieren la caña por estupidez, sino por conveniencia y hasta por necesidad.

Para que un agricultor se decida a emprender el cultivo de un fruto determinado son indispensables, absolutamente indispensables, tres cosas, a saber:

1° Que él conozca bien todas las operaciones del cultivo de que se trata.

2° Que él sepa de un mercado cercano y seguro donde le compren toda su cosecha.

3° Que él tenga la seguridad de que le pagarán sus efectos a un precio justo y equitativo.

Estas tres condiciones concurren en la siembra de la caña. El cultivo de ésta es uno de los más sencillos y de los que menos cuidado requiere; todos los campesinos saben cómo, cuándo y dónde se debe sembrar caña. También saben dónde han de venderla: en el ingenio vecino o en el *chucho* que está en tal o cual lugar; allí le comprarán toda la caña que él cultive. Por último, los precios del azúcar son uniformes para todo el país, se publican oficialmente y son los mismos para el hacendado más rico que para el colono más pobre.

¿En qué otros cultivos concurren estas ventajas? En ninguno, realmente. Casi todas las plantas requieren cuidados más delicados y labores menos toscas que las de la caña. La inmensa mayoría de nuestros campesinos ignora cómo se cultiva el arroz, la papa, las judías, y mil frutos más.

El mercado para todo lo que no sea caña es inseguro y lejano, casi siempre; el envase y transporte de los frutos es difícil. Un campesino que siembre una caballería de tierra de boniatos no sabe si tendrá a quien venderle toda su cosecha, la cual no puede ser almacenada como el azúcar.

Los precios se fijan arbitraria y caprichosamente por el comprador. El que vende no tiene la garantía

contra la explotación de un precio igual para todos, obligatorio, publicado en todos los periódicos y fiscalizado por los funcionarios del gobierno.

Los guajiros no son tontos. Ellos se dan clara cuenta de todas estas desventajas, y como padres de familia previsores y pobres que son casi todos ellos, prefieren el cultivo de la caña, más sencillo y de venta más segura, a otros quizás más remuneradores, pero expuestos a muchos fracasos.

De aquí que siga siendo la caña, a pesar de sus inconvenientes, el cultivo nacional por excelencia.

Mientras las gentes de las ciudades no ayuden a mejorar la enseñanza agrícola, contribuyan a multiplicar las vías de comunicación más fáciles y rápidas, aseguren mercados buenos y seguros a los productos del campo, y cooperen de diversas maneras con los agricultores, tendrán que seguir consumiendo alimentos caros y malos importados del extranjero.

En interés nuestro y de la patria, debemos ayudarnos unos a otros y no atribuir a la ignorancia y la pereza del cultivador males que no dependen de su voluntad. No basta con decir que no debe sembrarse caña solamente; es menester contribuir a que los agricultores no se vean en la dura necesidad de hacerlo.





LXII

## LA ENVIDIA

La envidia es una adoración de los hombres por las sombras, del mérito por la mediocridad. Es el rubor de la mejilla sonoramente abofetada por la gloria ajena. Es el grillete que arrastran los fracasados. Es el acíbar que paladean los impotentes. Es un venenoso humor que emana de las heridas abiertas por la realidad en el flanco de las almas torpes. Por sus hocas

caudinas pasan, tarde o temprano, los que viven esclavos de su verdad; desfilan lívidos de angustia, torvos, avergonzados de su propia tristura, sin sospechar que sus lamentaciones envuelven una consagración inequívoca del mérito ajeno. La inextinguible hostilidad de los mediocres sirve de pedestal a los genios, los santos y los héroes.

Es la más innoble de las torpes lacras que afean a los caracteres vulgares. El que envidia se rebaja sin saberlo; se confiesa subalterno; esta pasión es el castigo psicológico de una humillante inferioridad, sentida, reconocida.

No basta ser inferior para envidiar, pues todo hombre lo es de otro en algún sentido; es necesario sufrir del bien ajeno, de la dicha ajena. En este sufrimiento está el núcleo moral de la envidia: muerde el corazón como un ácido, lo carcome como un polilla, lo corroe como la herrumbre al metal.

Entre las malas pasiones ninguna la aventaja. Plutarco decía que “existen almas corrompidas hasta jactarse de vicios infames; ninguna ha tenido el coraje de confesarse envidiosa”. Reconocer la propia envidia implica, a la vez, declararse inferior al envidiado; trátase de pasión tan abominable y tan universalmente detestada, que avergüenza al más impudico y se hace lo indecible por ocultarla.

Por deformación de la tendencia egoísta, algunos están naturalmente inclinados a envidiar a los que poseen tal superioridad por ellos codiciada en vano; la envidia es mayor cuanto más imposible se considera la adquisición del bien codiciado.

Es el reverso de la emulación; ésta es una fuerza propulsora y fecunda, siendo aquélla una rémora que traba y esteriliza los esfuerzos del envidioso. Bien lo comprendió Bartrina, en su admirable quintilla:

La envidia y la emulación  
parientes dicen que son;  
aunque en todo diferentes,  
al fin también son parientes  
el diamante y el carbón.

La emulación es siempre noble: el odio mismo puede serlo algunas veces. La envidia es una cobardía propia de los débiles, un odio impotente, una incapacidad manifiesta de competir o de odiar.

La emulación presume un afán de equivalencia, implica la posibilidad de un nivelamiento; saluda a los fuertes que van camino de la gloria, marchando ella también.

Toda la psicología de la envidia está sintetizada en una fábula, digna de incluirse en los libros de lectura infantil. Un ventrudo sapo graznaba en su pantano cuando vió resplandecer entre las hierbas a una luciérnaga. Pensó que ningún ser tenía derecho de lucir cualidades que él mismo no poseería jamás. Mortificado por su propia impotencia saltó hasta ella y la cubrió con su vientre helado. La inocente luciérnaga osó preguntarle: ¿Por qué me tapas? Y el sapo, congestionado por la envidia, sólo acertó a interrogar a su vez: ¿Por qué brillas?

Siendo la envidia un culto al mérito, los envidiosos son sus naturales sacerdotes.

A pesar de sus temperamentos heterogéneos, el destino suele agrupar a los envidiosos en camarillas o círculos, sirviéndoles de argamasa el común sufrimiento por la dicha ajena. Allí desahogan su pena infinita difamando a los envidiados y vertiendo toda su hiel como un homenaje a la superioridad del talento que los humilla.

El sujeto descollante encuentra su cohorte de envidiosos en la esfera de sus colegas más inmediatos, entre los que desearía descollar de idéntica manera.

El motivo de la envidia se confunde con el de la admiración, siendo ambas dos aspectos de un mismo fenómeno. Sólo que la admiración nace en el fuerte y la envidia en el subalterno. Envidiar es una forma aberrante de rendir homenaje a la superioridad ajena.

Toda culminación es envidiada. En la mujer, la belleza. El talento y la fortuna, en el hombre. En ambos, la fama y la gloria, cualquiera sea su forma.

El hombre vulgar envidia las fortunas y las posiciones burocráticas. Cree que ser adinerado y funcionario es el supremo ideal de los demás, partiendo de lo que es suyo. El dinero permite al mediocre satisfacer sus vanidades más inmediatas; el destino burocrático le asigna un sitio en el escalafón del Estado y le prepara ulteriores jubilaciones. De ahí que el propietario envidie al burgués, sin renunciar a substituirlo; por eso mismo la escala del presupuesto es una jerarquía de envidias, perfectamente graduadas por las cifras de las prebendas.

El talento—en todas sus formas intelectuales y morales, como dignidad, como carácter, como energía—es el tesoro más envidiado entre los hombres.

Hay en el mediocre un sórdido afán de nivelarlo todo, un obtuso horror a la individualización excesiva; perdona al portador de cualquier sombra moral; perdona la cobardía, el servilismo, la mentira, la hipocresía, la esterilidad, pero no perdona al que sale de las filas un paso hacia adelante. Basta que el talento permita descollar en la política o en la ciencia, en las artes o en el amor, para que los mediocres se estremezcan de envidia. Así se forma en torno de cada astro una nebulosa grande o pequeña, camarilla de maldicientes o legión de difamadores; los envidiosos necesitan aunar esfuerzos contra su ídolo, de igual manera que para afear una belleza venusina aparecen por millares las pústulas de la viruela.

Las palabras y las muecas del envidioso se pierden en la ciénaga donde se arrastra, como silbidos de reptiles que saludan el vuelo sereno del águila que se cierne en la altura. Sin oírlos.

El castigo de los envidiosos estaría en cubrirlos de favores, para hacerles sentir que su envidia es recibida como un homenaje y no como un estiletazo; los bienes que el envidioso recibe constituyen sus más desesperante humillación. Si no es posible agasajarle, es necesario ignorarle; tomar cuenta de su infamia sería hacerle un favor.

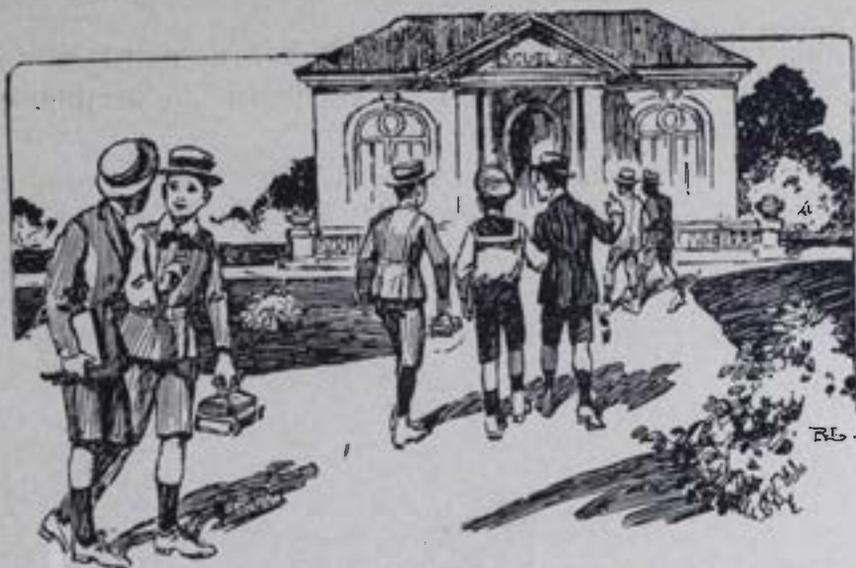
El envidioso es la primera víctima de su propio veneno; la envidia le devora como el cáncer a la víscera, como la hiedra a la encina. Por eso Poussin, en

una tela admirable, pintó a este monstruo mordiéndose los brazos y sacudiendo la cabellera de serpientes que le amenaza sin cesar.

El espartano Antístenes, al saber que le envidiaban; contestó con acierto: “Peor para ellos, tendrán que sufrir el doble tormento de sus males y mis bienes”.

JOSÉ INGENIEROS.





## LXIII

### MI ESCUELA

—Levántate; se te pasa la hora de la escuela,— me decía mi madre con tono a la vez cariñoso e impaciente, acercándose por tercera o cuarta vez al lecho donde yo prolongaba perezoso el sueño de la mañana. Entonces, ayudado por ella que me acerecaba mis vestidos y los prendía, sacudiendo incómoda, a ratos, a mi hermano mayor, más sordo que yo a sus reclamos, a quien la idea de la escuela aumentaba el sueño, me vestía, lanzaba los últimos bostezos, colgaba a mi cuello la bolsa de libros y me salía al patio. Allí, cerca de la puerta de la cocina, bajo los árboles, tomaba el ligero desayuno de los pobres; la taza de café característica, sin tostada ni otros adornos, que me servía la negra vieja cocinera, y de la que mi padre, entretenido desde

muy temprano en limpiar o podar sus frutales y plantíos, venía siempre a saborear las primeras cucharadas.

Lavábase luego las manos, cubiertas de tierra y de residuos de hojas y raíces en la limpia corriente de la zanja, que cruzando al fondo del extremo del patio, aumentaba las bellezas del bosquecillo debido a sus aficiones y cuidados; encendía su tabaco en el tizón que le alargaba la doméstica y seguido de mi hermano—cuyo sueño había vencido al cabo la tenacidad maternal,—nos echábamos a la calle.



Su mirada nos acompañaba hasta que entrábamos en la escuela y mientras éramos mi hermano y yo de los primeros en ocupar los bancos aun vacíos del salón de espera y en dar los buenos días al viejo maestro, mi padre seguía su marcha para el taller, donde empleaba toda la jornada.

Entrábase en la escuela por una ancha puerta de zaguán, que cubría una mampara de lienzo, vestido de papel floreado o tapiz que defendía el interior de las

miradas de fuera y nos substraía a los entretenimientos de la calle. A cada lado del zaguán y arrimado a las paredes había largos bancos de madera que iban ocupando los alumnos a medida que llegaban, después de colgar los sombreros en las perchas que llenaban las paredes de una habitación contigua.

Frente a la puerta de entrada, bajo el arco que limitaba el zaguán y que mostraba una losa de mármol con esta inscripción en letras doradas: *Initium sapientia timor domini*; sentado en ancha butaca de cuero hallábase don Joaquín, el buen dómine que mirábamos siempre con temor y que por esta saludable influencia mantenida a virtud de sus disciplinas, nos iniciaba en la sabiduría y demostraba prácticamente la injusticia de aquel letrado en que se olvidaba su eficaz intervención.

Estudiábamos a una voz, a gritos, las lecciones, sin que al maestro preocupase ni estorbare el elevado diapasón, el concierto agudo y subido de las voces y sin que los gritos de los unos impidiese a los otros penetrarse del texto y retenerlo en la memoria. Por el contrario, parecía que en aquel concertante de chillidos el mayor ruido excitaba las facultades retentivas y estimulaba la aplicación, de tal manera, que el más asiduo estudiante era por lo regular el más desahogado gritador.

—Toque la campanilla—decía a las siete en punto el profesor al alumno que tenía más cercano; y al mezclarse a la vocería el metálico son del pequeño instrumento, las voces callaban como por encanto, las palabras quedaban cortadas, interrumpidas en los labios,

los libros abiertos se cerraban y un silencio solemne sucedía a la grito ensordecedora.

Desfilaban a esa hora los alumnos de las distintas secciones a sus respectivos departamentos y comenzaban las clases.

No se enseñaba entonces en nuestras escuelas, o por lo menos en aquélla, todo lo que hoy pretende enseñarse. Pero se enseñaba.

No aparecían aún en el programa esas rumbosas asignaturas con que ahora se viste la instrucción primaria y se harta la inteligencia del niño; no había nada de principios de higiene, ni de elementos de geometría, ni de astronomía, ni de agricultura, ni lecciones objetivas, etc.

Se enseñaba simplemente a leer, a escribir, la aritmética, la gramática, principios de dibujo lineal y de geografía... nada más, pero se enseñaba bien.

También se enseñaba como hoy la religión, mucha religión, demasiada religión; pero eso es propio de la raza, de las costumbres, del sistema, y hoy como entonces hay que conformarse con que la Iglesia mantenga su dirección sobre la escuela.

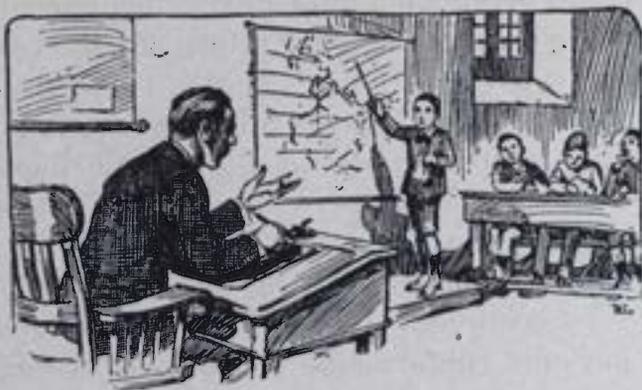
Don Joaquín <sup>(1)</sup> era un obrero infatigable; un verdadero *gañán* del magisterio; jamás escatimaba las horas del reglamento y si lo quebrantaba era prolongando las horas de trabajo y engolfándose en él con verdadero ardor, sin desmayo ni ansia de reposo; disputaba al almanaque los días festivos y para transigir con los católicos, no obstante el refunfuño de los

---

(1) D. Joaquín Ruiz de Arísti.

alumnos y profesores daba sólo medio día de asueto en los días de fiesta que no reputaba de gran solemnidad.

Levantábase con el alba; recibía él mismo a los alumnos; vigilaba la hora del estudio; desempeñaba su clase—la primera, o sea la de los educandos más adelantados,—desde las siete hasta las nueve, sin interrumpir un instante los trabajos; almorzaba frugalmente, comenzaba de nuevo la labor de las diez a la una, cuidaba la penitencia y, a lo sumo, se permitía una ligera siesta antes de la comida, como el almuerzo, sencilla y frugal; a las cuatro volvía a la faena y



nos despedía cuando el sol desvanecía sus últimos resplandores entre las brumas del horizonte.

Al quedarse solo tal vez era presa de la melancolía aquel *cancerbero* que no tenía más ideal, más recuerdos, más esperanzas ni ambiciones que su modesta escuela.

Había nacido para maestro y sólo para maestro de escuela. En su pueblo natal, un pueblo de Asturias, se educó con un tío sacerdote y maestro a quien desde

muy temprano ayudó en la tarea de enseñar, y el que a la vez le enseñó todo lo que sabía.

Nada de filosofía, nada de las teorías pedagógicas que hoy privan, nada de esas discusiones estériles que están haciendo de la generalidad de nuestras escuelas fábricas de eruditos a la violeta.

El sabía que su misión era enseñar a leer, escribir y contar a modestos hijos de obreros y cumplía su misión a conciencia.

Cuando un alumno analizaba perfectamente un período, conjugaba los verbos, componía una oración, determinaba el régimen y concordancia, escribía con buena letra y mejor ortografía una carta, conocía el mapa geográfico, resolvía un problema aritmético de aligación en números enteros y quebrados, llamaba al padre y le decía: —Su hijo sabe ya bastante; enséñele ahora un oficio.

Y para llegar a ese resultado, ¡cuánta labor, cuánta abnegación había tenido que desplegar el viejo y honrado maestro!...

Aquel carácter laborioso no dispensaba nunca las faltas de cumplimiento de los demás en sus deberes.

Era terrible repartiendo *cocotazos*; el alumno que llegaba tarde a clase, el que no sabía su lección, el que no fijaba su atención en la pizarra cuando se analizaba un período o se resolvía un problema, el que manchaba su plana, el que de cualquier modo incurría en desorden, de seguro que sentía pronto en la piel cabelluda el contacto violento y doloroso de sus dedos crispados, o las puntas de una correa de dos tiras sacudidas sobre las espaldas.

Pero, en cambio, ¡qué afable, qué bondadoso, qué cordial era aquel buen hombre con sus alumnos cuando después de un repaso general en la semana, en el que todos se habían afanado por alcanzar notas, se persuadía de que sus trabajos habían sido fructíferos!

Daba entonces una o dos horas de *asuetto*; mezclábase en los juegos de los escolares, repartía dulces o frutas y era un amigo jovial, que no obstante sus manías, sus antiguallas, sus cocotazos, sus disciplinas, y el calabozo donde encerraba los más rebeldes, sabía ganarse de todos veneración y cariño.

En la época de exámenes generales, ¡qué afán, qué nimación, cuánto empeño en preparar lucidos y brillantes ejercicios!... Las horas de clase se prolongaban; preparábase planas escritas con la mejor letra en papel adornado con viñetas de colores; vestíanse los mapas con cintas; se barnizaba la pizarra, la gran pizarra donde se habían desvanecido tantos cálculos matemáticos resueltos por cerebros infantiles; se daba lechada a las paredes; y alumnos y profesores a quienes él, don Joaquín, comunicaba su entusiasmo y su ardor trabajando sin cesar, esperaban con ansia el día de la gran ceremonia.

Asistía a esta la Junta local de instrucción pública, aquellas juntas de instrucción anteriores a mil ochocientos sesenta y ocho, compuestas de los abogados y médicos de la localidad que tanto hicieron— a pesar de las malas leyes— por el fomento de la enseñanza pública y de las que son un remedo ridículo las actuales, compuestas de mercaderes ignorantes enriquecidos.

Presidíalas el teniente de gobernador, que concurría con su vistoso traje militar, llena de cintas y cruces la solapa. Llenaban el salón los padres, las familias, el público, y, en aquel concierto, don Joaquín, vestido con su mejor traje, sentíase feliz y rejuvenecido.

Artista de la enseñanza, aquel salón era su escena, su teatro, su poema, su cuadro. Si la humanidad ha de conceder laureles a los oradores, a los poetas, a los genios... para él, sencillo maestro de escuela, no había más ambición ni más lauro que el que podía discernirle aquella asamblea congregada en la sala de una escuela primaria de un pueblo modesto, y ante la cual exponía con orgullo el resultado de sus trabajos; el adelanto de sus alumnos.

A cada signo de aprobación, a cada triunfo de un escolar, él sonreía satisfecho; con una sonrisa infantil, espontánea, que reflejaba en todo su semblante, el santo orgullo de que estaba entonces llena el alma de aquel dómine sencillo y venerable.

Hace ya treinta años, y este recuerdo permanece vivo en mi memoria como si aun estuviese tomando parte en aquella escena memorable.

Habían terminado los exámenes generales y tratabase de discernir entre dos escolares igualmente aventajados un primer premio, consistente en una medalla de oro, única costeadada por el ayuntamiento. Don Joaquín, reservado, esperaba la decisión de la junta; el público con sordo murmullo tomaba en voz baja parte en la deliberación, y como acontece en todo dualismo, dividía con pasión sus opiniones; el Presidente,

Teniente de Gobernador <sup>(1)</sup>, callaba... Era su hijo uno de los candidatos!... Un vocal, más locuaz que los otros, propuso que se esforzase el certamen entre los dos escolares propuestos para el premio... Fuimos llamados de nuevo al salón mi contrincante <sup>(2)</sup> y yo... los dos sonreíamos... apenas si habíamos cumplido los ocho años!

Respondimos serenos, imperturbables, a las nuevas preguntas, ratificamos nuestro triunfo... mantuvimos sin cejar nuestras respectivas posiciones...

Pero no había más que una medalla de oro!... era preciso resolver el serio conflicto en que se engolfaba la solemne asamblea de villareños... —Sortear el premio!— exclamó de súbito el mismo vocal locuaz <sup>(3)</sup> que había propuesto la oposición. Se eligió una *baraja* y tallada y ordenada se colocó en el centro de la mesa.

Mi opositor alzó las cartas y mostró una *jota*. Tocábame alzar. Allá, entre la multitud que seguía con mirada ansiosa excitada por ese encanto o atractivo que siempre tiene el azar, las peripecias del juego, vi a mi padre, convulso, levantándose sobre las puntas de los pies, fija su mirada en mí medio sonriente, medio temeroso, como si en aquel montón de naipes que yo iba a cortar se encerrase mi destino. Alcé al fin las cartas; mi padre se dejó caer sobre su silla con la mirada radiante de gozo...

—El *rey!*—gritó la multitud...—Siguió un murmullo prolongado... el vivo cuchicheo de comentarios

---

(1) D. Juan Huerta y Sastre.

(2) D. Luis Huerta, actualmente coronel del ejército.

(3) Ledo. D. Patricio Sarmiento y Barceló.

y felicitaciones... y en tanto don Joaquín, estrechando una de mis manos entre la suya gruesa y velluda, me decía al oído con una profunda entonación de protesta y de paternal cariño:

—¡Era tuyo!...



—¡Ah! sí, era mío aquel primer lauro, que trae a mi memoria el nombre del varón modesto que me enseñó a leer y a quien así como a mis padres consagro las primeras páginas de este libro de recuerdos.

RAIMUNDO CABRERA.





## LXIV

### MI ULTIMO PENSAMIENTO

(POESÍA ESCRITA POR RIZAL LA VÍSPERA DE SU MUERTE)

Adiós, patria adorada, región del sol querida!  
Perla del mar de Oriente, nuestro perdido edén;  
a darte voy alegre la triste, mustia vida.  
Si fura más brillante, más fresca, más florida,  
también por ti la diera, la diera por tu bien.

En campos de batalla, luchando con delirio,  
otros te dan sus vidas, sin dudas, sin pesar;  
el sitio nada importa: ciprés, laurel o lirio,  
cadalso o campo abierto, combate o cruel martirio,  
lo mismo es, si la piden la patria y el hogar.

Yo muero cuando veo que el cielo se colora  
y al fin anuncia el día tras lóbrego capuz;  
si grana necesitas para teñir tu aurora,  
vierte la sangre mía, derrámala en buen hora,  
y dórela un reflejo de tu naciente luz.

Mis sueños cuando apenas muchacho adolescente;  
mis sueños cuando joven, ya lleno de vigor,  
fueron el verte un día, joya del mar de Oriente,  
secos los ojos, negros, alta la terse frente,  
sin ceños, sin arrugas ni manchas de rubor.

Ensueño de mi vida, mi ardiente y vivo anhelo!  
¡Salud! te grita el alma que pronto va a partir.  
¡Salud! . . . ¡Oh! que es hermoso caer por darte vuelo,  
morir por darte vida, morir bajo tu cielo,  
y en tu encantada tierra la eternidad dormir!

Si sobre mi sepulcro vieses brotar un día,  
entre la espesa hierba, sencilla, humilde flor,  
acércala a tus labios, que es flor del alma mía,  
y sienta yo en mi frente, bajo la tumba fría,  
de tu ternura el soplo, de tu hálito el calor.

Deja a la luna verme con luz tranquila y suave,  
deja que el alba envíe su resplandor fugaz;  
deja gemir al viento con su murmullo grave,

y si desciende y posa sobre mi cruz un ave,  
deja que el alba envíe su resplandor fugaz;

Deja que el sol ardiente las lluvias evapore  
y al cielo tornen puras con mi clamor en pos;  
deja que un ser amigo mi fin temprano llore;  
y en las serenas tardes, cuando por mí alguien ore,  
ora también, ¡oh patria! por mi descanso a Dios,



Ora por todos cuantos murieron sin ventura;  
por cuantos padecieron tormentos sin igual,  
por nuestras pobres madres, que lloran su amargura,  
por huérfnos y viudas, por presos en tortura,  
y porque pronto veas tu redención final!

Y cuando en noche oscura se envuelva el cementerio,  
y sólo restos yertos queden velando allí,  
no turbes el reposo, no turbes el misterio;  
pero si acordes oyes de cítara o salterio,  
soy yo, querida patria, yo que te canto a ti.

Y cuando ya mi tumba, de todos olvidada,  
no tenga cruz, ni piedra que marquen su lugar,  
deja que la are el hombre, que la esparza la azada,  
que todas mis cenizas se vuelvan a la nada,  
y en polvo de tu alfombra se vayan a formar.

Entonces nada importa me pongas en olvido.  
Tu atmósfera, tus campos, tus valles cruzaré;  
vibrante y limpia nota seré para tu oído;  
aroma, luz, colores, rumor, canto, gemido,  
constante repitiendo la esencia de mi fe.

¡Mi patria idolatrada, dolor de mis dolores;  
querida Filipinas, oye el postres adiós!  
¡Ahí te dejo todo: mis padres, mis amores,  
voy a do no hay esclavos, verdugos ni opresores,  
donde la fe no mata, donde el que reina es Dios!

¡Adiós, padres y hermanos, trozos del alma mía,  
amigos de la infancia en el perdido hogar!  
Dad gracias; ya descanso del fatigoso día.  
¡Adiós, dulce extranjera, mi amiga, mi alegría!  
¡Adiós, queridos seres!... ¡Morir es descansar!

JOSÉ RIZAL.



LXV  
EL JEJEN

(INSECTO DÍPTERO, FURIBUNDO HABITADOR  
DE PLAYAS)

Cualesquiera que sean para el navegante y el poblador de las costas cubanas, las molestias que recibe de las sanguinarias costumbres de los *mosquitos*, todo es poco comparado con las crueles agresiones de unas mosquitas imperceptibles que el vulgo ha aprendido a conocer a pesar de su pequeñez, y que distingue con el nombre de *jejenes*. Si los naturalistas no los conocen bien todavía, echen la culpa a su desidia y no a la falta de instrucciones que hayan encontrado en el país habitado por estos diminutos y furiosos enemigos. No se ignora en Europa que hay en las Antillas algunas especies del género *Culex*, llamadas en Francia *cousins*, que afligen a los hombres hasta el punto de obligarlos a encender hogueras en el campo, para ahuyentarlas

con humo, y dormir al abrigo de cortinas transparentes que se llaman mosquiteros; entre ellos, el que en la Habana se encuentra con patas alternativamente anilladas de blanco y negro, y que el señor Robineau-Desvoidy denominó *Culex Mosquito*; pero no se sabe todavía a qué género, ni siquiera a qué familia pertenecen los *jejenes*, que los viajeros llaman confusamente en lengua francesa *maringouins*, *moustiques*, *mosquillos*, *mostiques*, corruptelas de la voz española mosquita o mosca pequeña; correspondiente a la palabra inglesa *gnat*. Unos creen que es una especie de *Culex*, de pequeñas dimensiones; y éstos lo llaman *maringouin*, nombre que también se aplica a los mosquitos; otros lo indican con nombres genéricos que ni siquiera pertenecen a la división de los dípteros de antenas largas, como los que sospechan que sean un *Empis*. El sabio Letreille, en el *Nuevo diccionario de historia natural*, edición de Deterville, dice que abunda en la Luisiana y le fué comunicado por el botánico Micheaux; habiéndole parecido una especie del género *Simulium*, que llaman vulgarmente *moustique*. Veremos que este género es distinto del *jején*; pues es de la familia de las *Tipularias*, y ofrece antenas de once artejos.

El mismo Letreille parece conocerlo así, pues se lamenta de la incuria de los naturalistas viajeros que solamente lo han indicado como perteneciente a una especie de díptero distinto del *Culex*, mínimo del cuerpo, cuya presencia no se anuncia con zumbidos, plaga enojosa para el hombre y los animales. “Es muy extraordinario, dice aquel príncipe de los entomologistas, que los viajeros no se empeñen con frecuencia en

recoger los objetos que más merecen nuestra atención: los mosquitos y los jejenes (*maringouins et moustiques*), que atormentan a los habitantes de las regiones de América, carecen de observadores científicos.”

La pequeñez de este insecto, lejos de ser para mí un motivo de aversión, me ha empeñado con frecuencia en su estudio, deseoso de vencer la dificultad que presenta su anatomía externa a los ojos armados de aparatos microscópicos, y he creído que los aficionados a la entomología, agradecerían mis esfuerzos.

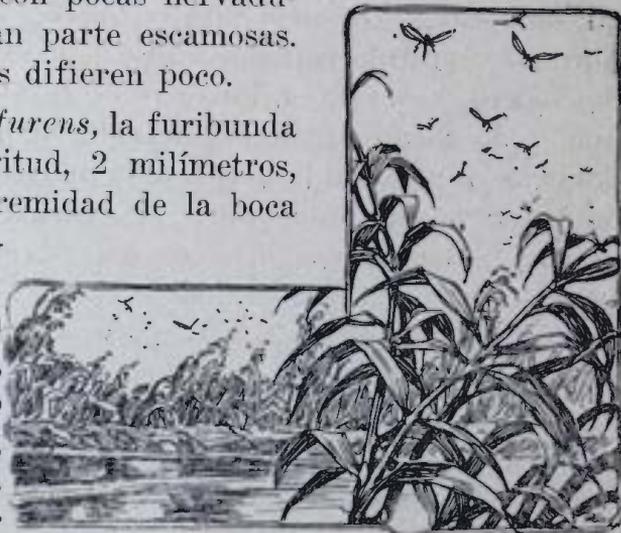
Llámanse *dípteros* los insectos de dos alas, y de boca propia para chupar. Los naturalistas dividen primordialmente este orden en *Nemocera* y *Brachycera*, a saber: antenas largas, filiformes, y antenas cortas; el jején pertenece a la primera división. Los nemóceros se subdividen en dos familias: la de los *culicidios*, en que está el mosquito común, y que tiene por caracteres un sifón u horador de seis piezas, corto y grueso, palpos encorvados. El jején no pertenece a ninguno de estos dos extremos, y forma una familia nueva, intermedia, que llamo de las *ecactanas*, y se distingue por un sifón de seis piezas, como los *culicidios*, de trompa corta, palpos corvos como las tripularias. Es al mismo tiempo que el único género, única especie de dicha familia.

Género *Ecacta*. El género *Oecacta*, que aquí establezco viene de la palabra griega *oecactes*, que significa *habitador de playas*, y que se escribe en latín *(E)cactes*. Únicamente se me ofreció una duda sobre hacer el nombre masculino o femenino, séase *Oecactus* u *Oecacta* (*Ecacto* o *Ecacta*); pareciéndome que puesto que en

español el jején es masculino, lo mismo que el mosquito, debía conservarle este género en latín. Pero mi amigo el doctor Gundlach, a quien consulté seriamente sobre este particular, me ha dado con donaire una respuesta que no creo indigna de la seriedad de este artículo, y que tomo bajo mi responsabilidad ya que me he dejado convencer por ella, por más que las compañeras del género *homo* se empeñen en desmentirla; y es que el modo de embestir del jején, calladamente y con daga corta, es propio del sexo femenino; siendo, al contrario, la guerra del mosquito, varonilmente declarada con música, y sostenida con lanza o espada larga.

El género *Ecacta*, además de los caracteres de familia que se han mencionado, presenta antenas de 15 artejos y palpos de 5, sin ocelos en la parte superior de la cabeza, ni espinas en las tibias, ni vesículas en los tarsos; alas con pocas nervaduras y en gran parte escamosas. Los dos sexos difieren poco.

*Ecacta furens*, la furibunda *ecacta*. Longitud, 2 milímetros, desde la extremidad de la boca hasta la punta de las alas; tórax de un gris-cobrizo, pareciendo bronceado, con manchas oscuras por



encima y por los lados; abdomen negro; patas blanquecinas, con las articulaciones negruzcas y un anillo de este color en medio del fémur y de la tibia; alas, apareciendo sin reflejo, blancas con manchas negras: frente y antenas rubias.

Las playas de las Antillas y de los estados meridionales de la Unión Americana están plagadas de pequeños dípteros, que tal vez pertenecen a diferentes géneros, como induce a creer el reconocimiento de la *simulia* presentada por Micheaux al Sr. Letreille; ignoro, por lo tanto, si la *ecacta furibunda* o el *jején* de Cuba es exclusivo de esta isla. Sólo podemos asegurar que entre todas las especies es de las más atormentadoras. ¿Quién podrá decir dónde se cría la larva, y quién dará su descripción? Hay un dicho entre nosotros que expresa la dificultad de este descubrimiento, pues para ponderar el alcance de un hombre sabichoso, se dice que sabe *dónde el jején puso el huevo*. Lo único que sobre este capítulo podemos sospechar, es que la larva es acuática, y se cría en los focos de fermentación marina, a lo menos de agua caliente, porque solemos hallar los jejenes en la playa de la mar o en sus inmediaciones, aconteciendo rara vez encontrarlos en el interior de las tierras. Cuando más abunda es en los tiempos de calma y al acabarse el día: el viento los ahuyenta y los obliga a refugiarse en las malezas y a remontar los ríos; así es que en Cojímar, cuando no los hallaba en la playa, los iba a buscar con fruto a media legua de la boca, esto es, al pie de la loma que está enfrente de Guanabacoa. ¿Acaso se cría en árboles marítimos? Pocos he encontrado en Cayo-Blanco, en-

senada de Cárdenas, donde no hay más que arenas y mangles; y muchos en Cayo-Galindo, que abunda en vegetación variada. Era allí tanta la abundancia en el mes de agosto que anublaban el aire, se agolpaban a los ojos y se introducían en la tráquearteria; yo fuí con ánimo de hacerles la guerra, y me retiré vencido, consolándome con la fábula del león abatido por una mosca. Huyendo de esta plaga tienen las embarcaciones que mantenerse a una distancia de media legua del litoral; y los navegantes renuncian a la seguridad y placer de dormir en tierra, para no pasar la noche en compañía de aquellos habitantes inhospitalarios.

Cualquiera, al oír esta relación, pensará que la isla de Cuba es un país inhabitable, a lo menos sus costas y riberas; pero afortunadamente no es así. Los puertos de mar, como son los de la Habana, Matanzas, Cárdenas, etc., donde domina el trato y comercio de los hombres no están invadidos por las legiones agrestes de jejenes, como los cayos y costas solitarias rodeadas de montes y espesuras: parece que los vegetales son necesarios a su existencia, no como criadores de larvas, sino como abrigo seguro contra los ventarrones y los excesivos ardores del sol a ciertas horas del día. Varias playas he recorrido impunemente; y en las más afligidas por este linaje de insectos, hay meses, días y horas de descanso.

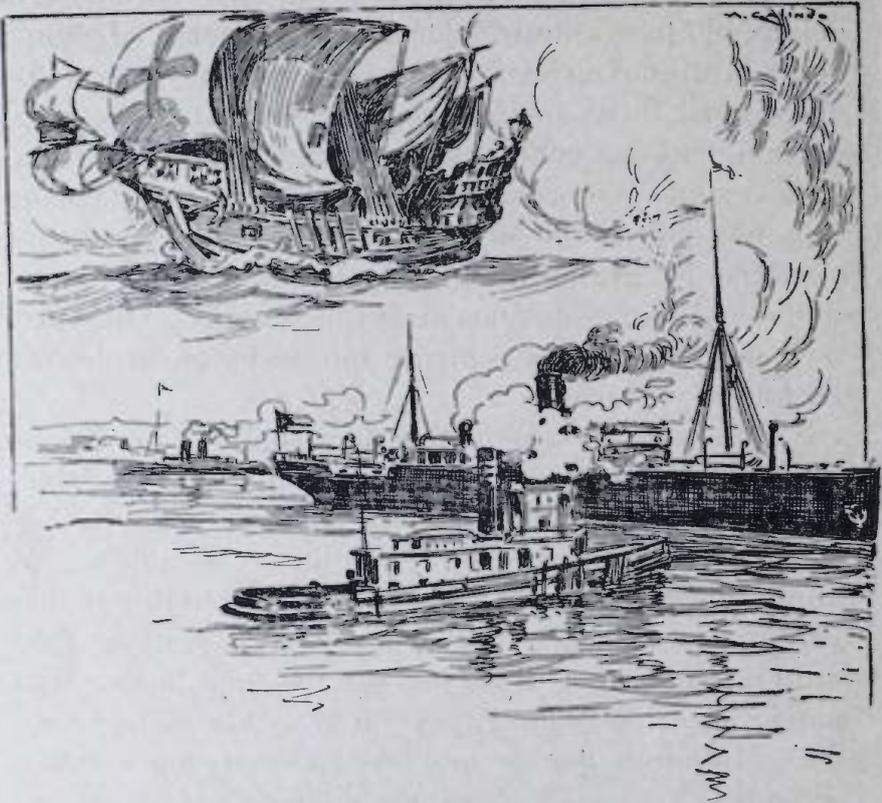
La picada del jején es dolorosa, no menos que la del mosquito; pero el jején es más molesto, porque es más difícil de espantar. Invisible enemigo, y audaz, penetra por todas las aberturas que dejan al cuerpo indefenso; y cuando se viene a sentir su aguda lanceta,

está enterrada hasta la base, por ser más corta que la del mosquito y más robusta. La actividad del veneno que vierte en la herida es mayor en proporción; siendo muy probable que si el insecto fuera más corpulento, causaría efectos peligrosos, conspirando en nuestro daño la calidad y la cantidad del flúido derramado.

Para preservar sus cuerpos desnudos de los mosquitos y jejenes, acostumbran los indios untar la piel de cuerpos aceitosos. Los autores indican el limón y el vinagre como remedio contra el veneno.

FELIPE POEY.





LXVI

## LAS INVENCIONES

El mejor molino de trigo de Atenas, en la época de Pericles, uno de sus más famosos gobernantes, producía dos barriles de harina al día. Uno de los molinos de Minneapolis, la ciudad de donde se importa gran parte del trigo que se consume en Cuba, produce actualmente en un solo día bastante harina para llenar 17,000 barriles.

No se necesita un gran conocimiento de la historia del mundo para comprender esta diferencia. El molino de los antiguos griegos era de un tipo muy tosco. La maquinaria de un molino moderno es movida por grandes motores, los cuales poseen una fuerza que los antiguos jamás soñaron que podría llegar a ser producida por el trabajo del hombre. La maquinaria que convierte los granos de trigo en harina ha sido perfeccionada al través de años de invenciones, y se ha aprovechado de todas las ventajas que se obtienen del uso del hierro y el acero.

No es sólo en la industria de la molinería en la que las invenciones han aumentado la producción de las cosas necesarias. En la primera parte del siglo pasado un obrero hábil podía hacer en un día 30 agujas. Al fin de la centuria, una jovencita con el auxilio de una máquina podía hacer en el día 500,000 agujas. Casi pudiera cambiarse la frase y decirse que la máquina podría hacer 500,000 agujas con la ayuda de la jovencita. Máquinas que se mueven automáticamente han ocupado el lugar de un inmenso número de trabajadores y han hecho posible para todo el mundo la posesión de artículos que se consideraban de lujo en otras épocas.

Además, pueden citarse otros ejemplos, como los beneficios producidos por la invención de mejores medios de transporte. La correspondencia que se recibe y se distribuye en un solo día en la Habana en nuestra época, es mayor que la que se recibía y distribuía en toda la isla de Cuba durante un año al principio del siglo pasado. En la agricultura los cambios que se han efectuado no son menos importantes. Cualquiera de

las grandes fábricas de azúcar de Cuba elabora mayor cantidad de azúcar en un día, que la que los mayores ingenios de nuestro país fabricaban durante toda una zafra a principios del siglo pasado.

El resultado de todos estos adelantos mecánicos, es que tenemos en abundancia las cosas más necesarias; la vida es más cómoda y confortable. Con el trabajo que hacen las máquinas se sostiene una población mucho mayor que la que podría ser mantenida en un país con el trabajo manual solamente.



Cuando se piensa en los hechos que acaban de mencionarse, se comienza a comprender lo que se quiere expresar al decir que el hombre depende de su inteligencia para la conquista del mundo.

El hombre no es un animal especialmente fuerte ni especialmente ligero. Cuando estaba obligado a obtener su alimento cazando en los bosques se hallaba en grandísima inferioridad respecto de multitud de fuertes y ligeros animales con los cuales se tropezaba.

Al encontrarse con que no tenía fuerza, el hombre proyectó astutas invenciones. Por ejemplo, aprendió

a capturar por medio de trampas, fuertes y temibles animales, a los cuales era incapaz de atacar con sus débiles fuerzas. Con tal propósito, se aprovechó del poder que tienen los troncos de algunas plantas flexibles; doblaba los troncos hasta una altura de 3 ó 4 pies del suelo y los sujetaba con una cuerda. Al desatarse ésta, el tronco se enderezaba bruscamente con poderosa fuerza. Ataba al extremo del tronco un lazo y lo colocaba de manera que aprisionase al animal que se acercara a beber el agua o a comer el alimento colocado en el centro del lazo.

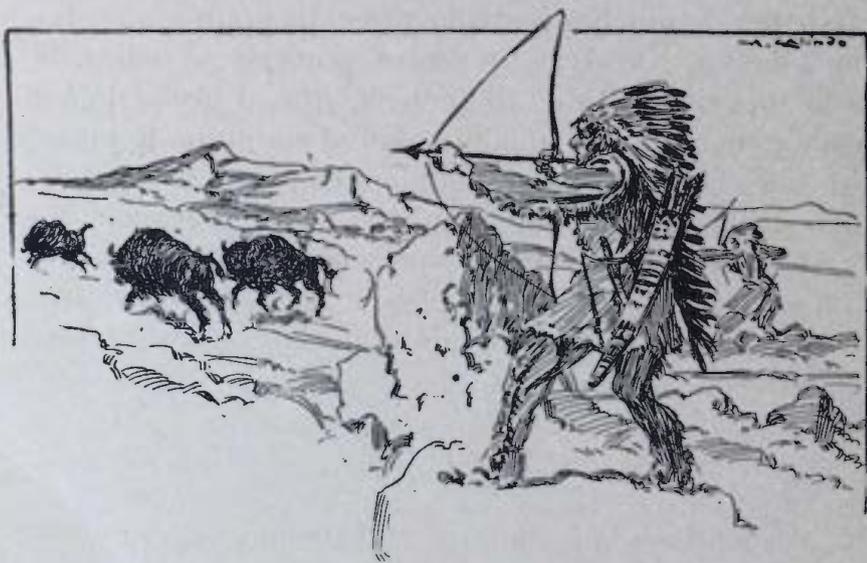
Arreglaba su trampa de manera que el mismo animal desatase el lazo que unía el extremo del árbol al suelo, y al enderezarse dicho tronco repentinamente el animal quedaba colgado por el cuello. Otras veces cavaba hoyos profundos en los sitios por donde pasaban los animales y los cubría con una ligera capa de tierra y hojas secas. Una vez que los animales caían en la trampa abierta en el suelo, los mataba arrojándoles piedras o golpeándolos con ramas de los árboles.

Otro ejemplo del genio inventivo de los primeros hombres nos lo ofrece la manera de proporcionarse armas. Carecían de dientes comparables en dimensiones y en solidez con los del tigre, pero supieron fabricarse un diente artificial más poderoso.

El hombre tomó una larga vara y la aguzó en sus puntas. Endureció dicha punta al fuego o le insertó en ella un hueso o una piedra afilada. Algunas veces para hacer el arma todavía más efectiva, envenenó la punta de su dardo. El veneno lo tomó del diente de las serpientes, de insectos venenosos o de la carne podrida.

Entonces podía matar a sus enemigos sólo con una pequeña herida. De esta manera no sólo se proporcionó un diente más temible que el del tigre sino dotado de un poder destructivo que muy pocos animales poseen.

Más tarde aprendió a disparar con un arco su afilada vara. Esto quiere decir que a la fuerza de su brazo había añadido la de una pieza de madera flexible, de manera semejante a la empleada en las trampas



descritas. El arco y la flecha son una invención sencilla y natural, cuando se sigue su desarrollo desde la primitiva lanza o azagaya; pero teniendo en cuenta que ningún animal ideó jamás nada semejante, prueban que el hombre es una inteligencia de más alto tipo. Los animales son tan hábiles para distinguir lo que les rodea como el hombre. Han visto siempre sin duda varas

puntiagudas y han empujado ramas obligándolas a doblarse con fuerza; pero nunca han ideado utilizar una u otra cosa para satisfacer sus necesidades. El hombre, no sólo vió esas cosas en torno suyo, sino comprendió la manera de usarlas.

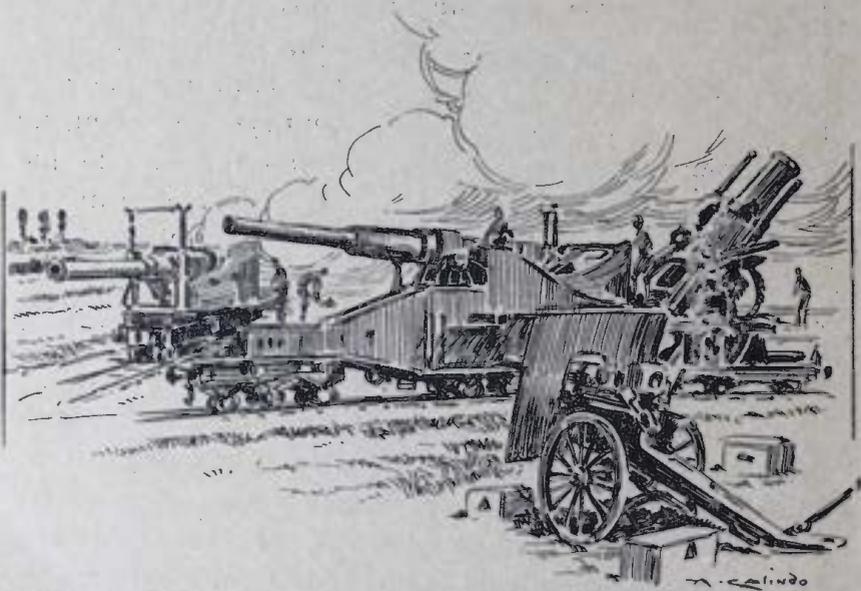
La historia de la civilización es la historia de invenciones sucesivas y del dominio de las fuerzas naturales. Nosotros nos consideramos superiores a los pueblos primitivos porque disfrutamos del beneficio de disponer de muchos instrumentos y máquinas que ellos no poseían. Nuestras presentes ventajas se deben, no a la superioridad de inteligencia, sino al hecho de que cada generación ha añadido algo al conjunto de inventos que el hombre ha aprendido a emplear. Generación tras generación, se han adquirido nuevos instrumentos y se han sumado a los anteriormente inventados, así es que el presente conoce muchas y muy ingeniosas maneras de usar toda clase de materiales y de fuerzas naturales.

## II

Como resultado de la acumulación de experiencias, muchas ideas del hombre primitivo se han abierto paso en direcciones nuevas. Por ejemplo, algunas tribus indias de la América del Sur tenían cañones sopladores, que se asemejan en principio a los cañones modernos. El cañón soplador es una larga caña hueca. La fuerza la proporcionan los pulmones del hombre. Cuando un hombre sopla con fuerza por uno de los extremos de la caña, es capaz de lanzar un proyectil

por el otro extremo, con bastante poder para producir la muerte, proyectil que dirige con gran precisión.

El principio de la caña hueca se usa en el mundo moderno de una manera más efectiva que entre las tribus sudamericanas, gracias a que la fuerza que sopla se ha multiplicado mediante la invención de los explosivos. Hoy la caña hueca es más larga que la proporcio-



nada por el mundo vegetal; es un tubo de acero construido con los minerales que el hombre ha tomado del terreno, y ha preparado en las fundiciones. El cañón moderno es el resultado de la idea del cañón de caña, más otras muchas ideas relativas al acero y a los explosivos.

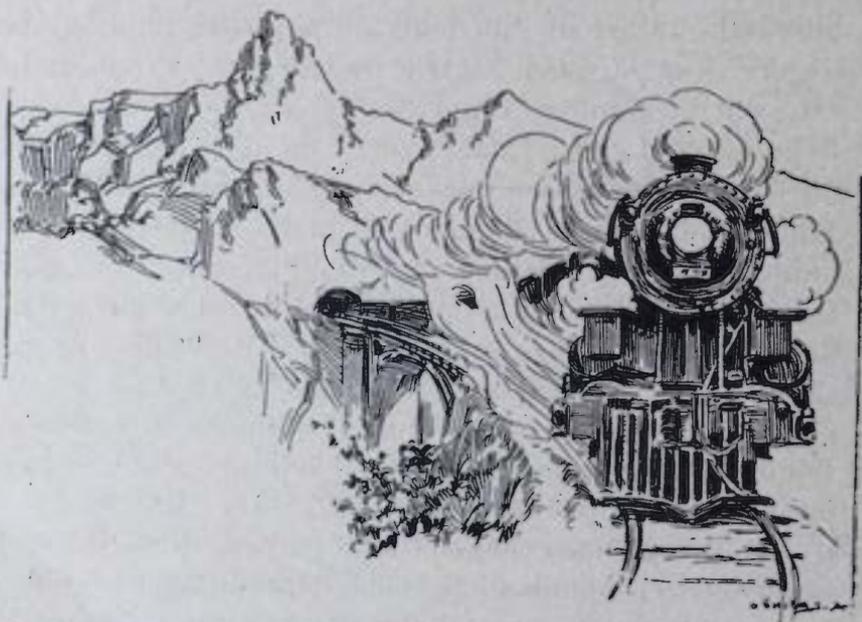
La imprenta se considera como una invención muy moderna. La historia nos enseña que Gutenberg la descubrió al principio de la época moderna; pero lo

cierto es que la idea de estampar un modelo o patrón es muy antigua. Los indios de Sur América también tenían sellos de goma. No los usaban para asuntos oficiales como se emplean ahora, sino para imprimir sobre el cuerpo humano los patrones o pinturas que deseaban. La verdadera invención nueva en el arte de la imprenta consistió en hacer tipos movibles que podían utilizarse en nuevas combinaciones y en el uso de la prensa para imprimir, en vez de hacerlo a mano. En una gran imprenta moderna no se hace más que aplicar el sencillo principio conocido entre los indios de la América meridional. Los recursos y los materiales usados en las máquinas modernas eran totalmente desconocidos entre los pueblos primitivos. La moderna prensa de imprimir aguardaba por el desarrollo de la industria del hierro y del acero, así como la fuerza que producen las máquinas de vapor y los motores eléctricos.

Gran número de medios de comunicación a larga distancia eran conocidos por los hombres primitivos. Cuando Stanley efectuó su primer viaje a través del Africa, se encontró con que los nativos conocían de antemano su llegada a cada lugar. Esto le intrigaba hasta que descubrió que poseían un sistema de telégrafo; golpeando unos tambores se transmitían señales a largas distancias, mediante las cuales se avisaban unos a otros la aproximación de una partida de hombres civilizados. El principio de transmitir sonidos es la base del moderno sistema de telégrafos, pero el uso de la electricidad y del cobre ha variado nuestros métodos. Estos métodos modernos eran casi imposibles de em-

plear, hasta que el cobre y la electricidad fueron conocidos y dominados por el hombre.

Lo que nos proponemos expresar al decir que el hombre utiliza su inteligencia en su contacto con el mundo, queda demostrado con la historia de las invenciones ya descritas. Cada una de esas historias nos dice por qué es tan importante aprender lo que nos enseñan

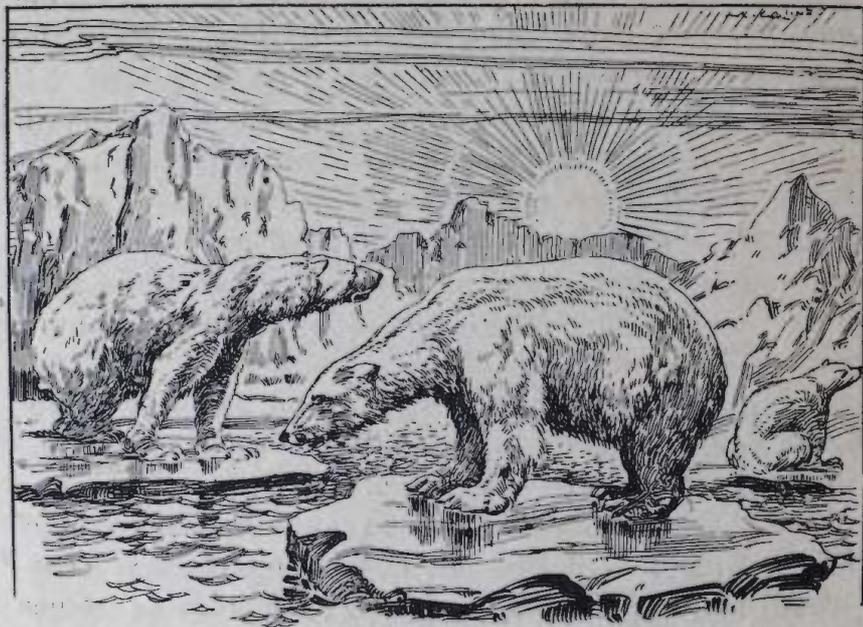


las generaciones pasadas. Los libros son sumarios de invenciones. Las narraciones que los hombres se hacían unos a otros en torno de las hogueras de los campamentos antes de que hubiese libros, estaban llenas de experiencias, las que ayudaban a hacer nuevos inventos. Cuando los viajeros regresaban de países lejanos, referían las costumbres de pueblos extraños, suminis-

trando nuevas ideas. Estas eran recordadas y usadas más adelante para hacer la vida del hombre más rica y más amplia.

El resultado de todo esto, es que el hombre procede de manera distinta de los animales. Si descubre a un animal al que deba atacar, no empieza por abalanzarse sobre él, golpeándole, mordiéndole o desgarrándole con los puños, los dientes y las uñas. Mira en torno suyo buscando un arma. Encuentra una piedra puntiaguda o ejercita su paciencia en trazarse un plan. Preparando éste puede emplear largo tiempo en dejar las cosas listas para el golpe final. Por ejemplo, el cazador primitivo perdía su caza porque el animal escapaba arrojándose al agua. El hombre no podía lanzarse tras el animal fugitivo. Utilizó su entendimiento y se construyó una canoa con la cual se desliza sobre las aguas mucho más fácilmente, que si hubiera dependido de su capacidad como nadador. Arrancó la corteza de un árbol, amarró ambos extremos y después inventó un remo. Todo esto le llevó tiempo y le obligó a pensar, pero al fin obtuvo el merecido éxito.

En los últimos tiempos, esta manera de satisfacer nuestras necesidades se ha hecho muy común. Casi todo lo que fabricamos se elabora con máquinas. De aquí resulta que nuestros pensamientos, nuestros estudios y nuestras maneras de vivir, están regidos por las grandes máquinas que llenan nuestras fábricas, arrastran largos trenes y hacen la vida del hogar más cómoda y la industria más productiva.



## LXVII

### LAS EXPLORACIONES POLARES

... El hombre ha ido adquiriendo el conocimiento del mundo en que vive, con mucha lentitud.

Extensas regiones han permanecido durante siglos desconocidas para él y aun hoy quedan algunas en las que quizás ningún ser humano ha respirado todavía.

Los lugares que más dificultades han opuesto a su exploración han sido las situadas en las inmediaciones de los polos. Centenares de audaces viajeros se han arriesgado en las solitarias y tempestuosas regiones árticas, aguijoneados por el deseo de penetrar sus se-

cretos y, sobre todo, de llegar al lugar misterioso en torno del cual giran todos los puntos de la tierra, que mantiene en su cenit, de manera casi invariable, la Estrella Polar y que ve brillar el sol alrededor de su horizonte durante seis meses consecutivos. El mapa de las regiones árticas se ha ido completando poco a poco. Antes del descubrimiento del Nuevo Mundo, en el año 970, unos viajeros normandos descubrieron la Groenlandia, llegando a establecerse en las regiones septentrionales de América.

El gran navegante Sebastián Cabot llegó, en 1496, hasta el  $56^{\circ}$  de latitud; John Davis, en 1585, alcanzó el paralelo  $73^{\circ}$ .

Pero las exploraciones decisivas fueron realizadas durante el siglo XIX y en los primeros años del actual.

En 1829 el navegante inglés Sir Jacobo Ross llegó al polo magnético, pasando cerca de cinco años entre las nieves árticas. En 1845, otro viajero inglés, Sir John Franklin, penetró en el mar de Baffin, después de terribles peripecias, todos los hombres que componían la expedición hallaron la muerte en las horribles soledades árticas.

De Inglaterra y de los Estados Unidos partieron numerosas expediciones en busca de los desaparecidos, pero tan sólo pudo lograrse la certidumbre del triste fin que todos tuvieron.

Por una mujer esquimal se adquirieron las últimas noticias de un grupo de aquellos desdichados que, después de haber sucumbido el jefe, vagaron por los glaciales desiertos, hasta que la muerte los fué rindiendo uno a uno, extenuados por el hambre y por el frío.

Según relato de aquella mujer, ella presenció la partida de un grupo, probablemente compuesto por los últimos supervivientes, unos cuarenta hombres, que abandonaron su campamento, dirigiéndose hacia la isla Montreal; poco después se encaminó ella hacia este lugar y sólo encontró con vida a uno de aquéllos.

Lo encontró sentado en la playa. “Era alto y robusto, explicó ella; tenía la cabeza apoyada en una mano y los codos sobre las rodillas; en esta posición quedó muerto, al tratar de levantar la cabeza para hablarme.”

Al través de todas estas peripecias se iba adquiriendo un conocimiento mucho más detallado de las islas y estrechos que se encuentran en la extremidad septentrional de América, yía que á todos parecía más adecuada para llegar al mismo polo.

Muchos exploradores continuaron en los años siguientes la lucha desesperada con los ice-bergs, los osos blancos, las tempestades de nieve, el frío terrible, las blancas llanuras interminables, la soledad y el hambre, guardianes irreductibles de aquellas enigmáticas regiones, empeñados en arrancarles sus secretos.

El intrépido marino noruego Nansen, fué el primero en atravesar de costa a costa la isla de Groenlandia, cuyo interior había estado hasta entonces casi completamente desconocido.

En 1899 partió de Italia una expedición al mando del príncipe Luis de Saboya, duque de los Abruzos, con objeto de realizar una nueva exploración en las comarcas septentrionales, llegando hasta una latitud  $86^{\circ} 33'$ ; pero, habiéndose agotado los víveres y no en-

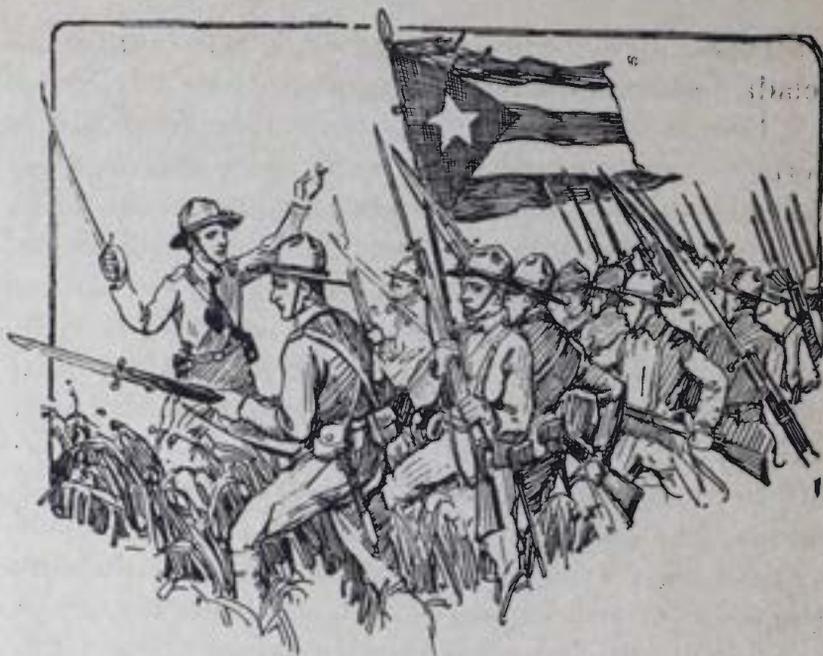
contrando seres vivos de ninguna clase en aquellas heladas soledades, tuvieron que emprender el regreso.

Durante varios años más, los exploradores compitieron en audacia y sacrificio, alentando cada uno por el anhelo de hacer ondear primeramente la bandera de su país en el mismo Polo Norte, pero esta gloria tan sólo pudo ser alcanzada por el comandante de la marina norteamericana Roberto E. Peary, quien consiguió llegar al punto codiciado, el día 6 de abril de 1909.

Alentado por su éxito el capitán de la marina noruega Roald Amundsen, emprendió viaje con el propósito de descubrir el Polo Sur, al que tuvo la alta satisfacción de llegar el 14 de diciembre de 1911, dando a la meseta situada alrededor del polo el nombre de Haakon II, en recuerdo del soberano que reinaba en su país.

Así quedó cumplida la formidable empresa de llegar á los puntos de nuestro globo en torno de los cuales giran todos los demás, por cuyo cumplimiento centenares de héroes sacrificaron su vida después de haber sufrido las más tremendas penalidades a que se ha visto sometida la naturaleza humana.





LXVIII

## LA BANDERA NACIONAL

Al amanecer del día 26 <sup>(1)</sup> las banderas cubanas flotaban sobre una pequeña parte de la ciudad, entre despierta y dormida. El viento ríco del nordeste azotaba la enseña gloriosa, que desenvolvía altiva sus pliegues sobre el último baluarte de la dominación española en América. El cielo estaba plomizo, lloviznaba a intervalos, había vapor de lágrimas en la atmósfera húmeda. Sin embargo, la bandera de la patria sonreía serena sobre el amodorramiento matinal y la melancólica pesadez de la naturaleza. Se elevaba gallarda sobre

(1) Diciembre, 1898.

la ciudad aun silenciosa, como flor de esperanza sobre campo desolado que ha bebido sangre.

Poco a poco el carmín y el azul de las banderas iban poniendo nuevas manchas de luz y alegría sobre el fondo obscuro de esa primera mañana de invierno. Era como el romper sucesivo de gigantescas orquídeas, que desataban sus largos pétalos azules y blancos sobre todas las azoteas, en lo alto de los miradores, en lo más empinado de las torres. Era como una marea de ondas cerúleas y rojizas que avanzaba más y más hacia el este.

Sordo rumor comenzó a subir de las calles tortuosas, primero como el zumbido de enjambre lejano, luego como trueno de tierra estremecida, al fin como tempestad ensordecedora de aclamaciones, que se elevaban de millares de pechos, para corear un himno triunfal a la bandera de la libertad, que resplandecía en lo alto. Era el pueblo que despertaba y se sentía libre. Como un *Encélado*, que echa a un lado la montaña que había gravitado por siglos sobre su pecho, sacudía sus poderosos miembros entumecidos y lanzaba su voz profunda, que apagaba los mugidos del mar tajados por las grandes alas del viento del septentrión.

Mis ojos no se fatigaban de mirar esé glorioso alumbramiento de una vida nueva, que surgía dentro de la obscuridad y el llanto de un pasado horrible, simbolizada por esa bandera que ascendía de todos los ámbitos de la capital, cubierta de niebla, como de un Tabor aun envuelto en la sombra. Esa era, esa, la que hasta entonces sólo había visto yo decorar las moradas tristes de los poscritos, en los largos años de peregrini-

nación por el desierto de la tierra extraña. Esa la que daba sombra a los túmulos, en cuyo derredor nos congregábamos en otro suelo a llorar los mártires de la patria. Esa la bordada con recelo en lo más retirado de la casa por la doncella intrépida, y la ungida por las lágrimas silenciosas de la madre, que la enviaba a escondidas al hijo que había de defenderla, como un talismán, en desigual combate. Esa la que tres generaciones habían visto flotar solamente en sus sueños generosos de libertad y patria, la que para tantos



héroes sólo había significado deber y martirio, la que únicamente se había desplegado, al silbar de las balas y al fulgurar de los aceros, sobre campos de muertos. Y allí se alzaba ahora sobre la orgullosa ciudad que se llamaba inexpugnable, en la majestad de su gloria tranquila, surcando de luz el espacio en la ondulación de sus brillantes franjas, proclamando el triunfo de la abnegación y el patriotismo y la eficacia portentosa

de una causa justa. Y al verla hermanada con el pabellón soberbio de la Gran República, que ha sido el heraldo y campeón de la América, al verla flotando a la par de la luminosa bandera de los Estados Unidos volvía a mi espíritu, como evocación de un pasado ya muerto, el recuerdo lejano de uno de los días más tristes de mi vida de colono sin patria.

Era el alba de un 4 de julio. Me encontraba en un hotel de la metrópoli neoyorquina. Frigor continuo de rápidos chasquidos, que repercutían en todas direcciones, me hizo saltar del lecho; corrí a la estrecha ventana, y sentí tal deslumbramiento, que apenas podía darme cuenta de lo que contemplaba. La calle inmensa parecía flamear toda entera, en la gloria tricolor de la enseña nacional. De cada una de millares de ventanas salía un brazo rígido que hacía flotar al viento la bandera que había consolidado la Unión y emancipado al siervo. Abajo, en fila interminable, los coches, los carros, los ómnibus, la hacían pasar en sucesión vertiginosa. En todas partes brillaba, con profusión indecible, desde el hotel suntuoso, hasta la humilde tiendecilla. Un niño limpiabotas la había plantado con orgullo en el pobre cajón, que contenía los útiles de su trabajo. Me pareció que el alma del pueblo gigante florecía a mi vista, en ese símbolo radioso de su poder y su libertad. Y sentía encogerse espasmódicamente dentro de mi pecho el alma de Cuba, que no tenía bandera...

Y aquí está ahora, después de tantos años de labor, de sangre, empapada por esta lluvia sutil, como por las lágrimas de un pueblo entero; aquí está triunfante,

alzada por el heroísmo silencioso de tantas generaciones que por ella han sufrido el martirio. Y, en ese rumor profundo que se eleva de las oleadas del pueblo, escucho una voz, que claramente dice: “Sube, sube, bandera de la patria; fulgura como el sol que disipa las sombras del terror y la ignominia; abre tus pliegues, como alas que cobijen corazones amansados por el dolor y ensanchados por el triunfo merecido; tiende tus franjas, como iris de paz y bonanza, sobre esta tierra manchada por el crimen y purificada por el sacrificio. Sube, sube, bandera de Cuba, y que ese girón sangriento que ostentas como símbolo de nuestro martirio, restañe para siempre la sangre de las heridas de la patria.”

27 de diciembre de 1898.

ENRIQUE JOSÉ VARONA.

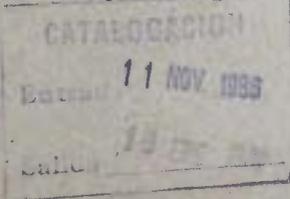


# INDICE

<u>Capítulos</u>	<u>Páginas</u>
A los Maestros.....	III
I. Visión profética, <i>por Anselmo Suárez y Romero.</i>	1
II. Importancia de la Agricultura en Cuba.....	3
III. Vasco Porcallo de Figueroa.....	8
IV. Los nidos de las aves.....	17
V. El cedro y el jagüey (Fábula) <i>F. J. Balmaseda.</i>	22
VI. El cacique Guamá.....	25
VII. Abnegación heroica de una joven francesa.....	32
VIII. Galas de Cuba (Poesía) <i>J. C. Nápoles Fajardo.</i>	36
IX. Un maestro indio.....	39
X. La piña (Soneto) <i>J. Santos Chocano.</i>	47
XI. Un gobernador como hay pocos.....	48
XII. La bandera, <i>por Jesús Castellanos</i> .....	58
XIII. El jilguero y la chicharra (Fábula) <i>por F. J. Balmaseda.</i>	67
XIV. Los primeros ingenios.....	69
XV. Las mariposas.....	76
XVI. Los Maceo (Soneto) <i>Bonifacio Byrne.</i>	82
XVII. Vida de los cubanos en el siglo XVI.....	83
XVIII. Heroísmo de un bombero.....	92
XIX. La música de las palmas (Poesía) <i>Rosa Kruger.</i>	97
XX. Salvador Golomón.....	100

<u>Capítulos</u>	<u>Páginas</u>
XXI. Noche de lluvia (Poesía) <i>Miguel Galliano Cancio</i>	109
XXII. Las epidemias en Cuba	111
XXIII. El trabajo del industrial y el del agricultor	118
XXIV. A una nube (Poesía) <i>Pedro Santacilia</i>	124
XXV. El obispo don Diego Evelino de Compostela	128
XXVI. Una historia interesante, <i>por Manuel Angulo</i>	135
XXVII. Calma en el mar (Poesía) <i>José María Heredia</i>	140
XXVIII. Dos siglos de guerra constante	143
XXIX. El joven Apio, <i>por H. Guyau</i>	152
XXX. A una violeta (Poesía) <i>Joaquín L. Luaces</i>	157
XXXI. Los corsarios cubanos	159
XXXII. El río, <i>por Francisco Coppée</i>	166
XXXIII. La gota de rocío (Poesía) <i>Rafael M. Mendive</i>	173
XXXIV. Población de Cuba durante los siglos XVI y XVII	176
XXXV. El agricultor y la tierra	183
XXXVI. La sublevación de los vegueros	188
XXXVII. La abeja melífica, <i>por Felipe Poey</i>	195
XXXVIII. El combate de las piraguas, <i>por Ramón Vélez Herrera</i>	203
XXXIX. Fundación de la Universidad de la Habana	210
XL. El buen ciudadano	214
XLI. En la muerte de José Martí, <i>por Enrique Pérez Valencia</i>	219
XLII. Los aeroplanos y la guerra	221
XLIII. Las labores del terreno	230
XLIV. Volver a Cuba (Poesía) <i>por M. Tuerbe Tolón</i>	235
XLV. La Habana en 1840, <i>por Jacinto de Salas y Quiroga</i>	241
XLVI. La lámpara eléctrica	249

Capítulos	Páginas
XLVII. Oda al trabajo, <i>por José María Gábríel y Galán.</i>	255
XLVIII. La toma y el incendio de Bayamo, <i>por Tomás E. Palma</i> .....	26
XLIX. El caballo.....	260
L. La muerte de Ignacio Mora, <i>por Gonzalo de Quesada</i> .....	275
LI. Artistas callejeros, <i>por Enrique José Varona</i> ..	280
LII. Los zapaticos de Rosa (Poesía) <i>José Martí</i> ...	284
LIII. El agua y las plantas.....	291
LIV. El fardo, <i>por Rubén Darío</i> .....	297
LV. El colegio "El Salvador", <i>por Manuel Sanguily</i>	305
LVI. El agricultor y las plantas.....	313
LVII. Guillermo Tell.....	318
LVIII. La matanza de los zánganos. <i>Mauricio Maeterlinck</i> .....	326
LIX. A mi jilguero (Poesía) <i>Gertrudis Gómez de Avellaneda</i> .....	331
LX. Antonio Maceo, <i>por José Manuel Carbonell</i> ..	338
LXI. Las ventajas y los inconvenientes del cultivo de la caña.....	344
LXII. La envidia, <i>por José Ingenieros</i> .....	349
LXIII. Mi escuela, <i>por Raimundo Cabrera</i> .....	355
LXIV. Mi último pensamiento (Poesía) <i>por José Rizal</i> .	365
LXV. El jején, <i>por Felipe Poey</i> .....	369
LXVI. Las invenciones.....	376
LXVII. Las exploraciones polares.....	386
LXVIII. La bandera nacional, <i>por Enrique José Varona</i> .	390



OBRAS EDITADAS POR CULTURAL, S. A.

*Todos los días*  
**LECCIONES DE LENGUAJ**

POR EL

**DR. ARTURO MONTORI**

INSPECTOR TECNICO

DE LA ENSEÑANZA PRIMARIA SUPERIOR EN CUBA

Siendo la enseñanza del Lenguaje una de las materias a las que maestro debe prestar mayor atención y careciendo de libros adecuados a ese fin, el Dr. Montori se ha propuesto escribir una serie de libros que faciliten el aprendizaje del lenguaje, sirviendo de texto para los alumnos, a vez que de guía para el maestro.

Las lecciones de estos libros están desarrolladas a base de conversaciones que el maestro debe sostener con sus alumnos sobre objetos o sucesos conocidos o que directamente se les hace conocer.

Para evitar la monotonía en que se cae fatalmente si el maestro no esfuerza por inventar una variedad considerable de motivos amables, Dr. Montori ha combinado un gran número de asuntos apropiados que despiertan la curiosidad infantil, a fin de que el interés del estudiante mantenga siempre despierto.

Ya han sido publicados los Libros Primero y Segundo de esta serie, impresos con caracteres claros y encuadernados elegantemente a la americana con percalina inglesa.

**CULTURAL, S. A.**

PROPIETARIA DE LAS LIBRERIAS

**LA MODERNA POESIA**

Pl y Margall, 135

Apartado 605.—Tel. A-1171

**LIBRERIA CERVANT**

Avenida de Italia, 62

Apartado 1115.—Tel. A-49

**HABANA**

OBRAS EDITADAS POR CULTURAL, S. A.

# Nociones de Historia de Cuba

POR EL

DR. RAMIRO GUERRA SANCHEZ

Superintendente general de Escuelas de Cuba

El éxito obtenido por el Dr. Ramiro Guerra, con la publicación del primero y segundo tomo de la *Historia de Cuba* y la inmediata adopción por los colegios de Cuba de su compendio, son suficientes para prestigiar que este nuevo libro será un nuevo triunfo y aun mayor a los ya conquistados en esta materia, de su perfecto dominio.

Estas **NOCIONES DE HISTORIA DE CUBA** están destinadas a servir para la enseñanza de la *Historia Patria* en los primeros grados elementales, siendo su estilo sencillo y apropiado para la inteligencia de sus pequeños lectores.

La obra del Dr. Guerra reúne todas las condiciones que se requieren para la enseñanza de la *Historia Patria* en los primeros grados escolares, por lo que ha sido adoptada como texto en muchos colegios de Cuba. Aparte del mérito del texto, la edición es esmerada, impresa con letra grande e ilustrada con numerosos dibujos y fotografías.

CULTURAL, S. A.

PROPIETARIA DE LAS LIBREERIAS

LA MODERNA POESIA

Pl y Margall, 135

Apartado 605.—Tel. 41

LIBRERIA CERVANTES

Avenida de Italia, 62

Apartado 1115.—Tel. A-4958

HABANA

E

R